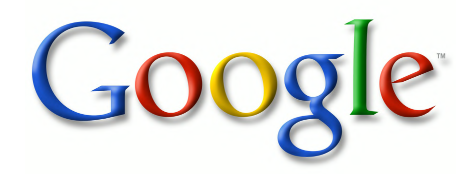



WIDENER
HN QVPS L





NUEVOS

CUENTOS POPULARES,

24

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA. y la Quintana



MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.
1880.

MADRID, 1880.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

PRÓLOGO.

I.

Esta es la novena coleccion de cuentos que doy á luz, puesto que la han precedido las que llevan estos nombres:

Cuentos de color de rosa.

Cuentos populares.

Cuentos campesinos.

Cuentos de varios colores.

Cuentos de vivos y muertos.

Narraciones populares.

Cuentos del hogar.

Cuentos de madres é hijos.

Todos estos libros pudieran llevar el título de cuentos populares, porque casi todos los cuentos de que se componen tienen el carácter popular por su fondo y forma, aunque no en todos proceda el pensamiento capital de la inventiva del pueblo.

En los respectivos prólogos he dicho casi todo lo que pienso acerca de este ramo literario en ge-

neral, y acerca del procedimiento que empleo en su cultivo; pero, á pesar de esto, no me parece ocioso añadir aquí algo que allí falta ó debe ser aquí repetido.

No tengo gran derecho á quejarme de la acogida que el público ha dispensado á mis cuentos, puesto que algunas de sus colecciones han sido reimpresas repetidas veces, y no pocos cuentos mios corren en todos los idiomas literarios de Europa, á pesar de las grandes dificultades que ofrece su version, cualquiera que sea la lengua en que se verifique, por la índole especial de la castellana y los modismos y frases populares y familiares que en ellos abundan y que desapareciendo, como es punto ménos que indispensable que desaparezcan en la traduccion, si ésta no ha de ser absurda, desaparecen casi toda la gracia y la expresion de los cuentos; pero debo decir que en España no se hace de los cuentos populares el aprecio que se hace en otros países, y singularmente en los del Norte de Europa, donde se recogen y se publican y se leen con avidez y delicia hasta las más inverosímiles é insulsas de estas creaciones de la fantasía y el espíritu popular.

No ha influido poco el relativo é injusto desden que en España encuentran los cuentos populares en el sistema que he adoptado para dar ingreso en nuestra literatura á las creaciones de esta ín-

dole. He necesitado tener mucha fe en la bondad de los cuentos populares para que no haya desmayado ni desmaye en la empresa de recogerlos y coleccionarlos y publicarlos, que acometí hace más de veinte años y pienso continuar miéntras viva. Es muy posible que esta perseverancia mia no tenga la debida recompensa en mi tiempo, pero estoy seguro de que al fin se ha de reconocer, tarde ó temprano, que algun servicio prestó á la literatura patria, y áun á la historia del espíritu y la lengua populares de España, el que consagró gran parte de su vida á encerrar en una serie de libros tantas manifestaciones y elementos de aquel espíritu y aquella lengua como andaban dispersas y entregadas á la instabilidad de las costumbres, de los sentimientos y hasta del lenguaje popular y familiar, que en los tiempos modernos varian áun más que las generaciones, por efecto de la facilidad de relaciones entre todos los países y el espíritu de innovacion que caracteriza á estos tiempos. Los cantares populares y los cuentos de la misma procedencia ocupaban escasísimo y despreciado lugar en la literatura española al mediar el presente siglo, en que Fernan-Caballero y yo, casi simultáneamente, empezamos á recoger y dar á luz unos y otros, cada cual á su manera. Desde entónces acá los cuentos y los cantares populares han adquirido grandísima importancia en

nuestra literatura, y nadie podrá negarnos á Fernan-Caballero y á mí lo mucho que hemos contribuido á ello.

En alguna de mis colecciones de cuentos he explicado el sistema que empleo en la redaccion de aquellos cuya idea capital es debida á la inventiva del pueblo, y no digo del pueblo español, porque es muy aventurado fijar la nacionalidad en que la mayor parte de los cuentos populares tuvieron orígen; pues, como ya he dicho en alguna otra ocasion, muchos de los cuentos que son populares en España lo son tambien en otros países lejanos del nuestro, variando únicamente en lo accidental, y no en lo esencial. En vano he tratado de explicarme este fenómeno, acerca del cual dice un escritor frances:

«Los cuentos de Florencia y de Milan, como los de Palermo y Pomigliano, tienen singulares relaciones con los de los demas pueblos: conócese que tienen todos un mismo orígen, y se sabe que este orígen comun es el Oriente. El parentesco de las razas indo-europeas es un hecho que no necesita demostracion; pero, como este parentesco es lejano, admira que queden de él tantos rastros en la poesía infantil y popular de todos los países» (1).

(1) Marc-Monnier, *Revue des Deux Mondes*, Diciembre, 1879.

II.

Recoger los cuentos populares y darlos á luz tales como el pueblo los cuenta, como han hecho en Alemania los hermanos Grimm, y novísimamente en Italia el Sr. Vittorio Imbiani, tendria en España un inconveniente literario y otro moral. El inconveniente literario sería la falta de interes, como consecuencia de la inverosimilitud y carencia de arte, que en casi todos los cuentos populares son tales, que éstos sólo sirven para embobar inocentes niños y personas faltas de toda cultura y lucidez de entendimiento. El inconveniente moral sería áun más grave, porque la mayoría de los cuentos populares, ó no enseñan nada, ó enseñan lo que la moral y el buen sentido rechazan. Se me preguntará : «Pues si los cuentos populares tienen esos dos inconvenientes, ¿ cuál es su mérito, y por tanto, por qué se los recoge y publica en todos los países cultos, y muy particularmente en todos aquellos donde los estudios literarios y filosóficos están á mayor altura ?» Así como me anticipo á hacer esta pregunta, me anticiparé á darle respuesta.

Los cuentos populares, áun tales como corren en boca del pueblo, y áun con estos inconvenien-

tes, son dignísimos de que se los recoja, estudie y publique, porque encierran tesoros de ingenio, de gracia, de filosofía, de sentimiento y de revelacion del espíritu y las costumbres de las generaciones que precedieron á la nuestra; tesoros que, no porque estén ocultos y envilecidos entre la escoria y el limo en que han permanecido envueltos durante siglos, son ménos dignos de ser explotados y estimados.

Entre los muchos cuentos populares que yo he recogido y áun conservo en mi cartera en forma de apuntes, hay uno que ha sido para mí la solucion de un problema histórico que hombres muy doctos no habian podido encontrar, por más que se habian desojado registrando crónicas y protocolos seculares, y yo, falto de sabiduría y erudicion, he encontrado al calor de un rústico hogar, escuchando lo que otros llaman simplezas y boberías de viejas y niños. Hay en nuestras provincias del Norte una noble villa á la cual acusan los pueblos comarcanos de que en ella hubo judíos; acusacion que la villa considera como la mayor de las calumnias y la mayor de las ofensas. Pues bien : un cuento popular, una conseja de las que las abuelas y las madres emplean para entretener á sus niños, una narracion de gentes sencillas y rústicas, que de una en otra generacion se habia ido oyendo y trasmitiendo en la villa, sin

que nadie encontrára en ella revelacion histórica alguna, lo ha sido para mí de que en efecto en aquella villa hubo judería en los últimos tiempos de la Edad Media. En aquel cuento, que parece ser exclusivo de aquella poblacion, pues no le he encontrado en ninguna otra, he encontrado, velada con densas pero trasparentes nieblas de piedad, una tremenda acusacion á la religion cristiana y una exaltada apología de la religion judaica, que me han dado plena seguridad de que aquel cuento es de invencion judía, y por tanto, allí hubo judíos en la Edad Media.

Casi todos los cuentos que constituyen esta coleccion merecen el nombre de populares, no tanto por su forma, como porque están basados en un cuento recogido de boca del pueblo. Los cuentos que les han servido de base eran tan cortos, que todos ellos, reproducidos tales como yo los he oido contar á las gentes del pueblo, no ocuparian una docena de páginas de este libro.

Lo que yo hago con los cuentos populares, para que no sean del todo indignos de ingresar en nuestra literatura, es conservar el pensamiento capital y la forma de los que he recogido de boca del pueblo, y dotarlos hasta donde puedo de las condiciones literarias, morales y filosóficas de que carecian, como obra de gentes completamente extrañas al arte y sólo dotadas de cierta intuicion ar-

tístico-filosófica. Para que se pueda formar alguna idea del trabajo que empleo al parafrasear los cuentos que recojo de boca del vulgo, voy á reproducir aquí, casi textualmente, el que ha servido de base al titulado *La Obligacion y la devocion.*

«Estas (decia el narrador) eran una beatona que se pasaba la vida en la iglesia comiéndose los santos y todo lo tenía en su casa patas arriba, y una buena mujer que sólo oia misa los domingos y fiestas de guardar y todo lo tenía en su casa como un reloj. Pues, señor, sucedió que se murieron las dos un mismo dia, y emprendieron juntas el camino del otro mundo. Al llegar á las puertas del cielo, San Pedro las preguntó lo que habian hecho para ganar la gloria, y despues de oirlas á las dos, le dijo á la beatona que de seguro entraria en el cielo, y á la otra, que de seguro no se escaparia sin algunos años de purgatorio. Avisó San Pedro al Señor para que saliera á juzgarlas á las dos, y el Señor, despues que las oyó, entregó la beatona al diablo para que la llevára al infierno, y dando su brazo á la otra, se entró con ella en el cielo.»

Tal era, con corta diferencia, el cuento de *La Obligacion y la devocion* en boca del pueblo, y digo con corta diferencia, porque he omitido, ademas de no pocos solecismos, una porcion de chistes

de mal género con que se desternillaban de risa las gentes que al mismo tiempo que yo le escuchaban.

III.

En alguno de los prólogos de mis anteriores colecciones de cuentos hice una observacion que me parece muy curiosa y digna de repetirla aquí. Algunos de los cuentos que yo he recogido del vulgo y he publicado despues de darles el sabor literario, la forma artística y la direccion filosófica y moral que mi ingenio y mi buena intencion me han permitido, han vuelto al dominio del vulgo con la trasformacion que yo les habia hecho sufrir, y he tenido la agradable sorpresa de que se me cuenten á mí mismo con esta trasformacion é ignorando que yo los conociese. En este caso se hallan señaladamente los que llevan el título de *El Tio Miserias*, *La Portería del cielo*, *Las Truchas*, *La Ballena del Manzanáres* y *Las Orejas del burro*. Si el hecho es curioso, tambien lo es la circunstancia de que, preguntando yo á los narradores en qué libro ó periódico habian aprendido aquellos cuentos, me respondieron que en ninguno, pues los habian oido contar de palabra. Es, pues, de suponer que el libro ó el periódico los devol-

vió al pueblo puestos por mí como nuevos, y luégo comenzó para ellos una segunda vida oral, en que, si bien la forma que yo les dí aparecia algo adulterada, se conservaba sin detrimento el fondo artístico y moral que de mí recibieron y era infinitamente mejor que el originario.

La tarea de recoger cuentos de boca del vulgo no es tan fácil como á primera vista parece. Generalmente el archivo donde se conservan y pasan de una en otra generaciones estas creaciones de la fantasía, de la observacion, del sentimiento y áun de la malicia popular, es la memoria de gentes rústicas y sencillas, y es necesario tener mucha confianza y familiaridad con estas gentes para que se avengan á contar los cuentos que saben á las personas que no son de su condicion, porque creen que estas personas se los demandan para burlarse de ellas, y no hay medio de hacerles comprender el verdadero fin con que se buscan. Es natural que esto último suceda. Durante la última guerra civil era general en España, particularmente entre el vulgo, la errónea creencia de que así aquella guerra como la de 1833 á 1839 eran debidas á los fueros de las Provincias Vascongadas, que, en concepto de muchas gentes, hasta permitian á estas provincias disponer constantemente de un ejército armado y dispuesto á entrar en campaña cuando pluguiese á las mis-

mas. Terminada la guerra, D. Antonio Cánovas del Castillo, ansioso de popularidad, creyó excelente medio de alcanzarla la presentacion á las Córtes de un proyecto de ley abolitorio de los fueros vascongados, y en efecto le presentó, y apénas hubo senador ni diputado que se atreviese á arrostrar la impopularidad de negarle su voto. Íbase, pues, á discutir la ley de 21 de Julio de 1876, que no quiero calificar ni áun de imprudente é impolítica, y las tres Provincias Vascongadas me honraron con el encargo de redactar el recurso que colectivamente habian de elevar á las Córtes contra aquella ley; y aunque me esforcé en declinar tal honra, no por vana modestia, sino por íntimo convencimiento de que el encargo era superior á mis fuerzas, y de que las Provincias Vascongadas tenian estadistas, jurisconsultos y escritores, que con inmensa ventaja sobre mí, podian redactar el documento más trascendental, solemne y grave que en el curso de su historia habian elevado á los supremos poderes del Estado, insistieron en que fuese yo quien redactase la exposicion, que en efecto redacté, y se elevó á las Córtes y se imprimió y circuló profusamente.

Pues bien: multitud de personas, al parecer ilustradas, ó cuando ménos que se hubieran ofendido si se las hubiese calificado de vulgares, y

que por lo visto no conocian de mis humildes escritos más que tal ó cual cuento popular, ó tal ó cual coleccion de ellos, se dirigieron á mí de palabra ó por escrito, felicitándome con entusiasmo y expresándome la sorpresa y el asombro que habian experimentado al ver que un autor de cuentos era capaz de escribir *cosas formales* como la exposicion dirigida á las Córtes por las Provincias Vascongadas, que naturalmente necesitaba fundarse en el Derecho y la Historia y estar redactada con la elevacion de estilo y raciocinio propia de tales documentos.

Diré áun más para probar el erróneo y desventajoso concepto que en España se tiene, hasta por personas que, con más ó ménos aptitud, se dedican á los trabajos literarios, del cultivo de la literatura popular, cuya representacion más genuina es el cuento, que no ha desdeñado la pluma de los más ilustres historiadores, entre ellos Dikens, autor de la *Historia popular de Inglaterra;* Cantú, autor de la *Historia universal;* Lamartine, autor de la *Historia de los Girondinos*, y Lafuente, autor de la *Historia general de España.* Hay en las Provincias Vascongadas un caballero, apreciabilísimo como tal, que se dedica á los estudios históricos con laboriosidad y buen deseo dignos de aplauso, pero con criterio y condiciones de método y estilo inaceptables. Más de una vez tuve necesidad de

discutir públicamente con este caballero, y como la discusion tomase giro un tanto agresivo y personal, no sé si por culpa mia ó de mi contrincante, éste parecia no encontrar medio más eficaz de herirme y rebajarme que el de echarme en cara que era autor de cuentos.

Para que se vea cuán distante estoy de creerme rebajado por ser autor de cuentos populares, voy á decir lo que en este particular siento y creo. Si en cualquiera de los certámenes industriales y artísticos, que tan frecuentes son en nuestro tiempo, se diese cabida á trabajos de la índole de los que han ocupado la mayor parte de mi vida literaria, y yo presentase en ese certámen mis nueve volúmenes de cuentos y el *Libro de los cantares*, que pertenece tambien á la literatura popular, creo se cometeria conmigo una gran injusticia si no se me adjudicase un gran premio, siquiera fuese el de la constancia y la buena intencion.

IV.

Concluiré este poco sustancioso prólogo concretándome un poco más que lo he hecho á la nueva coleccion de cuentos que le motiva, ó cuando ménos le sirve de pretexto. Será cierta, hablando en sentido general, la afirmacion de los fran-

ceses de que el nombre nada importa á las cosas, pero no lo es con relacion á los libros, y esto sin duda quiso decir Plinio al decir que el escritor no debe olvidar miéntras escribe el título que puso á la cabeza de la obra. El que, como yo, ha tenido que buscar título diferente á ocho libros que pudieran comprenderse bajo un título solo, debe naturalmente encontrarse apurado para encontrársele á un libro más, que ni en su fondo ni en su forma se diferencia de los precedentes del mismo género. Por esto me he dejado de cavilaciones y he dado á este libro el título de *Nuevos Cuentos populares*, que si carece de novedad, en cambio no carece del todo de exactitud, porque entre los doce cuentos de que se compone hay siete que son *Las Dos noblezas*, *La Obligacion y la devocion*, *El Ten con-ten*, *El Maestro de hacer cucharas*, *La Escapatoria*, *San Pedro me valga* y *El General Manduca* (1), cuyo pensamiento capital pertenece al pueblo, y los cinco restantes, si no tienen esta circunstancia, tienen la forma popular, y en todos ellos hay ideas secundarias pertenecientes al pueblo, y no á mí, que no me limito á recoger cuentos de cierta extension y estructura,

(1) Estos dos penúltimos cuentos no son sólo populares en España: sonlo tambien en Francia, como lo prueba el haberlos incluido en el concepto de tales Cenac-Moncaut en sus *Cuentos populares de Gascuña*, publicados muchos años despues de haber dadó nuestro Fernan-Caballero gran celebridad al último.

sino tambien anécdotas y modismos populares, en cuya atencion puedo decir que en mis nueve colecciones de cuentos he encerrado lo más interesante, y por tanto digno de conocerse como materia de estudio de la inventiva, el espíritu y el lenguaje del pueblo español, por más que haya excluido ó modificado lo absurdo ó inmoral, que en mi concepto no debe ingresar en la literatura de ningun pueblo.

Quizá, considerados los cuentos populares únicamente como materia de estudio, hubiera convenido que me hubiese limitado al modestísimo papel de recolector y editor; pero considerados como materia de estudio, de enseñanza y de recreo, que es como yo los considero, creo se aprobará el sistema que he preferido, y no pecaré de inmodesto si me considero comprendido entre aquellos narradores de quienes dice Cenac Moncaut, al dar á luz los *Cuentos populares de Gascuña:*

«Atentos á percibir todos los murmullos y á asimilarse todas las emanaciones intelectuales que se elevan en torno de ellos, constituyen en propiedad personal suya los pensamientos que pertenecen algun tanto á todos, los traducen bajo el título de crónica ó novela, de disertacion ó de poema, dan á las opiniones de su tiempo, que eran algo vagas, limpieza y elegancia de estilo, en una palabra, todas las condiciones necesarias para que

puedan generalizarse, arraigarse y desenvolverse en los espíritus.»

Ciertamente no soy yo de los que prestan atento oido á todos los murmullos y se asimilan todas las emanaciones intelectuales, porque hay murmullos y emanaciones de carácter científico, para cuya percepcion son ineptos mi oido y mi entendimiento; pero en otra esfera más modesta que la de la ciencia y la filosofía escolares, en la de la naturaleza y la vida social y familiar tal cual la vemos y sentimos los hombres vulgares, hay tambien murmullos y emanaciones intelectuales que yo percibo y me asimilo y voy encerrando en esta serie de libros, que con la calificacion de cuentos populares voy dejando tras de mí como rastro de mi humilde existencia.

Si en España esta tarea no encuentra por regla general la estimacion y la recompensa que encuentra en otros países, no por eso carece de estímulos que son muy poderosos y dulces para los que como yo piensan y sienten: escribo este prólogo sin haber descansado aún de un viaje de algunos dias por los amenos y hermosos valles occidentales de Vizcaya, y con haber encontrado allí en muchos hogares, donde amorosamente se me ha ofrecido asiento, quien recordase, celebrase y sintiese áun más que yo lo que en esos libros voy dejando encerrado, me basta para que

no desmaye en la senda que há tantos años emprendí y voy siguiendo con tal perseverancia, seguro de que no es indigna de los que como yo rinden ferviente, aunque modesto, culto á la belleza del arte, de la moral y del patriotismo.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, Diciembre de 1879.

IBAIZÁBAL Y COMPAÑÍA.

IBAIZÁBAL Y COMPAÑÍA.

I.

Frescos como la nieve del Gorbea y el Aitzgorri, y limpios como la honra de las tres hermanas que al pié de aquellos excelsos montes se asientan, bajaban hácia Bilbao dos robustos aldeanos, naturales y procedentes, el uno de las montañas del lado de Durango, y el otro de las del lado de Orduña.

Para guarecerse de los rayos del sol, que picaba de lo lindo, se daban sombra con ramas de castaño, de roble, de nogal, de haya y de otros árboles; y para regalar su olfato y realzar su gallardía, se habian adornado con sendos ramilletes formados con la flor de los cerezos, los perales, los manzanos y los melocotoneros que encontraban á su paso.

No hacian su viaje en ayunas, que llevaban el vientre bien repleto de ricas truchas, anguilas, loinas y bermejuelas, sazonadas con tragos de las buenas fuentes, algunas medicinales, que habian encontrado en su camino; porque ambos viajeros, como eran aguados, habian pasado de largo por delante de las ventas y caserías en

que se vendia el zumo de la uva foránea, ó el de la uva y la manzana indígenas.

Durante su viaje habian dado pruebas de serviciales y amigos de fomentar la industria y la agricultura patrias, ya impulsando con su empuje las ruedas de los molinos y ferrerías, ya regando los huertos y las arboledas con que tropezaban.

Al llegar á la jurisdiccion de Galdácano, un poco más de una legua más arriba de Bilbao, se encontraron de repente, sin haberse visto hasta aquel instante, y despues de saludarse con la cortesía y fraternidad propias de la gente de su tierra, trabaron conversacion en los términos que sabrán los que leyeren ú oyeren leer.

II.

—¿De dónde se viene, buen amigo, aunque sea mal preguntado?

—De hácia Orduña.

—Qué, ¿es V. de por allá?

—Para servir á Dios y á V.

—¿De qué parte?

—De Nerbina, y por eso me apellido Nerbion; pero diferentes ramas de mi familia se extienden por los valles de Ayala, Orozco y Ceberio.

—Larguito es el viaje que V. trae.

—No es cosa mayor: de seis á siete leguas, y eso que como hay tanto demonio de monte, tiene uno que rodear para no subir á donde Cristo dió las tres voces.

—No les sucede eso á los que viajan por Castilla, segun me escriben mis amigos Duero, Pisuerga, Arlanzon, Tórmes y Manzanáres, que andan por allá.

—Algo de eso me ha contado un medio paisano mio llamado Ebro. Yo prefiero viajar por esta tierra, porque así está uno más limpio y saludable; y si no, mire usted qué color tienen los que viajan por las llanuras de Castilla, que parece que los han vomitado.

—Eso dicen de Manzanáres.

—Que Manzanáres tenga color malo, nada tiene de particular, porque dicen que tira á tísico, y ademas es muy marranote; pero sí que tengan color de ictericia los demas.

—¿Y en qué diantre consistirá eso?

—¡Toma! en la falta de ejercicio. ¿No ve V. que viajar por entre riscos y peñas, como nosotros viajamos, es una gimnasia perpétua?

—Justo y cabal. De seguro que si viajáran como nosotros los que andan por Castilla, no irian inficionando á todo el que se acerca á ellos, con sus tercianas, que nosotros, á Dios gracias, desconocemos. Pero volviendo á nuestra conversacion, ¿qué tal es su tierra de usted?

—Hombre, hay en ella de todo, como en botica. En los altos donde yo he nacido hace en invierno un frio de cuatrocientos mil demonios; pero en empezando á bajar de aquellos peñascales, ya es harina de otro costal. La vega de Orduña es preciosa, y lo sería mucho más si no se la cultivase poco ménos que al uso de Castilla.

—¿Qué uso es ése?

—El que consiste en mover y ahondar poco la tierra y abonarla poco ó nada. Orduña anda siempre buscando medios de salir de pobre, y no le ha ocurrido uno muy sencillo y fácil con que, segun he oido contar, lo han logrado los del valle de Guernica.

—¿Y en qué consiste ese medio?

—En hacer con la vega de Orduña lo que se hace con la vega de Guernica.

—¿Trabajarla y abonarla mucho?

—Justamente. Es lástima que no haya algun buen patriota que les dé una leccion práctica, que valdria más que todos los consejos y predicaciones.

—¿Y cómo se la daria V. si fuera terrateniente en la vega de Orduña?

—¿Cómo? Muy sencillamente: encalando y labrando bien una heredad, y cosechando así en ella cuatro veces más de lo que ellos cosechan en las suyas. Veria usted cómo este ejemplo práctico les hacía abrir el ojo. Pero volviendo á mi viaje, tambien dejo veguitas muy lindas y feraces en Amurrio, Luyando, Llodio, Orozco, Ceberio.....

—Para vegas buenas, aunque pequeñas, las que yo he visto.

—¿Y qué vegas son ésas?

—La mejor de todas, la de Durango.

—¡Hola! ¿es V. durangués?

—De los montes del Duranguesado. Mi familia, que tambien tiene una de sus principales ramas en Arratia, está extendida por los montes de Urquiola, Udala, Campanzar, Oiz.....

—¿Oiz? Desde ese monte dicen que se ven cosas buenas á la banda de allá.

—¡Vaya si se ven! Se ve, en primer lugar, el mar y los lindos valles de Marquina, Lequeitio y Guernica, por donde se pasean tres parientes mios muy cercanos, que, á pesar de su cortedad, son muy estimados y prestan grandes servicios á la industria y á la agricultura. En segundo lugar, se ve el santo árbol de nuestras libertades.

Ambos viajeros se descubrieron respetuosamente la cabeza, y entonaron á duo el cántico de la libertad vascongada, que empieza :

Guérnicaco arbola
da bedeincatuá
euscaldunen artean
gúztiz maitatuá.

Es decir : «El árbol de Guernica es bendecido y amado de todos los vascongados.»

—¿Y adónde se va, buen amigo? continuó el de Nerbina.

—A ver la mar en la barra de Santurce.

—Pues, hombre, á lo mismo voy yo. ¿Por lo visto usted es aficionado á la mar?

—Muchísimo.

—Pues á mí me sucede dos cuartos de lo mismo. No sé qué demonio de fuerza misteriosa me impele hácia la mar.

—Hombre, pues lo mismo, lo mismo me sucede á mí.

—¿Sabe V. lo que digo?

—¿Qué?

—Que ya que vamos al mismo sitio y á lo mismo, y tenemos las mismas inclinaciones, podemos unirnos, por aquello de que la union constituye la fuerza.

—Aprobado.

—Pues vengan esos cinco,

—Allá van estos diez. *Bírac-bat.*

—*Bírac-bat* (1).

III.

Los dos viajeros vizcaínos se dieron las manos, cada cual echó un brazo al hombro de su compañero, y así pareados y confundidos, como es muy comun ver caminar á los mozos de su tierra, continuaron hácia Bilbao, protegiendo la industria que encontraban á su paso, como lo prueba el caso siguiente:

Al llegar al puente de Bolueta vieron un gran edificio á la orilla del camino.

—¿Qué edificio es ése? preguntaron.

—Una gran ferrería que honra á la industria vascongada, y sólo con los braceros que ocupa en su recinto proporciona la subsistencia á cerca de quinientas familias.

—¡Pues aquí de nuestro patriotismo! Vea V. si el habernos unido en uno es cosa que á todos nos tiene cuenta. Separados, apénas podriamos prestar auxilio al-

(1) Los dos uno.

guno á esa ferrería, que necesita motores de tomo y lomo. Unidos, nos sobra fuerza para hacer andar como perinolas sus enormes y multiplicadas ruedas. ¡Conque, ea, echemos aquí una manita!

La ayuda que á la gran ferrería de Bolueta prestaron los viajeros, ó mejor dicho, el viajero, porque ya eran *birac-bat*, llenó de alegría á los habitantes del valle, que prorumpieron en aplausos y bendiciones al poderoso protector de la industria.

Y el viajero, alentado por estas muestras de gratitud, y envanecido con el nombre de Ibaizábal, que le daban los moradores de una y otra orilla, nombre que es lo mismo que llamarle en castellano *rio ancho*, no se cansaba de proteger é impulsar la industria.

Ibaizábal (nombre que tambien le darémos nosotros, porque en verdad lo merece) dió más de un salto de alegría al acercarse á la isla de San Cristóbal, porque al llegar allí vió dos cosas que le sacaron de sus casillas: vió á Bilbao, y vió que la mar salia á su encuentro alargándole un robusto brazo, como si quisiera decirle :

—Vengan esos cinco; que es V. hidalgo por su cuna (ó por su lecho) y por sus obras.

Ibaizábal no necesitaba ya sudar espumarajos saltando de roca en roca, pues desde allí continuó su viaje tranquilo y regocijado con tener ocasion de prestar un nuevo é importantísimo auxilio á la industria y al comercio, cual era el de servir de motor á numerosas embarcaciones.

Al bajar un poquito más abajo, exclamó santiguándose : «¡En el nombre del Padre, qué hermosa y qué rica

es esa señora que está sentada á mi mano derecha! Pero ¿por qué suda el quilo y siente angustias de muerte esa buena señora?

—Qué, ¿no lo ha adivinado V.? le contestó la mar. Porque como ha engordado tanto, no cabe donde está sentada.

—¿Pues por qué se ha sentado ahí?

—¡Toma! porque cuando se sentó creia que le sobraba asiento, y luégo ha ido engordando, engordando.....

—¿Y no hay quien le preste otro asiento?

—De eso se trata.

Ibaizábal dirigió la vista á la orilla opuesta y vió á un aldeano repantigado en un asiento tan ancho, que cabian diez como él.

—Buen hombre, le dijo, ¿tiene V. alma para ver perecer á esa pobre señora en su asiento sin ofrecerle el de usted, en que estaria cómodamente?

—Ande V., que se aguante ahí ó que se vaya de paseo por la orilla de la ria abajo.

—¡Quite V. de ahí, egoista!

—No me da la gana. Pues qué, ¿porque esa señora haya echado barriga con los millones que ha ganado en sus honrados tráficos, ha de venir á quitarnos á los pobres aldeanos nuestro asiento? Estoy harto de decirle: «Señora, yo no me opongo á que V. pase cuando guste á sentarse y descansar á sus anchas aquí, pero ha de ser con el bien entendido que está V. en mi casa, y no en la suya.» Pero esa señora es tan orgullosa, que no admite tan generosa proposicion y se empeña en realizar en mi casa (que nada debe á la suya, donde si suelo ganar

el pan, mi trabajo me cuesta) aquel refran que dice : De fuera vendrá quien de casa nos echará.»

—¡Eso, eso es lo que tambien quiere hacer conmigo esa señora! exclamó al oir esto una honrada y laboriosa aldeana que trabajaba en sus heredades á espalda de la señorona. Esa señora llegó, sabe Dios de dónde, á mi puerta, flaca y necesitada, y me suplicó que le diese un cuartito donde pudiera vivir. Yo, con la mejor intencion del mundo, le dí el mejor cuarto de la casa : apénas entró, empezó á armarme pleitos y camorras, hoy por esto, mañana por lo otro, y ahora, con pretexto de que se le ha aumentado la familia y de que habiéndose enriquecido desea mayores comodidades, tiene la poca vergüenza de salir con que le he de dar toda la casa y yo me he de ir á la guardilla. Y como ella se ha enriquecido y yo soy pobre, y ella tiene el padre alcalde y yo ni siquiera le tengo alguacil, se saldrá al fin con la suya (1).

Al oir estas cosas Ibaizábal, que era muy propenso á llorar, apartó de la hermosa y altiva señora sus ojos llenos de lágrimas y continuó su camino.

IV.

Al llegar Ibaizábal á las riberas de Baracaldo, vió venir por la izquierda otro viajero muy buen mozo, á quien tambien habia alargado un brazo la mar.

(1) Y, en efecto, se salió con posterioridad al tiempo en que se escribió este cuento, apoderándose de casi toda la casa del aldeano de la izquierda (Abando) y la aldeana de la derecha (Begoña), echando á estos pobres á las guardillas.

—¿De dónde se viene, buen amigo? preguntó Ibaizábal al recien llegado.

—Del noble valle de Mena.

—¡Ah! yo creia que era V. vizcaíno.

—Haga V. cuenta que lo soy.

—Lo fué V. en tiempo de Mari-Castaña, pero ahora es V. castellano.

—Castellano por la ley, ó mejor dicho, por aquello de allá van leyes do quieren reyes, pero vizcaíno por naturaleza y por lo mucho que se me ha pegado la vizcainía en mi viaje de cinco leguas por la Encartacion.

—Pues los liberales meneses han sabido amcscarse con la libertad de Vizcaya.

—Hombre, eso no debe V. extrañarlo, porque lo mismo han hecho los liberales españoles, que la primera vez que fueron gobierno, en vez de simpatizar con las únicas provincias de España que habian conseguido conservarse libres de tiranos, lo primero que hicieron fué querer quitarles su verdadera y secular libertad con el presuntuoso pretexto de que la falsa, inventada, ó mejor dicho, plagiada por ellos, era mucho mejor. Pero en cuanto á los meneses, lo que yo le puedo asegurar á usted es, que cuando en Madrid ó en América se nos pregunta de dónde somos, contestamos que somos vizcaínos, y hacemos muy bien, porque tanto tenemos de castellanos como V. de moro.

—¿Y qué tal tierra es la que V. ha recorrido?

—Buena la tierra y mejor la gente. Meneses y encartados, aunque me esté mal el decirlo, por la parte que me toca, somos noblotes, somos de cuerpo como de co-

razon, robustos, trabajadores, patriotas y listos como un demonio. El país es pintoresco y ameno, y las cosechas de grano, vino y frutas, más que regulares; porque así en Mena como en las Encartaciones hay tierras muy buenas, y brazos é inteligencia para labrarlas áun mucho mejores.

—¿Habrá V. pasado por Balmaseda?

—Lavando sus casas, regando sus huertas y moviendo sus artefactos.

—¿Esa es villa muy antigua y noble?

—Yo no entiendo de historia; pero segun lo que he visto al pasar, los balmasedanos son dignos de que su villa siga llamándose cámara de Vizcaya, como cuentan se lo llamaron en lo antiguo no sé qué reyes.

En esta conversacion iban Ibaizábal y Cadagua, pues éste era el nombre del viajero que venía de hácia las nobles Encartaciones de Vizcaya, sin descansar en el camino con lo que le daban que hacer multitud de molinos y ferrerías, cuando vieron que por debajo del puente de Luchana, situado á su mano derecha, asomaba la cabeza otro viajero.

Tambien la mar le habia alargado, si no un brazo, al ménos un dedo para que pudiese llegar á ella, porque el pobre necesitaba muy bien este auxilio, pues era bastante débil.

—¿Quién es ése? preguntó Ibaizábal á la mar.

—Ese es un tal Azúa, y viene del monte de Itúrburu, cerca de la Larrabezua, de donde es oriundo.

—¿Y qué es lo que le trae por acá?

—Lo que trae á todos ustedes: su inclinacion á buscarme para descansar en mi seno.

—¡Porque es V. muy salada! dijo galantemente Ibaizábal, que á su paso por Bilbao habia adquirido algo de la cultura y la galantería de la invicta villa, á cuyas hermosas hijas habia echado este piropo al alejarse de ellas:

Dos veces al dia sube
por Olabeaga la mar
á echar á las bilbaínas
dos puñaditos de sal.

Azúa estaba contando que era muy lindo y muy poblado el valle de dos leguas que habia recorrido desde que salió de su lugar natal, cuando vieron que por la izquierda llegaba otro viajero, tambien con el auxilio del dedo meñique que le habia alargado la mar.

—¡Ande V., Galindo, ande V., hombre! le decia la mar arrastrándole hácia su seno. Caramba, es V. tan corto, que sólo sirve para venaquero.

Galindo, que era pundonoroso como buen baracaldés, replicó tímidamente y poniéndose colorado, que para algo más valia, pues en su viaje de poco más de una legua habia fertilizado las lindas y feraces vegas de la patria de los pimientos, de las guindas y las cerezas.

V.

Galindo sacó los piés de las alforjas al ver la multitud de buques extranjeros estacionados en el Desierto para cargar vena de hierro, de la que tanto abunda en sus

nativas montañas de Triano; y despues de contar que pronto funcionarian en aquellas montañas hasta cinco ferro-carriles mineros, uno de ellos de tres leguas de extension, añadió:

—Yo les aseguro á ustedes que ántes de veinte años tendrémos en Vizcaya una ciudad de tres leguas, que empezará en Bilbao y terminará en San Juan de Somorrostro.

Cadagua, que, como procedente de fuera de Vizcaya, estaba poco enterado de lo que pasaba en ella, se sonrió con aire de incredulidad.

—No se ria V. de lo que Galindo afirma, pues es una verdad como un templo, le dijo la mar. ¿Ve V. esa enorme ferrería del Desierto, que ocupa dentro y fuera de sus negros muros á millares de braceros? Pues no tardará este valle de tres leguas, si los españoles no arman alguna trifulca de las que acostumbran, en llenarse de establecimientos por el estilo de ése; y esa actividad fabril, unida á la de la explotacion y embarque anual de millones de toneladas de vena, ha de realizar la profecía de Galindo, que será el niño mimado de la futura gran ciudad, cuya Puerta del Sol será precisamente el valle por donde este buen baracaldés, ingerto de somorrostrano, acaba de pasar.

En esta conversacion seguian nuestros viajeros su camino, y se acercaban ya á la barra, un poco alborotados con la alegría que les causaba el término de su jornada, cuando á su mano izquierda vieron á una damisela que los saludaba con mucha finura y cordialidad.

—¡Caracoles! exclamó Ibaizábal, ¡qué linda es esa

chica que nos saluda! Chiquitita, pero guapa y bien compuesta, á lo ménos exteriormente.

—Ya lo saben los forasteros, que, particularmente en verano, la rondan, contestó la mar enviando un beso á la linda damisela, y otro á otra no ménos linda, cuyo traje blanco la denunciaba en las rocas y los arenales de la parte opuesta, en cuya galantería la imitaron los viajeros, ménos el baracaldés, que se puso colorado como un tomate.

Al llegar los viajeros frente á Santurce, cuyo aspecto majestuoso y alegre les enamoró, se alborotaron sobre si debian ó no pasar adelante; pero un chiquillo llamado Gobelas, que bajaba por las playas de Lamiaco, resolvió la cuestion en sentido afirmativo gritándoles:

—¡Adelante, señores! ¡No hay que pararse en barras!

El autor de este cuento estaba á la sazon en la cumbre volcánica del Sarántes contemplando el valle del Ibaizábal para cantarle en tono *sublime*, y exclamó, cayendo del cielo de la poesía al abismo de la prosa:

—¡Ibaizábal! ¡Ibaizábal! ¿Cómo despues que te has hecho tan llanote y *utilitario* te he de cantar en el concepto de rio mitológico?

Tolomeo te colocó en una de las regiones que componian la heroica Cantabria: unos dicen que los romanos te llamaron Nerba, y otros que te llamaron Negangesia: no falta quien asegure que tu nombre era Cálibe, y que tus aguas templaban de tal modo el fierro, que no se consideraba arma buena la que en ellas no se hubiese sumergido; y, por último, Arbolancha te menciona en este concepto, cantándote en sus *Abidas:*

«Soy Calibeo llamado, porque vino
mi padre de las ínclitas riberas
del rio Calibe, do se templa el fierro
allá en Vizcaya, la poblada de árboles.»

¡Ibaizábal! ¡Ibaizábal! no puedo ya cantarte como rio mitológico, pero te cantaré como rio cristiano y libre; que nunca el rumor de tu corriente acompañó cánticos de idólatras ni arrulló sueño de tiranos.

LAS DOS NOBLEZAS.

LAS DOS NOBLEZAS[1].

Este era un rey muy bueno y querido de sus vasallos; pero tenía sus rarezas, como á todos nos sucede; entre ellas, la de no permitir en su reino, y ménos en su córte, el ejercicio de artes mecánicas, tales como la zapatería, porque decia que tales artes eran opuestas á la nobleza que queria conservar en su reino en toda su pureza y esplendor. Reyes así serán muy buenos, pero á mí no me gustan, acaso porque yo no entiendo de estas cosas. Preguntando al buen anciano que me contó este cuento qué pensaba de tales reyes y qué de los que pecaban en

(1) Este cuento me contó en vascuence, mezclado de castellano, en una aldea de Vizcaya, un labrador anciano, á quien sus nietos instaban para que me le contase, creyendo que me habia de hacer tanta gracia como les hacía á ellos. El original es muy abreviado y adolece de grandes inverosimilitudes, como les sucede á casi todos los cuentos, tales como las gentes que llamamos del pueblo los cuentan. Siguiendo el sistema que he empleado en los muchos populares que he recogido y dado á luz, le he recontado á mi manera, procurando conservar la forma y el espíritu del original, en cuanto eran compatibles con la moral y el arte literario. Por más que el anciano le calificase de bobada (*modurriá*) al resistir las instancias de sus nietos y las mias, á mí me parece digno de ser contado.

el extremo opuesto, se limitó á contestarme: «¡Mal año para ellos!»

El Rey era viudo y tenía una hija por quien deliraba, creyéndola la chica más hermosa de este mundo. La Princesa era, en efecto, un prodigio de hermosura y gracia; sobre todo, su pié era una maravilla por lo chiquirritito y mono; y era de suponer que de allí arriba todo correspondiese al pié, inclusa la pantorrilla, que era preciosa, segun decian todos los que habian logrado ver un poquito de ella al levantar la Princesa el vestido con mucha monería para pasar algun charco.

Allí todos los artefactos se traian de tierra extranjera, porque no se permitia fabricar ninguno en el reino, y, por consiguiente, tambien el calzado era allí extranjero. Como el pié de la Princesa era un pié de ángel, era casi imposible que hombres le hiciesen zapatos como es debido, y mucho más imposible haciéndolos sin medida.

El Rey estaba disgustadísimo con esto último, y por más que preguntaba á sus nobles ministros y cortesanos cómo se podria remediar tan grave inconveniente, no acertaba á remediarle, porque todos sus cortesanos y ministros se encogian de hombros cuando S. M. los consultaba sobre asunto tan importante y trascendental.

Hacía mucho tiempo que ningun calzado de la Princesa habia estado siquiera á medio gusto del Rey, y éste, naturalmente, cogia el cielo con las manos por tal desgracia. Por fin, prueba que prueba botitas, la Princesa dió con unas que casi estaban á gusto de su excelso padre, y entónces dijo el Rey, lleno de alegría:

—¡Ese, ése es el zapatero que yo buscaba hace tiempo, pues si ha hecho esas botitas casi justas sin haber tomado la medida, ¡qué no hubiera hecho si la hubiera tomado!

Inmediatamente mandó el Rey que se averiguase por medio de sus ministros plenipotenciarios en el extranjero quién era el zapatero que habia hecho aquellas botitas, y resultó que las habia hecho uno que llamaban Calzángeles, por la gracia y el ingenio que Dios le habia dado para ejercer su oficio.

Despues de sostener una larga y terrible lucha entre su amor de padre y su deber de rey, que creia consistia en mantener la nobleza de su reino tan pura, que ni siquiera pusiese los piés en sus dominios hombre que ejerciese arte mecánica, se decidió á hacer el tremendo sacrificio de invitar á Calzángeles á ir á su córte para que tomase medida del piececito de la Princesa, y una vez tomada, se apresurase á volver con la medida al extranjero, donde recibiria el título de zapatero de cámara de S. M. y A., con la condicion de que si volvia á penetrar en los nobilísimos dominios de S. M., sería fusilado sin más que identificar la persona.

Calzángeles contestó, en primer lugar que pertenecia á una de las dos noblezas ó aristocracias de su tierra, que eran la de la virtud y el talento, y la de la sangre; y en segundo, que no estaba para viajes, y que sólo haria el que se le proponia con la condicion de que se le habia de permitir establecerse y residir en la córte. El Rey se escandalizó de esta condicion; pero como Calzángeles insistiese en ella, S. M. se resignó al fin á acep-

tarla, viendo que no habia otro remedio, y dió su palabra de rey al zapatero de que nunca, con ningun pretexto, ni por ningun motivo, haria con él ninguna barbaridad, una vez establecido en su noble córte.

Apénas el zapatero llegó á ésta, fué á palacio á ponerse á los piés de la Princesa y tomarle medida de unas botitas que S. A. deseaba mandar hacer cuanto ántes para que su augusto padre llorase de alegría viéndola bailar, con ellas puestas, el zapateado.

El Zapaterillo (á quien en adelante darémos este nombre, porque es el más conforme con su juventud, su gracia y su linda personita) se arrodilló á los piés de la Princesa con la finura del más cumplido cortesano, y cuando la Princesa, con mucha monada, levantó el vestido hasta la pantorrilla para que el Zapaterillo le tomase la medida, el Zapaterillo se santiguó muy conmovido, y procedió con toda la sal y salero del mundo á tan delicada operacion.

Chocáronle mucho á la Princesa la santiguada y la emocion del Zapaterillo, y hubiera dado cualquier cosa por saber la causa; pero como era cortita de genio y estaba tambien conmovida con la gracia del Zapaterillo, no se atrevió á preguntar á éste por qué se habia conmovido y santiguado.

El Zapaterillo se habia conmovido y santiguado al ver lo monos que eran el pié y la pantorrilla de S. A. Como deseaba que las botitas fuesen primorosas, pues era mozo de mucho pundonor profesional, empleó mucho tiempo en trabajar las botitas de la Princesa, y miéntras trabajaba no hacía más que pensar en S. A., y, sobre todo, en aquel

pié y aquella pantorrilla tan retemonos, y subiendo, subiendo de suposicion en suposicion, suponia en la Princesa perfecciones físicas y morales tan grandes, que cuando concluyó las botitas estaba ya perdidamente enamorado de S. A. No se le ocultaban los inconvenientes de aquel amor, porque como era chico bastante leido, recordaba aquello que dijo Tertuliano de que la mujer es la puerta por donde entra el diablo en el hombre; pero el recuerdo del pié y de la pantorrilla de S. A., y las suposiciones subsiguientes, daban al traste con Tertuliano y todos los demas filósofos y moralistas.

Al mismo tiempo, la Princesa pensaba tanto en el Zapaterillo y tenía tanta ansiedad por saber por qué se habia santiguado y conmovido cuando ella levantó el vestido para que le tomára medida del pié, y llegó á suponer tales cosas en el Zapaterillo, que si no habia llegado á enamorarse de él, le faltaba ya muy poco.

Cuando el Zapaterillo fué á llevar y probar las botitas de la Princesa, con pretexto de ajustarlas y probarlas bien, sobó y resobó tanto el piececito, y miró y remiró tanto la pantorilla de S. A., y permaneció tanto tiempo arrodillado, soba que soba y mira que mira, que la Princesa y él tuvieron tiempo de sobra para hablar de una porcion de cosas.

La Princesa le preguntó, poniéndose coloradita como un clavel, por qué se habia santiguado y conmovido cuando fué á tomarle medida, y él ¡qué habia de hacer sino decirle la verdad! La Princesa comenzó con esto á cavilar, y concluyó por enamorarse por completo del Za-

paterillo, que, como era tan retunante, ya sabía dónde le apretaba el zapato á S. A.

El Rey estaba entusiasmado con las botitas de su augusta hija, que le parecian modelo de perfeccion, pero la Princesa le dijo que le apretaban un poquito y convenia que volviera el Zapaterillo á corregir aquel defectillo, con lo cual quedarian al óleo. El Zapaterillo volvió, y entónces él y la Princesa se dejaron de cumplimientos y se declararon mútuamente que se querian, porque el gitano del Zapaterillo creyó que dándole S. A. el pié podia tomarse la mano y besársela con tanta ánsia, que parecia querérsela comer viva.

Aquel mismo dia la Princesa dijo á su augusto padre que queria casarse con el Zapaterillo, porque le hacía mucha gracia y ella se la hacía al Zapaterillo. Su augusto padre se puso como un toro al oir esto, y si no mandó fusilar al Zapaterillo más pronto que la vista, fué porque habia dado su palabra de rey de no hacer con él ninguna barbaridad. Lo único que hizo fué echar su maldicion á la Princesa y arrojar á ésta de palacio sin más que lo puesto, y mandar que ni á ella ni al Zapaterillo se les permitiera volver á poner allí los piés.

La Princesa y el Zapaterillo se casaron y vivian muy bien, porque el Zapaterillo calzaba á todas las señoras de la córte, y así ganaba el oro y el moro. Entre las parroquianas del Zapaterillo habia muchas que tenian el pié y la pantorrilla capaces de hacer pecar á un santo, pero el Zapaterillo no hacía caso de eso, lo que probaba que queria mucho á la Princesa y era un marido como Dios.

manda, por más que diga una copla española, compuesta sin duda por algun pícaro sastre:

Todos los zapateros
como Dios manda,
pegan á sus mujeres
y se emborrachan,
y el que no lo hace,
aunque sea zapatero,
parece sastre.

Como el Rey era tan bueno y queria tanto á su hija, y la Princesa era de tan buen corazon y queria tanto á su padre, padre é hija volvieron á verse, por supuesto, de ocúltis, para evitar habladurías, y concluyeron por devolver el Rey todas sus ricas joyas á la Princesa y por verse todos los dias con motivo de haber tenido Su Alteza un chico muy mono, con el cual estaba chocho el abuelo.

Ya he dicho que el Rey era muy querido de sus vasallos, pero á pesar de esto, unos cuantos tronados de esos que en todas partes, ménos en España, rabian por meter el hocico en el comedero nacional, armaron una revolucion de mil demonios; y como la generalidad de las gentes del reino eran muy pacíficas y puede más uno que apunta con un trabuco que mil que apuntan con un bieldo, era lo cierto que la revolucion habia llegado triunfante á las puertas de la capital, y ésta se veia sitiada por los pronunciados y defendida débilmente por sus habitantes, que, aunque todos ellos eran tan nobles como el Soberano, no servian para aquellas cosas.

El Rey llamó á palacio á la principal nobleza y, por

supuesto, á los ministros y demas altos funcionarios de la córte, y les pidió consejo sobre lo que debia hacer en tan crítica situacion; pero todos se encogieron de hombros, sin que á ninguno se le ocurriera una idea salvadora.

El Rey estaba desesperado con la esterilidad de ingenio de todos aquellos nobles magnates de su córte, que en las fiestas y paradas oficiales parecia que se iban á comer el mundo entero con sus espadones y deslumbrantes uniformes; y en su desesperacion, le ocurrió consultar, por supuesto, de ocúltis, á su yerno el Zapaterillo, que sabía era tan ingenioso por naturaleza como plebeyo por oficio. El Zapaterillo se enteró muy detenidamente del estado de la política interior y exterior, y particularmente del estado en que se hallaban las relaciones del Rey con los Gigantones, sus vecinos.

—Sólo de Dios y de los Gigantones, contestó el Rey, puedo esperar auxilio.

—Pues duerma V. M. á pierna suelta, que yo le respondo de que le tendrá, le dijo el Zapaterillo, y se retiró muy templado, dejando al Rey jurando y perjurando que, si salia con bien de aquélla, habia de haber en su reino dos noblezas en lugar de una.

Conviene decir qué casta de pájaros eran los Gigantones, de quienes el Rey y el Zapaterillo habian hablado. Los Gigantones eran los habitantes de un reino confinante con el de S. M., y se les daba aquel nombre porque eran verdaderos gigantes de cuerpo y ánimo, tanto, que cada uno de ellos valia por un batallon de soldados de cualquier otro país.

Los pronunciados habian procurado malquistar al Rey con ellos para que no le prestasen auxilio ; pero áun así no las tenian todas consigo, porque si el Rey de los Gigantones intervenia en favor del Rey su vecino, aunque sólo fuese enviándole una compañía para defender la capital, de seguro se llevaba la trampa la revolucion.

El plan de los pronunciados era entrar en la capital, que creian fuese débilmente defendida por sus nobles habitantes; apoderarse de la Princesa, que sabian habitaba fuera del Real alcázar; llevársela y amenazar al Rey con sacrificarla si no accedia á todas sus exigencias, que ya he dicho eran las de permitirles meter el hocico en el comedero nacional, que aquí en España, donde somos más corteses, llamamos presupuesto. Se conoce que aquellos bribones habian leido la historia de España y contaban con que el Rey no tendria el sublime y bárbaro valor de Guzman el Bueno para contestarles arrojándoles un cuchillo. En cuanto á apoderarse del mismo Rey, eso ya era harina de otro costal, porque el Real alcázar era muy fuerte y estaba defendido por un cañon, cuyos metrallazos barrian la entrada principal de la ciudad, que era por un arenal muy hermoso.

Aquella misma noche, el Zapaterillo cogió las botitas de la Princesa, puso cada una de ellas en la punta de una estaca, á modo de contera, se colgó del cuello un par de borceguíes suyos, hechos de antemano con tal artificio que el tacon estaba delante y la punta detras, de modo que andando con ellos puestos, las pisadas indicasen que el que habia ido habia vuelto, ó que el que habia vuelto habia ido, y provisto de estas ingeniosas in-

venciones, se dirigió á la puerta del arenal así que la noche estuvo como boca de lobo y el arenal completamente desierto y silencioso.

Una vez llegado al arenal, siguió hasta el fin de éste, señalando en la fina arena, á la mano derecha de su huella, la de las botitas de la Princesa, que procuraba fuese profunda, apoyando alternativa y fuertemente las dos botitas en la arena con ayuda de las estacas á que servian de contera, y al llegar allí, cambió los borceguíes que llevaba puestos por los que llevaba colgados del cuello, y desandando lo andado, volvió á meterse en la ciudad y se fué á dormir con la Princesa más fresco que una lechuga.

Apénas amaneció, los pronunciados enviaron espías al arenal para averiguar si habia entrado ó salido álguien, y muy pronto supieron, con gran consternacion y rabia, que la Princesa se habia escapado, probablemente á refugiarse en territorio de los Gigantones, y tambien probablemente con la mision de pedir á éstos que fuesen á defender á su padre.

Los informes de los espías eran unánimes y tan circunstanciados, que hasta de ellos se colegia que la Princesa habia escapado llevándola del brazo un hombre que debia ser su marido, pues la huella de su piececito aparecia constantemente á la derecha de la huella del hombre, y ya se sabía que el Zapaterillo llevaba siempre á su derecha á la Princesa cuando paseaba con ella de bracero. En cuanto á la huella de otro hombre, aparecia constantemente á la izquierda del Zapaterillo, y esto indicaba que los habia acompañado un criado cargado con

equipaje, en el que probablemente irian las ricas joyas de la Princesa, á las que rabiaban por meter mano, no obstante haber escrito en su bandera : «Queremos patria con honra», y haber puesto los consabidos carteles de «Pena de muerte al ladron.»

Aunque desanimados con este contratiempo, los pronunciados tuvieron consejo aquel dia y se decidieron á atacar el Real alcázar la mañana siguiente, para evitar la contingencia de que al llegar la Princesa á la córte del Rey de los Gigantones, éste se decidiese á enviar algunos de sus formidables soldados en auxilio de su vecino y antiguo aliado.

El Zapaterillo, que habia pasado el dia haciendo un par de zapatos enormes, ideados con tal artificio que se adaptaban perfectamente á sus piés, y lo mismo servian para usarlos con el tacon detras y la planta delante que con el tacon delante y la planta detras, se dirigió hácia la puerta del arenal así que la noche se puso oscura y no se sentia una mosca fuera de la puerta, y se entretuvo una hora en dar paseos desde la puerta al fin del arenal y desde el fin del arenal á la puerta, sin detenerse más que un poquito al fin de cada paseo de ida y vuelta, para cambiar la postura de los enormes zapatos, de modo que la huella que señalasen fuese constantemente de hombre que habia entrado, y no de hombre que habia salido.

Al amanecer, los pronunciados, segun costumbre, enviaron espías al arenal, y los espías volvieron con que el arenal estaba lleno de pisadas de más de media vara, de hombres que habian entrado en la ciudad. La alarma y

la consternacion de los pronunciados fueron terribles al saber que lo ménos una compañía de Gigantones habia penetrado aquella noche en el Real alcázar, y sin duda se disponian á caer sobre el ejército sitiador sorprendiéndole y desbaratándole.

Los pronunciados se prepararon inmediatamente á levantar el sitio y huir despavoridos. El Zapaterillo, que lo observaba todo desde la buhardilla de su casa con un anteojo de larga vista, y ya habia obtenido del Rey amplias facultades para hacer lo que le diese la gana en las críticas circunstancias que la capital y el Monarca atravesaban, bajó á la calle más listo que una centella, fué á la cárcel, que estaba llena de infelices acusados de haber ejercido artes mecánicas, puso en libertad á los presos, les arengó prometiéndoles que en lo sucesivo á todo hijo de vecino le sería lícito echar media docena de tachuelas á los zapatos ó componer una silla desvencijada; los proveyó de armas y municiones, que tomaron ebrios de patriótico entusiasmo, y puesto á la cabeza de ellos, y seguido de léjos de algunos de los más ilustres representantes de la nobleza, cayó sobre los pronunciados en el momento en que huian, y no dejó títere con cabeza entre ellos, volviendo triunfante á la capital libertada, que le recibió con delirante entusiasmo, echando á vuelo todas sus campanas, engalanando todas sus ventanas y balcones, y arrojando flores, y por supuesto, detestables versos, á los libertadores.

La Princesa, su augusta esposa, se le queria comer vivo, de amor y de alegría, y en cuanto al Rey, su excelso suegro, todo lo que se diga es poco para decir cómo le

recibió. ¿Qué más, hombre? ¡hasta el chiquitin le dió un beso despues de limpiarle los moquitos su augusta madre!

Pero ¡ay! con razon se dice que no hay rosa sin espinas, ni mosto sin heces. La inmensa mayoría de los habitantes de la capital pertenecia á la nobleza hereditaria, á la nobleza de la sangre, y pasado el primer entusiasmo del triunfo, empezaron todos á entristecerse pensando que no pertenecia á aquella nobleza el héroe libertador, y era muy probable que el Rey la aboliese y la sustituyese con otra, con la nobleza de la virtud y el ingenio, á que el Zapaterillo pertenecia.

En efecto, ésta era la intencion del Rey, que, encerrándose en la Real cámara á solas con su salvador y yerno, dijo á éste:

—Oye, Calzángeles, mi querido hijo y glorioso libertador de la patria, hablemos de las cosas del Estado con la seriedad que el caso requiere. Yo habia jurado y perjurado que si salia bien de ésta con tu ayuda, en mi reino habria dos noblezas en lugar de una sola; pero me arrepiento de lo jurado y perjurado, y me decido á que haya una sola, que ha de ser la de la virtud y el talento, á que tú perteneces. ¿Qué han hecho para salvar al Rey y la patria todos esos nobles, en cada uno de los cuales creia yo ver un héroe más valiente que el Cid Campeador? Tú lo has visto; ¡ni corazon ni talento ha mostrado ninguno de ellos en la hora del peligro! Nada, nada; hay que dar completa vuelta á la tortilla.

— ¿Qué barbaridades está V. M. diciendo? exclamó el Zapaterillo interrumpiendo al Rey, no por falta de res-

peto, sino por sobra de buen sentido y espíritu de justicia. En toda tierra de garbanzos conviene y es justo que haya dos noblezas ó aristocracias : la primera, la de la virtud y el talento, y la segunda, la de la sangre, y no hablo de la del dinero, porque ésa lo mismo puede ser vileza que nobleza.....

—Pero, hombre, si es nobleza porque hace buen uso del dinero, ¿á cuál de las dos pertenece?

—A la de la virtud y el talento.

—¡Bien, hombre, bien! sigue, que cada vez me convenzo más de que eres más listo que un demonio.

—Pensando piadosamente, hay que suponer que toda nobleza hereditaria, ó de la sangre, empezó con una gran virtud, que, pensando del mismo modo, se ha ido repitiendo y multiplicando, en más ó ménos grado, de generacion en generacion, por aquello de que nobleza obliga; y esta consideracion es por sí sola bastante para que se respete á la nobleza hereditaria. Ni en Lacedemonia, ni en Aténas, ni en Roma, se hizo la barbaridad que V. M. quiere hacer. Licurgo y Solon.....

—¡Hombre! veo que eres más leido de lo que era de suponer en un zapatero.

—Pues qué, ¿el que uno pase el dia dale que le das á la lezna y el cáñamo, es inconveniente para que uno tenga media docena de buenos libros y se entretenga con ellos á las horas de descanso, ó los dias de fiesta, en lugar de ir á la taberna á emborracharse? Dirá V. M.: ¿pues qué demonio de erudicion ni sabiduría se necesita para hacer zapatos, que viene á ser el arte de hacer fundas para la parte más baja del cuerpo humano? Si V. M. lo

dice, dirá un desatino, pues todo artesano, sin exceptuar el zapatero, debe tener al dedillo la historia de su arte y cuànto con su arte se relaciona más ó ménos directamente.

—Tienes razon, hombre; pero ¿qué es lo que ibas á decir de Licurgo y Solon?

—Lo que iba á decir era que aquellos legisladores, léjos de abolir nobleza alguna, hicieron nobles á todos los ciudadanos, declarándolos á todos iguales, ménos á los pícaros; y una cosa por el estilo se hizo con las Provincias Vascongadas, donde miéntras en el resto de España andaban siempre á la greña con que mi sangre es azul, y negra la tuya, tan noble se consideró siempre al pobre bracero que hacía carbon en los robledales de Mallabia, ó sacaba vena de hierro en el monte cuya riqueza metálica maravilló á Plinio, como á los solariegos de Muncháraz, que casaban con hijas de reyes. Santo y muy bueno que á la nobleza hereditaria no se la den preeminencias legales sobre las demas clases del Estado; pero si hay quien cree que vale más descender del Archipámpano de Sevilla que de Perico el de los Palotes, deje V. M. que se tronce el espinazo haciendo reverencias á los descendientes del susodicho Archipámpano ó del preste Juan de las Indias.

—Hablas con cabeza, hombre, hablas con cabeza, y ya verás cómo no echo en saco roto tus consejos.

En efecto, al dia siguiente el Rey promulgó dos pragmáticas importantísimas. Por la primera se declaraba que todos sus súbditos se dividian en dos categorías sociales, que eran la de los hombres de bien y la de los

bribones, con el item de que los segundos habian de ser esclavos de los primeros, y no los primeros de los segundos, como, aunque pareciese mentira, pasaba en algunos países preciados de cultos, y por la segunda declaraba S. M. su sucesor en el trono al primogénito de su augusta hija la Princesa y de su glorioso yerno Calzángeles.

El reino fué desde entónces muy próspero y feliz; pero me temo mucho que al fin y al cabo se le lleve la trampa, porque los bribones y holgazanes, estimulados con el mal ejemplo de lo que pasa hasta en los países tenidos por más liberales, están siempre erre que erre con que han de meter el hocico en el comedero nacional; cosa que, al parecer, no se puede impedir, á no hacer la barbaridad de gobernar á estacazo seco.

EL MAESTRO DE HACER CUCHARAS.

EL MAESTRO DE HACER CUCHARAS [1].

I.

A Ramon no le podian ver ni pintado en su pueblo, porque era un holgazan como una loma, sin oficio ni beneficio, por lo que le llamaban el maestro de hacer cucharas, que en aquel país significa aproximadamente lo que en otros el maestro de atar escobas. Miéntras le duró la herencia paterna lo pasó muy bien, andando de viga derecha; pero cuando acabó de comérsela, no encontró quien le diese para llenar la andorga, y á fuerza de acostarse con una racion de hambre y levantarse con otra de necesidad, se iba quedando como un alambre.

—Pero, hombre, le decian todos, ya sabes que en esta vida caduca, el que no trabaja no manduca.

(1) Este cuento, recogido y escrito por mí en 1878, es popular en España, é ignoro si lo será tambien en el extranjero. El ilustrado y discreto revistero de *La Ilustracion Española y Americana*, mi querido amigo D. José Fernandez Bremon, que es autor de un tomo de preciosos cuentos fantástico-filosóficos, le aplicó, no ha mucho, en una de sus revistas, con la oportunidad y la gracia que le son peculiares, reduciéndole á muy pocos renglones.

—¡Ya lo sé, por mi desgracia! contestaba Ramon bostezando.

—Pues entónces, ¿por qué no trabajas para manducar? Dios opina que el hombre debe ganar el sustento con el sudor de su frente.

—En ese punto no estoy conforme con Dios.

—¡No digas judiadas, hombre!

—Las opiniones son libres.

—Pero no las opiniones contrarias á las de Dios.

Razonando y disputando así el maestro de hacer cucharas, se moria de hambre por no querer doblar el espinazo, y recordando é interpretando absurdamente el precepto bíblico que dice: «Nadie es profeta en su patria», y el refran que añade: «El que no se aventura no pasa la mar», determinó irse por el mundo en busca de tierra donde pudiera comer sin trabajar.

Andando, andando, recorrió las siete partidas sin encontrar lo que buscaba, y llegó á un pueblo, donde se sentó, desfallecido de hambre, en uno de los bancos de piedra que adornaban un paseo.

Al fin del paseo se veia un convento, cuyos frailes pasaban y repasaban por delante de Ramon, tan colorados y tan gordos, que daba gusto el verlos.

Al ver á los frailes, lo que le ocurrió á Ramon no fué pensar en lo mucho y bien que servirian á Dios, sino en lo mucho y bien que comerian y beberian. Trasladándose mentalmente al refectorio del convento y sus dependencias, vió allí divinidades gastronómicas, que le pusieron los dientes de á cuarta.

—¡Qué despensa tan bien provista tendrán esos sier-

vos de Dios! pensaba Ramon recordando todas esas pinturas cromo-litográficas que adornan los escaparates de las estamperías, representando frailes y curas reventando de gordos y nadando en delicias concupiscentes, y, sobre todo, en las de la gula. ¡De seguro que el convento tiene en su bodega los mejores vinos que produce la tierra; en su pesquera, los mejores pescados que produce el agua, y en su despensa, los mejores jamones que producen Avilés y Extremadura!

Ramon continuaba trazando un magnífico poema gastronómico por este estilo, y pensando cómo podria él componérselas para introducirse en el convento y sacar de allí la tripa de mal año, cuando se sentó á su lado un viejecito que venía de hácia el convento.

—Con permiso de V., le dijo el viejo, voy á descansar aquí un poco, porque vengo de hacer la visita diaria al Padre Guardian, y como vamos ya á Villavieja, las piernas no nos quieren acabar de llevar á casa si no descansan un poco.

—¡Hola! ¿con que es V. amigo del Guardian de ese convento?

—Mucho. Nos criamos, como quien dice, juntos, y como sus santas ocupaciones son muchas y las profanas mias son pocas, le hago diariamente mi visitita, y aquel bendito de Dios no sabe cómo agradecérmelo lo bastante.

—Segun eso, ¿el Padre Guardian es muy buena persona?

—Un santo, que está reclamando un nicho en los altares. ¡Hombre! con decirle á V. que hasta con los árboles se encariña, está dicho todo. Habia en la huerta del

convento un hermoso peral, á cuya sombra gustaba el Padre Guardian de descansar y dedicarse á sus lecturas, y cuyas peras le gustaban mucho. Un huracan que se desató el otoño pasado derribó el peral. Paseando esta tarde por la huerta con el Padre Guardian, he visto el tronco del peral, apoyados sus dos extremos sobre dos sillares, y cubierto con tejas, para que la humedad del suelo y la lluvia no le dañen; y preguntando á su Reverencia cómo el invierno pasado, que fué tan frio, no le hicieron astillas y se calentó con él las piernas la santa Comunidad, me ha dicho que por todo el oro del mundo no daria aquel madero, pues le guarda para hacer de él un San Cristóbal, de cuyo santo es el Guardian muy devoto.

—¿Y cómo no ha mandado aún hacer el San Cristóbal?

—Porque la Comunidad es demasiado pobre para llamar ex-profeso á un escultor, y espera á que por casualidad venga por aquí alguno que, más bien por caridad que por interes, quiera favorecer á la Comunidad con tan santa obra.

—Yo soy escultor, y casi casi me dan tentaciones de detenerme á hacer esa obra de caridad, ya que el Padre Guardian es tan bendito.

—¡Calla! ¿Conque V. es escultor? ¡Hombre, qué feliz casualidad! Decídase V. á dar un alegron al Padre Guardian yendo á visitarle y diciéndole que se encarga de hacerle el San Cristóbal, que tanto desea tener, por devocion al Santo y por la *santificacion* del peral, que tan buenos ratos le dió durante muchos años con su sombra, y, sobre todo, con sus peras.

—Casi, casi estoy decidido á ello, aunque me están esperando en veinte partes distintas para trabajar en mi arte, pagándome á peso de oro.

—Por mucho que le paguen á V., no será tanto como le pagará Dios en el cielo el trabajo que dedique á los santos religiosos de este pueblo.

—Esa paga es la que más me satisface, y para alcanzarla, voy ahora mismo á ver al Padre Guardian.

—Sí, no se detenga V., porque me parece que oigo tocar á refectorio en el convento, y si se descuida V. un poco, no podrá ver á Su Reverencia hasta despues de la refaccion.

Los ojos le chispeaban á Ramon al oir que tocaban á refectorio, é inmediatamente se encaminó al convento, seguro de que, cuando ménos, aquel dia iba á sacar la tripa de mal año.

Conforme caminaba, iba soliloqueando del modo siguiente:

—Lo mismo entiendo yo de hacer santos que de hacer cucharas, pero necesito comer, y comer inmediatamente, y como dijo el otro, ésta es la cuestion, y lo demas, inclusa una paliza que me arrimen esos benditos frailes cuando sepan que he llenado la tripa á su costa por medio de un engaño, me importa un comino. ¿Conque ahora están tocando á refectorio? Hombre, no han de ser tan poco cumplidos los frailes que no me digan: «Usted gusta comer con nosotros.» ¡Vaya si gustaré, y vaya si será abundante y apetitosa la comida, porque lo que es los frailes que he visto estaban de buen año!

II.

El maestro de hacer cucharas llegó á la portería del convento, y en lugar de preguntar si podia ver al Padre Guardian, dijo al portero:

— Hermano, avise al Padre Guardian que un escultor desea hablarle.

El convento se alborotó al saber que un escultor habia llegado á la portería, y el Guardian, lleno de gozo, se apresuró á ordenar que le condujeran á su celda.

Para que se comprenda mejor aquel alboroto y aquel gozo, hay que explicar más por menor lo que pasaba con el tronco del peral caido. En aquel tronco no veia ya la Comunidad un tronco de árbol; que veia un glorioso San Cristóbal hecho y derecho, alto y fornido como un Goliat, con un baston como el muslo de un hombre de grueso en la mano, y con un Niño Jesus como un serafin en el hombro.

Un lego, á quien por lo decidor, discreto y sentencioso llamaban el hermano Séneca, y consultaba la Comunidad en los casos graves, se dejó decir un dia que en todo madero y en toda piedra habia un santo, y toda la habilidad del escultor se reducia á saber sacarle del madero ó de la piedra. Como el Padre Guardian habia decidido que el santo que se sacase del tronco del peral fuese el glorioso San Cristóbal, de quien era muy devoto, y de esta devocion participaba toda la Comunidad, toda la Comunidad vió desde entónces mentalmente en el tronco

del peral, no un tronco, sino una perfecta imágen del glorioso San Cristóbal tal como lo he descrito. Así era que todos los religiosos veneraban ya aquella imágen, inclinándose devotamente al pasar por delante de ella, como se inclinaban al pasar por delante de la de San Francisco que estaba en la iglesia, oculta tras una cortina. La única diferencia que los buenos religiosos encontraban entre la imágen de San Cristóbal y la de San Francisco consistia en las cortinas que las ocultaban. La que ocultaba á la imágen de San Francisco era de seda, y cualquiera la podia descorrer, y la que ocultaba á la imágen de San Cristóbal era de madera, y sólo la podia descorrer un escultor.

Este escultor habia llegado despues de esperarle largo tiempo, iba á descorrer la cortina de San Cristóbal, y la santa Comunidad iba á contemplar con los ojos de la cara la venerada imágen que hasta entónces sólo habia contemplado con los ojos del alma.

Me parece que la cosa era para alborotarse el convento y llenarse de gozo el Padre Guardian.

No dejó de extrañar Ramon que al atravesar por cerca de la cocina del convento no le diese en la nariz tufillo alguno de pollo asado, jamon frito, perdiz en salsa, salmon cocido, merluza rebozada, etc., etc.; pero se tranquilizó atribuyéndolo á que su nariz habria perdido con el desuso la aptitud para percibir aquel delicioso tufillo.

El Padre Guardian, que salia alborozado á su encuentro, le recibió con bondad suma y le hizo sentar en un sillon frente al suyo.

— ¿Conque tiene la honra nuestra pobre y santa casa, le preguntó su Reverencia, de que la visite un escultor?

—La honra, reverendísimo Padre Guardian, es del humilde artista, y sería mucho mayor si el artista pudiera servir en algo á esta santa comunidad. Un buen anciano muy afecto á ella, y particularmente á vuestra Reverencia, con quien por feliz casualidad he hablado no léjos de aquí, me ha dicho que vuestra Paternidad deseaba mandar hacer una efigie del glorioso San Cristóbal.

— Es verdad, hermano, que tengo ese vehemente deseo; pero como tambien le habrán dicho, la Comunidad es tan pobre, que sólo puede remunerar al artista con sus bendiciones y la hospitalidad durante el tiempo que emplee en la obra.

— Lo sé, reverendo Padre Guardian, y á mí me bastará por parte de la Comunidad esa remuneracion, porque la que más deseo es la que Dios pueda añadirle.

— Debo advertirle, hermano, que las constituciones de nuestra santa casa, arregladas á nuestra pobreza y espíritu de mortificacion, son tan estrechas en punto á alimento nuestro y de aquellos extraños á quienes damos hospitalidad, que una de sus prescripciones es la de que no podrémos alimentar á ningun extraño á la Comunidad á ménos que él y uno de los religiosos se conformen con compartir la poca porcion de alimento que corresponde á cada religioso. Yo tendré mucho gusto, hermano, en compartir la mia con el caritativo artista que trabaja en dotar á nuestra iglesia de una imágen del glorioso San Cristóbal, á quien tengo mucha devocion, porque á su intercesion debí el no perecer al pasar un rio.

Diga, pues, hermano, si se conforma con esta dura, pero sagrada prescripcion de nuestras constituciones.

— Me conformo gustoso, Padre Guardian.

— Mire, hermano, que es muy dura para el que no está acostumbrado á ella como yo lo estoy.

— Los artistas españoles tambien están acostumbrados á durezas.

—Pues, hermano, ya que quiere participar de nuestra mortificacion, pase conmigo al refectorio, donde ya está reunida la Comunidad propiamente para hacer penitencia.

El Padre Guardian y el maestro de hacer cucharas se dirigieron en efecto al refectorio, diciendo Ramon para sí:

— ¡ Penitencias como la que voy á hacer me dé Dios toda la vida ! Si fuera cualquier otro de los frailes el que hubiera de compartir su racion conmigo, no me haria mucha gracia; pero siendo el Padre Guardian, ya es otra cosa, porque naturalmente ha de tener, cuando ménos, racion doble y algun plato de *plus* sobre los de la Comunidad.

El Padre Guardian se sentó á la cabecera de la mesa é hizo sentar á su derecha al *artista*, á quien chocó mucho que sólo hubiera destinado un servicio para los dos, y éste tan pobre, que consistia en un cuchillo, un jarro de agua y una cuchara de madera.

Despues de la bendicion de la mesa, que dirigió el Padre Guardian, y duró cerca de media hora, pues hubo Padrenuestros, Avemarías, Salves y Credos para infinidad de santos y vírgenes y bienhechores del convento,

se sirvió el primer plato, que consistia en una cazuela por barba de alubias guisadas con aceite, sal y ajos.

El Guardian, despues de decir á Ramon que las constituciones del convento asignaban en cantidad y calidad la misma refaccion á todos los religiosos, incluso el prelado, le dió la cuchara, advirtiéndole que por turno debian servirse ambos de ella, á lo que puso el artista alguna resistencia, diciendo que no debian sus labios pecadores profanar la cuchara salida de los labios del prelado. Turnando la cuchara de mano de Ramon á la del Guardian, y de mano del Guardian á la de Ramon, dieron entre ambos fin á la cazuela de alubias, que en honor de la verdad, á Ramon parecieron muy buenas y le pusieron el estómago como un reloj, porque á mucha hambre no hay pan duro, y el hambre de Ramon era canina.

Con gran asombro de Ramon, que creia las alubias sólo destinadas á hacer boca y esperaba la sucesion de una porcion de platos á cual más apetitoso, terminada aquella refaccion, que todos, incluso el Padre Guardian, sazonaron con un trago de agua, el Padre Guardian se puso á dar gracias á Dios por el alimento concedido á la Comunidad.

El maestro de hacer cucharas tuvo tentaciones de dar un gran escándalo diciendo que aquello no merecia que se diera á nadie gracias por ello, pero se aguantó pensando que más valia tener la tripa llena de alubias, pan y agua, que llena de viento, como hacía mucho tiempo la tenía.

—Ya ve, hermano, le dijo el Padre Guardian en la

conversacion de sobremesa, que aquí va á hacer verdadera penitencia.

—Padre, contestó Ramon, algo se ha de hacer en el mundo para ganar el cielo; pero explíqueme dos cosas que no acierto á comprender. Yo he oido decir que un tal Horacio dió licencia á los pintores y los poetas para mentir cuanto les diere la gana, pero me parece que mienten demasiado los que pintan todas esas estampas en que no se ven más que frailes y curas sentados á opíparas mesas, ó regodeándose entre toneles ó botellas de exquisitos vinos.

—Hermano, ésas son licencias pictóricas, que paga la propaganda de sectas disidentes para calumniar y desacreditar al clero católico.

—¡Ah, ya! Lo comprendo perfectamente, aunque no lo apruebo; pero sáqueme, Padre, de otra duda. Si todas esas delicias gastronómico-báquicas son pura licencia pictórea, como en efecto lo son, segun lo que veo en esta santa casa, ¿en qué consiste que todos estos benditos religiosos, inclusa Vuestra Paternidad, están tan gordos y tan guapos, que da gloria de Dios el verlos?

—Consiste, hermano, en que la tranquilidad de la conciencia es lo que más engorda al hombre.

En este punto, el maestro de hacer cucharas, que en asuntos de conciencia era muy lego, se quedó con su duda; pero se la guardó para sí, pensando que las alubias, el pan y el trago de agua le habian puesto el estómago como un reloj.

III.

De órden del Padre Guardian proveyóse al escultor de las herramientas necesarias, se trasladó el tronco del peral á la habitacion que se habia destinado para su estudio, y el escultor comenzó su trabajo, despues de pedir y concedérsele, que nadie, incluso el mismo Padre Guardian, entrase en aquella habitacion, á fin de que nadie fuese á perturbar su inspiracion artística.

Pasaron dias y más dias, y Ramon, que parecia el espíritu de la golosina cuando llegó al convento, se iba poniendo tan gordo y guapo. En la tranquilidad de su conciencia no debia consistir esta mejora, porque, ó no la tenía, ó la tenía más negra que el carbon el que por llenarse la tripa engañaba á aquellos benditos frailes haciéndoles creer que sabía hacer santos, cuando con muchísima razon le habian puesto en su pueblo por apodo el maestro de hacer cucharas, porque no sabía hacer nada; pero la verdad era que las alubias estaban muy bien guisadas; alguno que otro dia se reemplazaban con lentejas ó patatas, estas últimas con su pizquita de bacalao, y los dias de incienso hasta se sustituian con un potaje de garbanzos y espinacas, que era para chuparse los dedos. Naturalmente esto era gran cosa para el que hacía mucho tiempo se acostaba con una racion de hambre y se levantaba con otra de necesidad, aunque el hombre tuviera la conciencia como un tizon. Así era que Ramon, si algo pedia á Dios en sus cortas oraciones, era que le

permitiese vivir en aquella santa casa el más largo tiempo posible. Lo único que le mortificaba un poco era que la racion que compartian el Padre Guardian y él le dejaba siempre con gana de algunas cucharadas más, porque el Padre Guardian era mucho más diestro que él en colmar la cuchara; pero áun de esto se consolaba pensando que es sapientísima máxima higiénica la de que el que no quiera que le empache un manjar, lo conseguirá infaliblemente absteniéndose de hartarse de él.

La Comunidad toda, y particularmente el Padre Guardian, ardian en deseos de que terminase la imágen del glorioso San Cristóbal, que debia representar á este gran santo pasando un rio, apoyado en un tronco de árbol, que le servia de baston, y con el Niño Dios en sus hombros (1), y no cesaban de preguntar á Ramon á qué altura llevaba su trabajo.

—Ya le tengo á la altura de la cabeza, contestó Ramon un dia, pero al siguiente se presentó al Padre Guardian, lleno de consternacion.

—¿Qué le pasa, hermano? le preguntó el Guardian alarmado.

—Padre, me pasa, ó mejor dicho, nos pasa una gran desgracia, con que sin duda Dios ha querido castigar mi vanidad artística. Tenía ya casi concluido el San Cristóbal, con perfeccion tal, que..... lo confieso, Padre, la vanidad más pecaminosa se habia apoderado de mí, y cuando iba á emprender con la cabeza, que era lo único

(1) En mi libro titulado *Cuentos populares* hay uno que lleva el nombre de *Ofero*, en que se relata, con arreglo á la tradicion popular la conversion, de San Cristóbal.



que me faltaba, me he encontrado con un condenado nudo en el trozo correspondiente á ella; de modo que he perdido todo el trabajo, y tenemos que renunciar á hacer del tronco del peral la imágen del glorioso San Cristóbal.

—¡Qué dolor, hermano, qué dolor! exclamó el Padre Guardian desconsolado. Un santo tan grande.....

—Por lo mismo, padre, que era un santo tan grande.....

—No hablo, hermano, de la grandeza corporal del santo, sino de la espiritual.

—Es verdad que la grandeza espiritual y corporal corrian parejas en el glorioso San Cristóbal.

Toda la Comunidad participó del dolor del Padre Guardian cuando supo aquella gran desgracia.

—Una cosa me ocurre, Padre Guardian, dijo el escultor despues de un rato de profunda meditacion. Vuestra Paternidad tenía en tal estima el tronco del peral, que queria santificarle convirtiéndole en un santo.

—Es verdad, hermano, que no otra cosa merecia el tronco del árbol que con tan apacible sombra y tan sabrosas peras me habia regalado durante muchos años.

—Pues en ese caso, si á Vuestra Paternidad le parece, ya que no podamos hacer de él un San Cristóbal, haremos un santo más pequeño; por ejemplo, un San Juan Evangelista, que, como mozo imberbe en la época de su vida en que se le representa, no habia llegado aún al complemento de su estatura.

—Me parece muy bien, hermano, contestó el Padre Guardian lleno de alegría. Y ciertamente que San Juan Evangelista, el discípulo más amado de Jesus, no

fué santo menor que San Cristóbal en lo espiritual, aunque en lo corporal lo fuese. Nada, nada, hermano, haga un San Juan Evangelista de la madera que le quede útil.

—Así lo haré, Padre Guardian, y ruegue á Dios que no tengamos una nueva desgracia, porque los nudos son la desesperacion de los artistas que trabajamos en madera.

—Es verdad, hermano, y en prueba de ello le voy á contar una anécdota curiosa. Uno de nuestros religiosos fué á confesar á un carpintero que se hallaba en peligro de muerte, y como le preguntase si perdonaba á todos los que le habian hecho daño, le contestó el carpintero: «Sí, Padre, á todos los perdono, ménos á los nudos, que son los que me han hecho desesperar en esta pícara vida.»

—Pues yo contaré á vuestra Paternidad cosas no ménos curiosas en ese punto. ¿No ha oido vuestra Reverencia contar lo que hizo el diablo con el glorioso San José cuando el Santo trabajaba de carpintero?

—No, hermano; cuéntemelo, que bien necesito que me distraigan un poco del dolor que me ha causado la triste noticia que ha venido á darme.

—Pues ha de saber, Padre, que el diablo se daba á doscientos mil demonios viendo que el santo carpintero no tenía por dónde él pudiera echarle la uña, y que hasta las malas partidas que le jugaba venian á resultar en beneficio del Santo, y áun del arte, como sucedió con lo de la sierra.

—¿Qué fué eso de la sierra, hermano?

—La sierra era entónces un instrumento imperfecto, pues como sus dientes formaban línea recta en vez de estar, como ahora, ladeados alternativamente á derecha é izquierda, corria poco, y era necesario darle sebo á cada instante para que corriese. El diablo pescó una noche la de San José, y con un alicate le fué ladeando los dientes, y despues de hacer esta operacion se marchó muy satisfecho, creyendo que el Santo iba á echar sapos y culebras por la boca cuando se pusiese á aserrar y viese que la sierra no hacía más que magullar la madera. Abrió San José su taller la mañana siguiente, cogió su sierra, se puso á aserrar y se quedó agradablemente sorprendido al ver que la sierra, sin darle sebo ni nada, adelantaba más entónces en un minuto que ántes en un cuarto de hora. Examinándola, vió en qué consistia aquello, y adivinando que era efecto de alguna *trama* del diablo, convertida por Dios en adelanto del honrado arte de la carpintería, llamó *tramar* á la operacion hecha por el diablo en la sierra, y así se llama aún aquella operacion.

Al Padre Guardian, como era tan bendito, le entró tal risa al oir el cuento del maestro de hacer cucharas, que se tumbó en su sillon celebrando el chasco que se habia llevado el diablo.

—Pues oiga Vuestra Reverencia, continuó Ramon, otro chasco que el enemigo malo se llevó con el glorioso San José.

—Cuente, cuente, hermano, dijo el Guardian conteniendo aún con dificultad la risa.

—Entónces, para alisar la obra labrada con azuela ó

hacha, se usaba un pedazo de madera dura, que se pasaba y repasaba sobre ella. Una noche cogió el diablo el alisador de San José y se entretuvo en embutir en él la parte inferior de un formon de modo que estuviese tan disimulado que el Santo no lo conociese, y cuando fuese á alisar la madera, el córte del formon, que apénas sobresalia media línea del alisador, le magullase la obra. San José, apénas abrió el taller la mañana siguiente, cogió el alisador y se puso á alisar una tabla, y se quedó agradablemente maravillado al ver que de dos boleos quedaba la tabla como la seda. Al ir á averiguar en qué consistia aquello, echó de ver la pillada del diablo, y burlándose de él, exclamó : *¡ Ce pillo!* (porque el Santo ceceaba un poco, cosa que daba mucha gracia á su conversacion), y desde entónces le quedó el nombre de *cepillo* al alisador perfeccionado por el diablo, con gran adelanto del honrado arte de la carpintería.

Al Padre Guardian, que era una alhaja para lector ú oyente de los cuentistas que tienen tan poca gracia como yo para contar, le entró de nuevo tal risa, que el maestro de hacer cucharas creyó que se desternillaba.

A fin de contenerla, el maestro de hacer cucharas se apresuró á continuar.

—Cansado el diablo de hacer al Santo jugarretas, en que siempre le salia el tiro por la culata, se puso á idear una diablura de padre y muy señor mio, y al fin dió con ella. Cogió un poco del venenillo que destila la lengua de los envidiosos y maldicientes, que son una misma cosa, derramó gotas de él en la madera en que iba á trabajar el Santo, de cada gota resultó un nudo más duro

y empedernido que el corazon de los egoistas, y cuando el santo carpintero se puso á trabajar, los nudos le hicieron tan mala obra, que perdió la paciencia de tal modo, que si no hubiera sido un carpintero tan santo y bien emparentado, de seguro no hubiera ido al cielo.

Dejando aún al Padre Guardian tumbado en su sillon reventando de risa, el maestro de hacer cucharas se fué á hacer el San Juan Evangelista.

IV.

Así el Guardian como la Comunidad molian al escultor pidiéndole noticias del santo Evangelista, porque hacía ya meses que habia emprendido aquella nueva escultura, y no les llegaba la camisa al cuerpo, temerosos de que el diablo se la echase á perder derramando en la madera alguna gota del venenillo de marras, que diese por resultado un nuevo nudo.

En cuanto al escultor, aseguraba que la obra iba á su gusto y no tardaria en terminarla, y aunque no echaba barriga, como la habia echado el Padre Guardian y los frailes, sin duda porque tenian la conciencia más tranquila que él, pedia á Dios que le permitiese hacer penitencia el resto de su vida en aquella santa casa, porque desde que entró en el convento tenía el estómago tan arregladito cuanto desarreglado le tenía ántes de entrar.

Pero cate V. que un dia se presenta al Padre Guardian, exclamando lleno de consternacion:

—¡Ay, Padre Guardian, qué gran desgracia!

— Hermano, ¿qué es lo que ocurre? le preguntó el prelado con los pelos de punta.

— Lo que ocurre es que al ir á esculpir la cabeza del Evangelista para dar por terminada mi obra, me he encontrado con un enorme nudo en ella.

— ¡ Por vida de los nudos de mis pecados! exclamó el Guardian perdiendo la paciencia por la primera vez de su vida; pero recordando que aquellos nudos podian ser obra del diablo, para que la perdieran él, el escultor y la Comunidad, hizo un gran esfuerzo para recobrarla, la recobró, y preguntó al escultor con mucha calma:

— Y dígame, hermano, ¿tendrémos que perder toda esperanza de convertir en veneranda imágen el peral que tan grata sombra y tan sabrosas peras me dió?

— No, reverendísimo Padre: áun puedo hacer con lo que queda de su tronco una imágen, por ejemplo, la de la Vírgen María, que naturalmente, como mujer, era de ménos estatura que San Cristóbal y San Juan Evangelista.

— ¡Alabado sea Dios por el consuelo que nos proporcionó con esa idea! exclamó el Padre Guardian alzando los ojos al cielo. Haga, hermano, la imágen de la Vírgen María, y así saldrémos ganando con no haberle permitido al enemigo malo hacer la de San Cristóbal ni la de San Juan Evangelista; que, aunque fueran grandes santos, su santidad no admite comparacion con la de la Madre de Dios!

El maestro de hacer cucharas se adhirió en un todo á este parecer del Padre Guardian, y volvió á encerrarse

en su estudio por espacio de meses enteros, en que diariamente encargaba á los religiosos, cuando de sobremesa se hablaba de su obra, que procurasen con sus oraciones ahuyentar al diablo para que no se la echase á perder con un algun nuevo nudo.

Los buenos religiosos no omitian medio de cumplir aquel encargo; pero á pesar de esto, los temores del escultor y la Comunidad se realizaron, porque dias despues de haber anunciado el primero que se acercaba al término de su obra, anunció, lleno de consternacion, de que participó la Comunidad, y muy particularmente el Prelado, que el diablo con un nuevo nudo le habia echado á perder por tercera vez la escultura.

—Hermano, dijo al artista el Padre Guardian, no puedo resignarme á abandonar la esperanza de convertir el tronco del peral, que tan grata sombra, y sobre todo tan sabrosas peras me regaló por espacio de muchos años, en un objeto sagrado, ó cuando ménos, si sagrado no pudiese ser, en un objeto profano.

—Sagrado ha de ser, Padre Guardian, contestó el escultor con resolucion tal, que llenó de esperanza y alegría al Prelado y áun á toda la Comunidad. Es verdad que la madera que nos queda del tronco del peral tendrá la altura de un perro sentado; pero áun así puede salir de ella un precioso Niño Jesus.

—¡Hermano, Dios le bendiga por esa idea! exclamó el Padre Guardian, y toda la Comunidad le hizo coro con un *amén*. ¡Un Niño Jesus! la imágen del Redentor, dos veces santa por su personificacion divina y por su representacion de la gracia y la inocencia humanas!..... Si,

hermano, háganos de mi querido peral una imágen del Niño Jesus.

El maestro de hacer cucharas volvió á encerrarse en su estudio, y la Comunidad á matarse para ahuyentar de él al diablo, temerosa de que volviera á hacer alguna de las suyas. En cuanto al Guardian, era tanta su alegría con la esperanza de que su querido peral se iba á convertir en una preciosa imágen del Niño Jesus, que hasta se le aumentó con ella el apetito, á pesar de que, gracias á Dios, siempre habia sido bueno, con gran sentimiento del maestro de hacer cucharas, que no habia encontrado medio de colmar la suya como el Padre Guardian, y por tanto salia muy perjudicado en el reparto de la refaccion.

Meses hacía que el escultor se ocupaba en la obra del Niño Jesus, cuando un dia se presentó al Guardian muy afligido, participándole que una vez más le habia echado á perder el diablo la obra con un nuevo y terrible nudo.

El Padre Guardian se echó á llorar al ver que habia desaparecido su última esperanza; pero el escultor le consoló sacando de debajo de la blusa un cucharon de madera, y anunciándole que por fin habia conseguido utilizar la del peral haciendo con ella aquel utensilio de refectorio, que permitiria al humilde artista no profanar con sus pecadores labios la cuchara salida de los santos del Prelado.

— ¡Ah, hermano! exclamó el Padre Guardian arrebatándole el cucharon, esta cuchara ha de ser para mi uso, que siendo hecha de la madera de mi querido peral, el alimento que tome con ella me será doblemente sabroso.

Vamos al refectorio, donde ya nos espera la Comunidad; que tengo ánsia de estrenar esta preciosa cuchara.

El maestro de hacer cucharas, al ver que le habia salido el tiro por la culata, como al diablo cuando se las hubo con el glorioso San José, tuvo intenciones de romperse el bautismo saltando por la ventana. Se habia propuesto proveerse de una cuchara que, áun sacándola cortésmente del plato sin colmarla, le proporcionase doble racion, y se encontraba con que habia trabajado para el obispo, ó lo que venía á ser lo mismo, para el Prelado.

La desesperacion del maestro de hacer cucharas era fundadísima, porque el Padre Guardian de dos cucharetadas dejó vacío el plato, y á su compañero de manducatoria poco ménos que alpiste.

—Esto va mal y retemal, dijo para sí al retirarse del refectorio con la tripa poco ménos que llena de aire, como cuando entró en el refectorio por primera vez. ¿Y qué es lo que yo me hago ahora? Si tomo el portante por esos mundos de Dios, vuelvo á las andadas, es decir, á acostarme en ayunas todas las noches. Y si permanezco aquí como huésped, cosa que es muy dudoso se me permita despues de haberse visto, ó cuando ménos sospechado, que sólo me corresponde el título de maestro de hacer cucharas, el Padre Guardian me hará ladrar de hambre con ese maldecido cucharon fabricado por mí. Lo que á mí me conviene es ingresar en la Comunidad con derecho propio, ó hablando en plata, meterme fraile en este convento. Sí, señor, decididamente me meto fraile, y así tendré como cada quisque mi cuenco de potaje, que despacharé sin andar en comanditas, porque ni á Cristo Pa-

dre daré yo parte en mi refaccion, y pronto empezaré yo á echar barriga como los demas religiosos, tanto más, cuanto que entónces tendré la conciencia tan tranquila como el primero de estos siervos de Dios.

Dicho y hecho : Ramon, que casi se llamaba ya á sí mismo fray Ramon, hizo en toda regla su peticion de que se le admitiera de hermano lego, y el Guardian, ántes de resolver, consultó el caso con el hermano Séneca, que, por supuesto, estaba bien enterado de los antecedentes del peticionario, y ya más de una vez se habia mostrado reservado y caviloso cuando se trataba de él.

El dictámen del hermano Séneca fué el siguiente :

— Dios es un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso y justo, y el deseo de llenar la tripa sin trabajar no es suficiente mérito para ser admitido á su servicio. Los que no ven más allá de sus narices intelectuales, y otros que, aunque vean, hacen que no ven, suponen que éste es el único mérito que nos abre á los frailes las puertas del convento, y ni Dios ni nosotros podemos asentir con hechos á esta suposicion de los que no ven más allá de sus narices intelectuales, ó, aunque vean, hacen que no ven.

El Padre Guardian, en vista de este dictámen, despidió del convento al maestro de hacer cucharas con un *non possumus*, una bendicion y un zoquete de pan.

¿Y qué ha sido del maestro de hacer cucharas? Yo se lo diré á ustedes : se metió á hombre político y se las bandeó muy bien, unas veces como republicano, otras como carlista, otras como zorrillista, otras como sagastino, otras como canovista, y otras como moderado. Más aún

les diré á ustedes: es hombre de tal influencia en la política española, que á él se deben principalmente todas las grandes desventuras que España ha experimentado en estos últimos años, desde que las inició el derrumbamiento del trono de San Fernando hasta que las coronó el derrumbamiento del árbol de las libertades vascongadas!

LOS PROGENITORES DE DON QUIJOTE.

LOS PROGENITORES DE DON QUIJOTE.

I.

Don Luis Diaz de Rojas, progenitor de aquellos insignes caballeros y prelados de su apellido, que conmemoran nuestras historias civiles y eclesiásticas, era uno de los mejores caballeros castellanos de su tiempo. En cuanto á su tiempo, ni las historias genealógicas ni las tradiciones vulgares le puntualizan; pero como por el hilo se saca la madeja, yo he conseguido puntualizar el tiempo en que floreció el Sr. D. Luis, que fué, sin duda alguna, el del Sr. Rey D. Juan el Segundo; y cúmpleme advertir, ántes de dar á conocer más pormenor al caballero, para que no se le juzgue con disfavor que no merece, que no le cuento entre los setenta y ocho vencidos por Suero de Quiñones en la puente del Órbigo, aunque muy bien pudo venir de su rodilla alguno de aquellos infinitos faltos de seso que en tiempo del Sr. Rey D. Felipe el Tercero venció el Sr. Miguel de Cervántes Saavedra en Argamasilla de Alba; porque achaque de la flaca humanidad es extremar lo bueno y lo malo, y amor hay cuyos ósculos se extreman tanto, que rayan en mordiscos.

Vivia el caballero de Rojas en su señorío de este nombre, que era en Bureba, más acá de Búrgos, donde, como buen cristiano y buen hidalgo, hallaba gran placer en hospedar y agasajar en su noble casa á los caballeros extranjeros que por allí pasaban peregrinando á Santiago de Compostela.

La Puebla de Rojas, que hoy es lugar tan mermado de gente que apénas tiene doscientos moradores, era entónces villa tan populosa, que la cercana Bribiesca, y áun las tres veces más lejana Búrgos, la envidiaron más de una vez viéndola preferida de reyes, como solia serlo del Sr. D. Enrique IV, que gustaba de posar en ella y holgaba viendo escaramucear á su gente de armas en los amenos llanos de Marimena, que son cabeza de la villa.

Una mañana del señor San Juan el caballero de Rojas fué á oir la misa conventual en la iglesia mayor, que era la del señor San Tirso, donde tenía asiento preeminente en el presbiterio, como patrono fundador y llevador de diezmos de la iglesia, y entónces notó que la muchedumbre se agolpaba con viva curiosidad á leer ó contemplar una cosa á modo de cartel que blanqueaba en uno de los pilares del pórtico.

Movióle tambien curiosidad de saber qué era aquello, y se acercó á averiguarlo, abriéndole respetuosamente paso la gente que contemplaba ó leia ú oia leer el cartel.

Cartel era, en efecto, lo que excitaba la curiosidad pública, y no cartel como se quiera, sino encabezado con blason y acompañado de un guante fijado sobre él á guisa de cimera de yelmo.

Habíale escrito y puesto allí, segun nuevas que corrian por la villa, y áun segun el mismo cartel decia, un caballero frances que aquella mañana habia pasado por Rojas haciendo la vía de Compostela. Firmábase el caballero Rotron de Saint-Beauban, y se decia primo del rey de Francia. Sólo se habia detenido en la villa corto rato, porque si habia de llegar á Compostela para la fiesta del Santo Apóstol, ciertamente no debia holgar en el camino, quedándole sólo un mes para andar el resto de la jornada, porque entónces no habia ya más caminos que los que se hacian á fuerza de piés, pues los hechos á fuerza de puños por los romanos, cosa de ocho á diez siglos ántes, habian desaparecido.

El caballero frances habia empezado por pintar en el cartel sus armas, que eran cinco estrellas azules en campo de oro, y luégo desafiaba á combate singular á todo hijodalgo que dijese tener amiga tan linda como la suya, ó rey tan bueno como el de Francia.

Al caballero de Rojas se le encendió la sangre cuando vió que habia quien osase decir que el rey de Francia era mejor que el de Castilla, y gracias que no tenía amiga linda ni fea, porque si llega á tenerla, no hubiera podido aplazar el castigo de quien hubiese dicho que habia otra más linda que ella; pero se serenó inmediatamente pensando que aquel santo lugar no era el más propio para indignaciones; entró en la iglesia, aceptando con piadosa humildad el agua bendita con que ya le esperaba junto á la pila uno de los clérigos puestos y sustentados por su ilustre casa : se sentó en el elevado sitial del presbiterio, blasonado con las armas de su noble solar,

que eran una cruz en campo de gules ; oyó misa con mucha devocion; recibió la paz de uno de los prestes, y tornó á su casa sin tornar á poner miéntes en el cartel del Sr. Rotron de Saint-Beauban.

Lo único que hizo fué ordenar á sus servidores, apénas llegó á casa, que valiéndose de los medios que creyesen más eficaces, le avisasen la vuelta del caballero frances con suficiente anticipacion para que pudiera salirle al encuentro ántes que pasase de largo ó tomase posada en el pueblo en casa que no fuese la suya.

II.

Allá, hácia la fiesta del señor San Bartolomé, fuéle anunciado al caballero de Rojas por sus servidores que el Sr. Rotron de Saint-Beauban tornaba de Compostela, pues habia pernoctado en una hospedería de peregrinos nobles que precedia media jornada á la villa.

El Sr. D. Luis, acompañado de sus más lucidos servidores, salió al encuentro del romero frances, saludóle con gran cortesía, y segun expresion de los reyes de armas, que puntualizan mucho en lo tocante á estas cosas, «rogóle muy afincadamente que aceptase la hospitalidad que le ofrecia de buen grado.»

El caballero de Saint-Beauban aceptó el cortés y generoso ofrecimiento del caballero de Rojas, aunque, segun dijo, ardia en deseos de tornar á Francia la natural, no tanto por ser muy mejor tierra que Castilla en nobleza y en cristiandad y en todo, como por ver á su

linda amiga y al rey, su señor primo, que esperaban con impaciencia la tornada.

Tres dias pasó el Sr. Rotron en los palacios de Rojas con el agasajo debido á caballeros de sus altas partes y propio de la munificencia de los señores de aquella egregia casa.

Durante aquel tiempo el Sr. Rotron y el caballero de Rojas trataron y platicaron mucho en todo aquello que á nobles caballeros cumple tratar y platicar, y muy especialmente en cosas de fe y amor y caballería; pero el señor D. Luis puso singular empeño en no hablar á su honrado huésped del cartel que éste habia fijado en la iglesia mayor, y eso que el Sr. Rotron no pocas veces trajo á cuento á su linda amiga y al rey, su señor primo, añadiendo que tornaba á Francia no poco apenado por no hallar en estas partes de España hijosdalgo á quien probar con el fierro de su lanza que no tenian rivales en el mundo su linda amiga y su señor primo el rey de Francia.

Muy noble podia ser el Sr. Rotron, pero el caballero de Rojas harta paciencia tuvo que ejercitar para sufrir la bajeza de su entendimiento.

Llegó, como dice el vulgo, la de vámonos, y el señor don Luis envió la víspera cortés ruego y encargó á los clérigos de la iglesia mayor para que á la mañana siguiente celebrasen misa de alba que pudiera oir el señor Rotron de Saint-Beauban ántes de continuar la vía de Francia. Cuando las avecicas del aire comenzaban á cantar en las enramadas y el dia comenzaba á alborear allá por los montes del lado de Francia, el caballero de Ro-

jas y el Sr. Rotron, á quien el Sr. D. Luis daba cortésmente la diestra, se encamináron á la iglesia mayor, donde oyeron misa.

Cuando salian de la iglesia, á tiempo que ya el sol comenzaba á dorar las cimas del Pirineo cantábrico, las gentes, segun habian de uso y costumbre desde que el cartel apareció, dia del señor San Juan, en el pórtico de la iglesia, formaban coro en torno del pilar leyendo ú oyendo leer el cartel.

Como el Sr. Rotron sonriese complacido de la avidez con que la muchedumbre leia ú oia ó comentaba, preguntóle el caballero de Rojas qué escritura era aquélla, y un villano, que oyó la pregunta y se retiraba satisfecha su curiosidad, ahorró la respuesta al Sr. Rotron diciendo al Sr. D. Luis:

— Con perdon, señor, de toda la caballería de Castilla, paréceme que es mengua hasta de villanos hartos de ajos como yo, el que no haya por acá quien recoja el guante que ha puesto somo ese cartel un caballero extranjero despues de bravear con que hará y acontecerá si por acá hay quien ose decir que tiene amiga tan linda como la suya ó rey tan bueno como el de su tierra. Pues qué, voto á ños, ¿no tenemos por acá rey y doncellas cuyas partes compitan con las de todos los reyes y doncellas de la cristiandad?

El caballero de Rojas, por única contestacion al villano, entróse por medio de la muchedumbre, que se apresuró á abrirle paso respetuosamente, y tomando el guante que coronaba el cartel, sin detenerse á leer éste, guardóle en la escarcela, y tornó á su palacio con su noble

huésped, sin dar á Rotron explicacion alguna de aquel proceder, ántes bien, esquivándola cortésmente cuando el caballero frances la provocaba con su tantico de fatuidad.

Poco despues Rotron de Saint-Beauban continuaba la vía de Francia cargado de ricos presentes que el caballero de Rojas le habia hecho, entre ellos uno destinado especialmente á la linda amiga del Sr. Rotron. Este último regalo era una de aquellas maravillosas piedrecicas de Santa Casilda, la hermosa hija del rey Almenon, que se suelen recoger junto al lago de San Vicente, en Bureba, cuya tierra fué santificada con la conversion, morada terrena y glorioso tránsito al cielo de la bienaventurada vírgen Casilda. Aquella santa piedrecica estaba lindamente engastada en oro, y tenía una letra que decia: *Salus infirmorum*, aludiendo, sin duda, á la virtud de dar salud á las mujeres enfermas, que las piedrecicas de Santa Casilda tienen.

El caballero de Rojas acompañó al Sr. Rotron hasta el límite de su señorío, y como al despedirse amorosamente, el caballero frances le diese gracias por la hospitalidad que le habia dado y los presentes que le habia hecho, el Sr. D. Luis las excusó en estos nobles términos:

—Ruégoos, Sr. Rotron, muy encarecidamente que no tengais por merced lo que sólo es deber en todo caballero honrado. Ley indeclinable de caballería y cristiandad es dar posada al peregrino; pero cuando el peregrino, ademas de tal, es noble, y ademas de noble, es extranjero, el deber de la hospitalidad es tal, que yo no le que-

brantára en la patria, ni áun hiriéndome el extranjero en la mejilla.

Harto comprendia el caballero de Rojas que decir esto al Sr. Rotron era, como dicen, echar margaritas á puercos, pero áun así holgábase en haberse con él como cortés caballero.

Con plática y amorosas razones de este tenor, se separaron como la uña de la carne el caballero de Rojas y el caballero frances, y es fama que éste, conforme platicaba, tornaba con frecuencia la vista á Francia la natural, exhalando hondos suspiros, sin duda pensando en su linda amiga y en su señor primo el rey de Francia.

III.

Grandes llantos habia en tierra de Rojas algunas semanas despues de la ida del caballero frances Rotron de Saint-Beauban, y era que el Sr. D. Luis, amado y bendecido de nobles y villanos en todo su señorío, se aprestaba á tomar la misma vía que habia seguido el caballero frances, y todos temian que no tornase, pues era público y notorio que, como si estuviera en trance de muerte, habia hecho piadoso testamento.

Muy amado era el caballero de Rojas en su señorío, pero no era amor al caballero todo lo que consternaba á las gentes que lloraban su cercana ausencia: era tambien egoismo. Padres más que señores habian tenido en los de su linaje las gentes del señorío, y si el Sr. D. Luis moria sin casar, y por tanto, sin dejar sucesores de su

rodilla, el servicio de la tierra pasaria á linaje extraño, y era de temer que los vasallos tuviesen en lo sucesivo tiranos sin entrañas en vez de padres misericordiosos como desde tiempo inmemorial habian tenido en los predecesores consanguíneos del Sr. D. Luis.

¿Por qué el Sr. D. Luis no habia casado, siendo noble, rico, galan y mancebo de corazon blando? ¡Ay, triste historia era ésta, que apenaba el corazon de los vasallos, por lo mismo que éstos sabian lo mucho que debia apenar el corazon del señor, áun cuando el señor procuraba guardar sus penas dentro del propio pecho para que al ajeno no trascendieran!

El vulgo presumia conocer aquella triste historia, pero ¡Dios sabe si presumia mal ó bien; que heridas del alma sólo el que las tiene sabe hasta dónde penetran y cuánto duelen! Aun con esta duda, he de contarla tal como el vulgo creia saberla.

Yendo cierto dia el Sr. D. Luis á cazar puercos monteses, encontróse, camino del lago de San Vicente, donde, como ya he contado, hizo vida santa la vírgen Casilda, hasta media docena de varones y hembras que acompañaban y servian á una doncella de peregrina hermosura, que ibá en devota romería á la que fué morada terrena y luégo se tornó en templo de la Santa.

La nieve, que era abundante, embarazaba la vía, de suyo áspera y desabrida, de modo que los viandantes tenian harta pena y poco ménos que insuperable dificultad en abrirse paso.

Como al Sr. D. Luis acompañaban muchos criados y vasallos avezados á los rigores invernales de aquella tier-

ra, el caballero de Rojas, despues que saludó con su natural cortesía y rendimiento, así á la hermosa doncella como á un caballero anciano que cuidaba de ella con amor de padre (pues lo era suyo), ofrecióles su ayuda y la de sus servidores para desembarazar la vía de la nieve que la cerraba, y el caballero y su hija aceptaron agradecidos el ofrecimiento.

Así el Sr. D. Luis como sus servidores acompañaron á los romeros hasta el fin de su jornada, sirviéndoles con amor y voluntad entrañables, y allí se despidieron de ellos, ofreciéndose mutuamente casas y personas.

Era el padre de la gentil romera un honrado hidalgo, que tenía su solar aquende el Ebro, en una deleitosa comarca que dicen Valdeibielso.

Tan prendado quedó el caballero de Rojas de la hermosura de la doncella, aunque no tuvo ocasion de hablar con ella, y por tanto de averiguar si las prendas de su alma correspondian á las de sus rostro, que desde entónces, impulsos que no acertaba á refrenar, á pesar de su gran poder sobre los propios, le conducian con frecuencia hácia donde la doncella moraba.

Requirió al fin de amores á la doncella de Valdeibielso, y ésta correspondió á ellos con exaltacion impropia de doncellas sesudas, en quienes la honestidad del sexo y estado reprime los naturales impulsos del amor. Querríala más el Sr. D. Luis timidica y soñadora de dichas y homenajes posibles que no arrebatada y soñadora de dichas y homenajes fantásticos, y por tanto imposibles; pero áun así fué creciendo el amor en el buen caballero conforme crecian las quimeras y vanos deseos de la doncella.

Ya por aquellos tiempos trastornaban el seso de cuantas damas y caballeros le tenian de suyo menguado y movedizo, sándias historias de amores y aventuras caballerescas, y con harto dolor de su alma reposada y entendimiento discreto, entendió el caballero de Rojas que de aquella enfermedad adolecia la dama en quien habia puesto pensamiento y ojos con la honrada mira de haber en ella compañera y partícipe de penas y alegrías reales, y no de penas y alegrías fantásticas.

Tenía su noble casa el hidalgo de Valdeibielso ribera siniestra del Ebro, y tan cerca del agua caudal, que ésta bañaba su cimiento. Sabedora la doncella de aquella historia pagana en que se cuenta que un mancebo, por nombre Leandro, pasaba á nado el Helesponto para platicar con una doncella, ó lo que fuese, llamada Hero, y al fin el tal Leandro fué merienda de peces en fuerza de repetir tan desatinada aventura, púsosele en el huero magin que su amador habia de imitar á Leandro para platicar con ella, no embargante saber que so el solar, habia buena puente de cal y canto por donde pasar el Ebro.

Y no fué esta sándia pretension la sola con que la desvariada doncella mortificó al buen caballero de Rojas, su sesudo amador; que de allí á poco salióle con otra más desatinada aún, cual era la de que llevase al cuello una argolla de fierro en señal de esclavitud amorosa, como la llevaban en aquel tiempo muchos caballeros enamorados, tales como aquel Suero de Quiñones, que para librarse de la esclavitud que le habia impuesto su dama, en cuya señal llevaba la susodicha argolla, pidió al se-

ñor Rey D. Juan el Segundo le permitiese quebrar trescientas lanzas, como las quebró camino de Santiago de Compostela en el paso de la puente de Órbigo, lidiando con setenta y ocho caballeros que se presentaron á disputarle el paso.

El Sr. D. Luis rechazó estas y otras pretensiones no ménos desatinadas de la dama, y al fin renunció á servirla y amarla, y allá en sus nobles solares de Rojas lloraba de ojos para adentro sus desengaños de amor cuando el caballero frances vino, no sé si á acrecentar ó distraer sus melancolías, retando á singular combate á todo hijodalgo que dijese tener amiga tan linda como la suya ó rey tan bueno como el de Francia.

IV.

Pocas semanas eran pasadas desde que el señor Rotron tornó á Francia la natural de su peregrinacion á Santiago de Compostela, cuando el caballero de Rojas tomó la misma vía á compas del llanto de sus vasallos y servidores, que holgaban más de tenerle cerca que de tenerle léjos, lo que probaba que para ellos más era padre que señor.

Llegado que fué á la córte del rey de Francia, fuése á besar la mano al rey, que le recibió con gran benevolencia. Como contase á su Alteza el reto que en Castilla habia enderezado á los hijosdalgo el señor Rotron de Saint-Beauban, y le pidiese licencia para lidiar con el retador, no en honra de ninguna linda amiga, pues él no

la tenía linda ni fea, sino en honra del rey de Castilla, que no era mejor, mas sí tan bueno como el de Francia, el rey le respondió :

— Pláceme tanto concederos la licencia que pedís, cuanto me desplace y áun indigna el proceder en Castilla del caballero de Saint-Beauban. Cierto que el Sr. Rotron mi primo es, y yo le dí el blason que adorna su escudo, y no satisfecho con hacerle tal merced, prometí casarle con una noble y rica doncella, por nombre Jacoba, cuya tutela y patrocinio me encomendaron al morir los padres de la misma doncella, que eran grandes servidores mios; pero tal enojo he de que en vez de peregrinar humilde y devotamente á Compostela haya ido profiriendo soberbeces y baladronadas, y ofendiendo con comparaciones, siempre odiosas, tanto á su amiga como á su rey, que huelgo mucho de que haya quien le castigue por do más pecado ha, que es por la vanidad.

El rey de Francia, no contento con dar al caballero de Rojas licencia para lidiar con el señor Rotron, dióle un buen caballero que le sirviese de padrino, y le dijo que suyo sería el blason de Rotron de Saint-Beauban si á éste vencia, y áun casaria con él á la linda Jacoba, si casar en uno pluguiese al caballero castellano y á la doncella francesa.

Antes de contar cómo se las hubo el Sr. D. Luis combatiendo con el señor Rotron, he de decir lo que las historias genealógicas cuentan del inesperado encuentro que tuvo en los jardines del rey víspera del combate convenido entre ambos caballeros.

Paseando andaba el de Rojas por los susodichos jar-

dines, que eran deleitosos á maravilla, cuando cabe una fuentecica fresca y sonora, sombreada de ramos floridos, donde cantaban sus amores avecillas del cielo, vió una doncella de tan peregrina hermosura, que quedó pasmado en viéndola, y más aún pareciéndole que sus ojos acrecian el caudal de la fuente derramando lo que poetas y retóricos, que son gente algo abultadora, llaman perlas finas.

Acorrer doncellas menesterosas ley era de caballería con que no estaba reñido el Sr. D. Luis, siquier odiase á los entrometidos que iban por el mundo pretendiendo enderezar áun lo que estaba derecho como huso. Así creyó que caridad y cortesía, ya que no fuera otra razon, le obligaban á preguntar á la doncella si en algo podia remediar la cuita que trocaba en fuentes sus ojos.

Preguntóselo, pues, con blandura y cortesía propias del caso; pero la doncella, avergonzadica de que el caballero hubiese reparado en las lágrimas que le arrancaban los tristes pensamientos en que estaba absorta, y acaso tambien de que adivinase cuáles eran aquellos pensamientos, contentóse con darle gracias por su buen deseo, y guardó silencio toda trémula y ruborosica.

No fué tan discreta una buena vieja, su servidora, que la acompañaba, pues viendo que su señora no osaba confiar su pena al cortés caballero que con tal amor se la demandaba para remediarla, dijo al Sr. D. Luis la verdad de todo, con no poco pasmo del discreto caballero, que pensó con tal motivo cuán descaminados van los que piensan que sólo en fingidas y patrañosas historias, forjadas para solaz de gente moza, frívola y desocupa-

da, y no en vida real y positiva, se ven ciertas coincidencias que maravillan por lo inesperadas.

Aquella doncella era la sin ventura Jacoba, y así como el caballero de Rojas estaba enfermo del alma por falta de seso de la dama en quien por primera vez puso ojos y corazon, ella lo estaba por falta de seso del caballero que los habia puesto en ella contando sólo con la voluntad del Rey, y no en modo alguno con la suya.

La honrada vieja (que honrada debia ser, no embargante lo bachillera, supuesto que buena intencion y amor á su señora la movian á hablar, con riesgo de pecar en indiscreta); la honrada vieja, digo, añadió al caballero que la única esperanza que su señora tenía de sanar de aquella enfermedad del alma estaba en una piedrecica á modo de amuleto llamado *salus infirmorum*, que llevaba en el seno y le habia enviado con el Sr. Rotron un buen caballero de Castilla.

Huélgome en suponer que los lectores ú oyentes de esta verídica, aunque mal contada historia, no han menester que yo les diga cuán maravillados y contentos quedaron así el caballero de Rojas como la linda Jacoba cuando vieron por qué inesperados caminos Dios los habia hecho encontrarse en el mundo. Mas lo que no callaré es que no tardó en desatársele la lengua á la doncella, á pesar de lo vergonzosica que ésta era, y entónces con lengua y ojos (que los tenía por extremo habladores) dijo al caballero cuanto éste deseaba oir.

V.

Con la gracia de Dios, ya que no con la de mi ingenio, que es sosico y desabrido en demasía, acércome al término de la leyenda de los progenitores de D. Quijote de la Mancha, en que quise mostrar en sumarísimo compendio costumbres de otros siglos, y en verdad os digo que no me pesa, porque historias de tiempos lejanos no se sienten, é historias no sentidas, sonlo no agradecidas.

El caballero de Rojas y el Sr. Rotron de Saint-Beauban lidiaron valerosamente en presencia del rey y la córte toda, y el Sr. Rotron fué vencido por el Sr. D. Luis; y si no fué tambien muerto, debiólo á la generosidad de su adversario, que se contentó con hacerle confesar en el palenque, de modo que toda la córte de Francia pudo oirle, que si bien el rey de Francia era bueno entre buenos, no lo era ménos el rey de Castilla.

Pocos dias despues de esto, el Sr. Rotron de Saint-Beauban tomaba la via de Palestina, que dicen Tierra-Santa, donde esperaba ganar honrado blason para su escudo, y acaso hallar linda amiga á quien servir, pues el señor Rey, su primo, habia trasferido al caballero castellano las cinco estrellas azules en campo de oro de que hiciera merced al Sr. Rotron, y la doncella con que tambien habia pensado hacerle merced.

Y tras algunas semanas de fiestas y regocijos con que en la córte del rey de Francia se celebraron las bodas y tornabodas del caballero castellano y la doncella fran-

cesa, el Sr. D. Luis tornó al su señorío de Bureba, acompañado de la linda Jacoba, y ambos cargados de ricos presentes que el rey de Francia habia hecho á los desposados; y sus vasallos y servidores pensaron enloquecer de alegría viendo al amado señor tornar, y tornar con señora tan hermosa y buena como el señor don Luis merecia.

De la desvariada doncella de Valdeibielso sólo añaden las historias genealógicas y las tradiciones vulgares que casó por fin y postre con un amojamado progenitor de aquel caballero manchego cuyas famosas aventuras, degeneracion y caricatura de la caballería buena y loable, como lo era la del Sr. D. Luis, narró andando el tiempo, para regocijo del mundo y enseñanza de las edades, el Sr. Miguel de Cervántes Saavedra.

NO HAY PATRIA FEA.

NO HAY PATRIA FEA.

I.

Hacía más de veinte años que yo ansiaba contínuamente volver al valle nativo, ánsia á que contribuia no poco la circunstancia de no haber vuelto á ver á mis padres, á mis hermanos, á mis compañeros de la infancia, desde que me alejé de ellos casi niño.

Comprendo que el amor al hogar paterno y al valle nativo ha sido siempre en mí una pasion que en lo intensa y, si se quiere, en lo insensata, me ha diferenciado de la generalidad de los hombres, porque me parece que entre cada millon de ellos apénas es posible encontrar uno que sienta esa pasion con la intensidad con que yo la siento. Esta pasion en mí era hija de mi naturaleza, y no de las circunstancias y vicisitudes de mi vida, porque ni en el hogar paterno habia dejado delicias materiales de tal magnitud y encanto que fuera imposible olvidarlas, ni léjos de aquel hogar habia encontrado miserias y trabajos tan grandes que fuera imposible acostumbrarse á ellos. Más aún: la hermosura real de mi tierra nativa y la fealdad de aquella por que la habia trocado no con-

trastaban de tal modo que justificasen mi ánsia por tornar á la primera.

Ahora que he visto satisfecho, hasta cierto punto, mi deseo de vivir donde nací; ahora que mi cabeza se deja dominar ménos por mi corazon, y conozco que cuando se escribe para el público es necesario buscar modo de que cabeza y corazon se auxilien mutuamente; ahora comprendo que el corazon embellece muchas cosas que son feas, y afea muchas cosas que son bellas.

Uno de mis más queridos y respetados amigos, el doctor D. José Gil y Fresno, decia no há muchos dias, dirigiéndose á mí por medio de un periódico bilbaíno, que el arte literario es siempre expresion incompleta de la idea y el sentimiento que trata de expresar. Estoy enteramente conforme con esta opinion, aunque tambien creo que con tanta más elocuencia se expresa el arte cuanto con más claridad ve el entendimiento y con más intensidad siente el corazon.

No es posible que encuentre yo medio de expresar lo hermoso que me parecia el valle nativo (que de suyo lo es) al cabo de veinte años pasados con el alma y el pensamiento fijos en él. Lo único que podré decir, para dar á entender lo que mi alma y mi pensamiento le habian embellecido amándole y contemplándole de léjos, es que me parecia que no habia rincon en el mundo más hermoso que aquel rincon.

Cuenta el historiador vizcaíno Iturriza que cuando se ausentaba de Vizcaya se volvió á contemplarla desde lo alto de la peña de Orduña, y se le saltaron las lágrimas. El arriero en cuya compañía iba era hombre de mun-

do y de buen entendimiento, y como lo observase, le dijo: «¡Qué! ¿te parece hermosa desde cerca? ¡Más hermosa te ha de parecer desde léjos!»

Cierto, cierto que la tierra donde uno ha nacido, lo mismo que las personas á quienes uno quiere, nunca parecen más hermosas que cuando se está léjos de ellas.

II.

Iba yo por fin á ver satisfechas mis ánsias de volver al valle nativo, á cuyo efecto me acomodé deliciosamente en la rotonda de la diligencia una mañana de Agosto de 1859, porque áun no se habia abierto á la explotacion trozo alguno del ferro-carril del Norte.

La campiña que média desde Madrid á los puertos de Somosierra sólo es un poco amena en los meses de Mayo y Junio, únicos en que está verde. Cuando yo la recorria estaba ya árida y seca. ¡Qué horrible me parecia comparándola con los campos nativos, que están siempre verdes, esmeradamente cultivados y salpicados de alegres caserías!

Al fin, la diligencia fué abandonando la llanura y empezó á subir á la serranía. El contraste que aquellos campos mal cultivados, aquellos montes pobres de vegetacion, aquellos pueblecillos miserables y aquellas gentes que participan de la misma miseria y rusticidad ofrecen con los campos, los montes, los pueblos y las gentes de mi tierra, me parecia más horrible aún.

Realmente, la serranía de Castilla la Nueva, y parti-

cularmente la de la cordillera carpetana, es miserabilísima y triste, si se exceptúan algunos vallecitos, como el que riega el Lozoya, donde hay tal cual amenidad, porque el clima es ménos rígido y el suelo más sustancioso.

Conforme pasaba yo aquellos pueblecitos miserables y veia á sus habitantes, reflejando en su traje, en su color, en sus maneras, en su lenguaje, la miseria y la rusticidad de la tierra en que vivian, preguntábame cómo aquellas pobres gentes no abandonaban la tierra nativa y buscaban otra más tolerable, y esto me lo preguntaba yo partiendo del supuesto de que aquellas gentes la aborrecian, porque ni siquiera me pasaba por el pensamiento que pudieran amarla.

Llegamos á Somosierra, pueblecillo de cincuenta vecinos, que recibe su nombre de su situacion en el somo del puerto, y la diligencia se detuvo para mudar de tiro.

El mayoral nos dijo á los viajeros, creo que con cierta sorna:

—Pueden ustedes bajar si quieren ver el pueblo, que es de los mejores de la sierra.

Bajamos, en efecto, y yo me fuí á ver el pueblo y sus cercanías.

La villa de Somosierra (pues es nominalmente tan villa como Madrid y Bilbao) produce, segun Madoz, centeno, lino, patatas, judías, cebollas, reumas y pulmonías.

Al reconocerla, al entrar en sus casas, al hablar con sus moradores, entre las cuales ni áun las muchachas de quince á veinte merecen el nombre de bello sexo; al ver sus heredades, al contemplar desde sus cercanías la desolacion que rodea, tuve ánsia de abrazar á sus habi-

tantes, porque pensé que éstos necesitaban ser unos santos cuando no habian pegado ya fuego al pueblo, le habian sembrado de sal y se habian alejado en busca de otro.

—¡Miserable de mí, exclamé, que reviento de vanidad creyendo que esta virtud es muy digna de la aureola de los santos! Cierto que es casi idolatría el amor que á la tierra natal tengo; pero ¿qué vale, qué mérito tiene tal amor á mi tierra natal, que es tan hermosa, comparado, no diré con el amor, porque ése no pueden tenerle, pero sí con la tolerancia de estas gentes á su tierra natal, que es tan horrible?

Pensando así y pensando que aquellos campos, aquellos árboles abrasados por el rigor del clima, aquellas casas, aquella ermita de las Angustias (que todo era allí angustioso), y hasta aquella iglesia de las Nieves (que todo era allí frio) no tenian siquiera la dicha que tenian los campos, los árboles, las casas, la ermita y la iglesia de mi aldea, de que pensáran en ellos y suspiráran por volverlos á ver los que estaban ausentes de ellos, entreteníame en cortar y aderezar con un cortaplumas una varita de un roble bajo y achaparrado que se alza solitario delante de la ermita, y con la vara en la mano me volví hácia la diligencia, que un instante despues emprendió la bajada septentrional del puerto.

III.

Caminé, caminé todo el dia por aquellas llanuras de Castilla la Vieja. Aquellas llanuras que se extienden des-

de Aranda de Duero á Búrgos me parecen ahora fértiles y hermosas; pero entónces..... ¡qué paliza me hubieran dado sus moradores si hubiesen sabido lo que yo iba pensando de su tierra natal! Lo que yo iba pensando, siempre comparando la tierra propia con la ajena, era que aquella tierra, aunque comparada con la de Somosierra era hermosa, comparada con la mia era horrible.

Entré en la serranía de Búrgos, que realmente en fealdad y miseria excede á la serranía carpetana, y continué embelleciendo, con el contraste, á mi tierra natal, y sólo cuando me asomé á la cuenca del Ebro y contemplé la admirable ribera de Valdibielso sospeché que hubiese algun rinconcillo en el mundo que no debiese sonrojarse comparado con este donde yo habia nacido.

Al pasar el Ebro empezó á anochecerme, y entónces sí que el idealismo patriótico tomó proporciones gigantescas y sublimes en mi imaginacion á favor de las sombras de la noche, que reconcentraron toda mi potencia imaginativa y poética en la tierra natal.

Desde el Ebro hasta la frontera de Vizcaya hay poco más de diez leguas. Como la diligencia caminaba siempre cuesta abajo, las recorrió en poco más de seis horas. ¡Con qué ánsia y qué emocion me iba yo acercando á aquella frontera! Mis ojos pugnaban constantemente por encontrar en la oscuridad y el silencio de la noche algo de lo que mi corazon habia ansiado por espacio de más de veinte años.

Ladraba un perro ó cantaba un gallo, y creia reconocer en aquel ladrido ó aquel canto algo de lo que yo habia oido en mi infancia. El viento del Sur silbaba entre

los árboles, y me parecia que aquel silbido tenía ya algo de las dulces armonías de la patria. La noche era oscura, aunque no tanto que no se distinguiese algo el paisaje que me rodeaba; pero este algo era tan mínimo, era tan vago, era tan confuso, que dudaba yo si realmente veian algo mis ojos, ó si únicamente mi imaginacion era la que veia.

La diligencia debia dejarme dos leguas ántes de llegar á mi aldea, ó lo que es lo mismo, en Balmaseda, que dista de la frontera poco más de media. Si no hubiese yo sabido que no me habia de conducir á la aldea, cien veces hubiera creido entrever el campanario de ésta, entrever la arboleda donde jugué de niño, entrever la casa paterna y conocer en el ruido del agua de una presa el de la presa del molino y la ferrería de mi aldea, porque todo el que ha viajado de noche sabe cómo á la tenue claridad de la luna escondida entre nubarrones, ó sencillamente á la de las estrellas que tachonan el cielo azul, cree uno ver grandes ciudades donde no hay más que aldehuelas, templos ó fortalezas donde no hay más que rocas, altos campanarios donde no hay más que altos árboles.

No conocia yo apénas el país por donde caminaba, y así mis dudas y mis equivocaciones eran mayores. Cuando todavía me creia léjos de la frontera de Vizcaya, un grito de alegría se escapó de mis labios, y las lágrimas se agolparon á mis ojos: era que á mis sentidos llegaba ya un signo inequívoco de que me hallaba cerca de la tierra nativa: este signo era el olor particular, y para mí siempre grato, de la *oya*, es decir, de la leña puesta en combustion para carbonizarla.

Poco despues noté que la diligencia entraba en una calle alumbrada por faroles de reverbero, y á la luz de éstos me cercioré con indecible emocion y regocijo de que me hallaba ya en Balmaseda, el pueblo de las maravillas de mi infancia.

IV.

Me rendian el sueño, el cansancio y la emocion; pero áun así, ni por el pensamiento me pasó la idea de dormir y descansar, áun cuando la posada era buena y la cama blanca, blanda y tentadora.

Paséme el resto de la noche asomado á un balcon que daba á la plaza mayor de la villa. Aquella plaza, aquellos *hastiales* ó soportales, aquel pórtico de la magnífica iglesia de San Severino, y aquel camino que desaparecia á lo léjos á la vuelta de un collado en direccion á mi valle nativo, todo aquello que yo entreveia confusa y misteriosamente desde el balcon, estaba para mí tan lleno de recuerdos, que mi corazon se agitaba violentamente y mis ojos se llenaban de dulces lágrimas, y me parecia que si la emocion que experimentaba entónces no se disipaba con la luz del alba, podria inspirarme el canto más rico de luz y de sentimiento y de armonía que corazon de poeta habia exhalado.

La luz del dia fué viniendo gradualmente, y con ella se fué moderando del mismo modo la violencia de mi emocion; pero áun era ésta profunda cuando bajé á la

plaza, ansioso de verlo todo, tocarlo todo y embriagarme en los recuerdos que para mí encerraba todo.

Entónces me encontré con un licenciado del ejército, cuya cualidad manifestaba el consabido canuto de hojalata pendiente de una ancha y pintoresca cinta de seda, casi siempre dulcísima prenda de amor y de alegría que la madre, la amada ó la hermana le ha enviado despues de suspirar muchos años por su vuelta.

Como el amor de la familia y la patria agitaba en aquel instante mi corazon y absorbia mi pensamiento, aquel licenciado, que en cualquiera otra ocasion me hubiera sido poco ménos que indiferente, estaba entónces tan léjos de sérmelo, que sentí como ánsia de saludarles de hablar con él, de decirle no sé qué de patria, y de familia, y de amores, y de recuerdos de la infancia, y del hogar; porque yo decia, ó más bien pensaba, sin dar forma concreta á mi pensamiento: «¡Ese hombre es como otro yo, siente lo que yo siento, ama lo que yo amo, espera lo que yo espero! Su pueblo nativo no será tan hermoso como el mio, porque es imposible que ningun pueblo iguale al mio en hermosura, pero quizá sea tambien hermoso, y aunque sea feo, le amará y regresará gozoso á él; nadie puede aborrecer á la patria, á no ser que sea tan miserable y desdichada como la de aquellos infelices que la tienen en la cima de los montes Carpetos.»

Así sintiendo y así pensando, saludé al licenciado y le pregunté si volvia contento á su pueblo.

—¡No he de volver! me contestó brillando sus ojos de gozo. Mire V., no quisiera decir una herejía, mucho mé-

nos cuando Dios me concede lo que en toda mi vida le he pedido más de véras ; pero le aseguro á V. que si fuera camino del cielo no iria más contento que voy camino de mi pueblo.

Al oir esto, le estreché la mano, y áun tuve deseos de abrazarle.

—¿Y qué tal es su pueblo de V.? le pregunté.

—Es de lo mejor que yo he visto, para ser pueblo de sierra.

—¿Será de la de Búrgos?

—¡Ca! no, señor; mi pueblo es mucho más allá. Es ya tierra de Madrid.

—De Madrid vengo yo ahora.

—¡Pues entónces puede que haya V. pasado por mi pueblo! exclamó el licenciado con indecible alegría.

—¿Cómo se llama?

—Somosierra.

Si yo no hubiera tenido ya alguna nocion de lo que el patriotismo embellece á la patria, y si el aspecto, el acento, la emocion del licenciado no me hubiesen quitado toda duda de la sinceridad de éste, hubiera yo creido, desde que oí aquel nombre, que el licenciado se burlaba al decir que iba á su pueblo tan contento como si fuera al cielo, y que su pueblo era de lo mejor que habia visto entre los pueblos de serranía.

—¡Somosierra! exclamé sorprendido.

—¿Qué, ha pasado V. por allí?

—Sí, señor, y he recorrido el pueblo y sus cercanías.

—¡Ah! ¿No es verdad que es de los más alegres y hermosos de la sierra?

—Es verdad.

—¿Y no ha visto V. qué chicas tan guapas hay allí?

—Verdad es.

—Me alegro infinito de que sea V. de mi opinion. Más de veinte veces he andado á pescozones en el regimiento con compañeros que me tentaban la paciencia diciendo que si mi pueblo era así ó asao. Quisiera que le oyeran á usted los que tal cosa decian, para que se convenciesen de que se equivocaban al suponer que yo alababa á mi pueblo porque pasion quita conocimiento. ¿Conque hasta las cercanías del pueblo recorrió V.?

—Sí, señor.

—Y de seguro le gustarian á V., sobre todo, si fué usted por el lado de la ermita.

—Justamente por allí fuí, y del roble que hay delante de la ermita corté esta vara, que le regalo á V. por proceder de su pueblo.

—¡Gracias, caballero! exclamó el licenciado, apresurándose á tomar la vara que yo le alargaba, con tal alegría y tal ánsia, que de seguro ni el más ambicioso de los brigadieres de Napoleon tomó nunca con ánsia y alegría iguales el baston de mariscal con que el Capitan del siglo solia sorprenderlos y premiarlos despues de la batalla.

El licenciado, no contento con contemplar la vara con alegría y amor indecibles, tuvo impulsos de llevarla á sus labios y besarla como si fuera una santa reliquia; pero se contuvo temiendo aparecer ridículo á mis ojos, tanto más cuanto que las lágrimas pugnaban por brotar de los suyos.

—No extrañe V., añadió, que me convierta ahora en chiquillo, á pesar de que muchas veces he dado pruebas de muy hombre, segun lo acreditan estas cruces que llevo aquí colgadas. ¡Usted no sabe los recuerdos que me trae á la memoria con hablarme de aquella ermita y aquel campo y aquel árbol!

—Me parece adivinar algunos, porque tambien en mi pueblo hay una ermita y un campo y un árbol que dentro de algunas horas me harán llorar con los recuerdos que traerán á mi memoria cuando los contemple.

—¡Ah, caballero, permítame V. que estreche su mano con la mia, porque veo que V. comprende lo que dentro de mí pasa cuando vuelvo al pueblo donde nací, despues de pasar seis años suspirando por él y pensando que en él suspiraban por mí.

—¡Cerca de veinticuatro he pasado yo suspirando por el mio, y pensando que allí suspiraban y áun morian suspirando por mí! Dígame V. algo de los recuerdos que traen á su memoria la ermita y el campo y el árbol de su pueblo, á ver si tienen alguna semejanza con los que dentro de algunas horas traerán á mi memoria una ermita y un campo y un árbol semejantes.

—Con mucho gusto le diré á V. algunos, ya que decírselos todos sea imposible, porque sería cuento de nunca acabar. Cuando yo era niño de pecho, viéndome mi madre moribundo, me cogió en sus brazos, y corriendo conmigo á la ermita, se arrodilló á los piés de la Vírgen clamando desolada: «¡Santísima Madre, ten compasion de mí y deten la vida que huye de este querido pedazo de mis entrañas!» Mi pobre madre dice que apénas clamó

así, la Vírgen le sonrió amorosamente, y cuando poco despues salió conmigo de la ermita, yo sonreia tambien alegre y sonrosado, porque habia recobrado la salud por medio de un milagro. Desde entónces todos los dias va mi madre á aquella ermita y habla á la Vírgen de mí, y por mí le ruega llorando. Ya ve V. que aunque no tuviera más motivos que éstos (que tengo muchos más) para conmoverme pensando en aquella ermita, si no me conmoviera pensando en ella, no tendria corazon.

—Es verdad, amigo mio.

—¿Para qué le he de molestar á V. con los recuerdos de mis juegos y alegrías de niño, y de mis solaces de mozo en aquel campo donde la juventud del pueblo se reune y se divierte los dias festivos? Para que V. comprenda en toda su extension y verdad lo que siento al ver esta rama desprendida del árbol á cuya sombra casi he pasado los primeros veinte años de mi vida, necesito decirle á V. algo que á otro le pareceria desdecir de un hombre que como yo ha andado seis años por el mundo corriendo peligros y afeando la blandura de corazon de las mujeres y de los mozos imberbes.

El licenciado llevó la mano á su pecho, y enseñándome una medallita de laton que llevaba pendiente del cuello, y luégo la cinta de que pendia el canuto de la licencia, añadió:

—¿Ve V. esta medallita? ¿Ve V. esta cinta de seda? Pues las dos proceden de mi pueblo, y son regalo de una misma mujer, que no es mi madre ni mi hermana.....

—Comprendo perfectamente quién es.

—Pues bailando con ella una tarde en aquel campo le

dije que la queria, y arrodillados poco despues uno al lado del otro en aquella ermita, juramos en voz baja y temblorosa que nos querriamos siempre. Un anochecer nos reunimos bajo aquel árbol para despedirnos, porque ántes de amanecer debia yo emprender la jornada que al fin va á terminar. «Toma, me dijo, esta medalla de la Vírgen de las Nieves, que está bendita, y el corazon me dice que te ha de salvar de todo peligro.» Y así diciendo, besó esta medallita y me la puso al cuello. Entónces yo, buscando en el cielo algo que no encontraba en la tierra para corresponder á su fineza, saqué la navaja é hice en el tronco del árbol una crucecita, exclamando, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Por esta santa cruz te juro que te he de querer hasta la muerte!» ¿Comprende V. y disculpa, despues de oir todas estas simplezas que le he dicho, por qué pierdo los estribos al pensar en la ermita, el campo y el árbol que me recuerda esta vara?

—¡Pues no lo he de comprender, si lo siento!

Momentos despues el licenciado y yo nos estrechamos la mano y partimos en direccion opuesta, cada uno hácia donde nuestro corazon y nuestros recuerdos nos llamaban.

—¡«No hay patria fea»! iba yo pensando con toda la conviccion de mi alma.

MINÓMANOS Y BESUGÓMANOS.

MINÓMANOS Y BESUGÓMANOS.

I.

Uno de los últimos dias del mes de Diciembre de 1872, en cuya época estaba en toda su intensidad la minomanía en Vizcaya, salieron de Bilbao, apretados como sardinas en tonel, en un desvencijado tílburi, D. Celestino y otros dos minómanos, y se encaminaron hácia las Encartaciones, donde están los montes de hierro de la Cantabria marítima, que admiraron al naturalista Plinio hace cerca de dos mil años, y en cuyas agrestes y elevadísimas montañas estaba próxima á rugir una caldera de agua hirviendo que arrastrase en pos de sí 2.000 quintales de vena, que en otros tiempos no arrastraban doscientas yuntas de bueyes.

Conforme caminaban, molian á los aldeanos que encontraban al paso preguntándoles si habia ó dejaba de haber veneras ó señales de ellas aquí ó allá ó en el otro lado, y los aldeanos, despues de contestarles cualquier cosa para salir del paso, apretaban el suyo sonriendo maliciosamente de ellos.

Algunas veces veian en la falda de la montaña peñas-

cos negruzcos, que les hacian dar un grito de alegría creyendo que eran ferruginosos, y saltando del tílburi don Celestino, que pretendia ser el más inteligente en mineralogía, trepaba allá, y bajaba en seguida desconsolado con la noticia de que el peñasco era arenisco y su color oscuro provenia de la intemperie.

Pero no desmayaban sus risueñas esperanzas con estos desengaños, porque sus esperanzas estaban en una aldea que les habian asegurado era un nuevo Galdames no descubierto aún por ningun Ochandátegui (1).

---

(1) El concejo de Galdames tenía riquísimos criaderos de hierro en sus laderas de Urállaga; pero apénas se habian explotado nunca, ni nadie se acordaba de ellos, ménos el autor de este libro, que más de una vez hizo mérito de aquella riqueza en sus humildes cuentos. Hácia el año 1870, D. Simon de Ochandátegui, modesto, inteligente y laborioso vecino de Bilbao, previó el desarrollo que iba á tener la exportacion de mineral de hierro para Inglaterra, y asociado de D. Cárlos de Aguirre, perteneciente á una distinguida familia bilbaína, en quien parecen hereditarios el ánimo y la constancia para las empresas industriales, fijó su atencion en las veneras de Galdames, y denunció la mayor parte de ellas, y él y el señor Aguirre proyectaron un ferro-carril de 18 kilómetros para facilitar la explotacion del mineral de Galdames y de Triano, aunque para el de este último ya existia un ferro-carril construido y explotado por el Señorío de Vizcaya. Convenidos luégo con una fuerte Compañía inglesa compuesta de ricos fabricantes de hierro, que ántes de firmar el contrato envió á Vizcaya ingenieros ingleses distinguidísimos para estudiar las minas, explotarlas y exportar sus minerales, esta Compañía ha construido un puerto en Sestao y un ferro-carril que, atravesando los férreos montes de Triano, se interna en los no ménos ricos de Galdames, y arranca anualmente medio millon de toneladas de mineral, que conduce á Inglaterra. Es inútil advertir que los Sres. Ochandátegui y Aguirre se han asegurado con este contrato una renta con que, si no fueran naturalmente modestos, podrian hombrearse con los lores ingleses de *primo cartello*.

Despues de dar algunos vuelcos en el camino, merced, segun el alquilador del tílburi, á su impericia en el manejo del vehículo, y merced, segun ellos, á la homicida codicia del alquilador, llegaron por fin á la aldea de promision, y se dirigieron á la taberna para descansar allí un poco, almorzar ellos y su compañero el jamelgo, y empezar sus exploraciones mineras con ayuda de los informes que esperaban de los aldeanos.

En todas las aldeas, inclusas las de Vizcaya, que no son de las que más abundan en holgazanes, hay algunos pelgares cuya única, ó cuando ménos cuya principal ocupacion es la de pensar cómo podrán llenar la andorga á costa ajena.

En la aldea donde habian hecho alto nuestros minómanos bilbaínos habia tres mozos y un viejo de esta laya. Poco despues de llegar los *chimbos*, con cuyo nombre se designa en Vizcaya á los bilbaínos por su loca aficion á cazar y por supuesto á comer becafigos, que aquí se llaman chimbos, conversaban y fumaban el viejo y los mozos á la puerta de la taberna, recostados en el tílburi, cuyo caballo habia sido desenganchado y llevado á la cuadra.

Las agudezas del viejo hacian desternillar de risa á los mozos, que le escuchaban como si fuera el oráculo de la aldea.

Mari-Pepa, una mujer de más de cincuenta años, dicharachera y de mucho arremango, pasaba con su herrada en la cabeza con direccion á la fuente, que estaba á la entrada de un castañar cercano.

—¿Qué haceis ahí, holgazanes, de viga derecha en

dia de labor? les dijo. Más valiera que estuvierais roturando en el monte que no ahí pensando en llenar la tripa.

—¿Llenar la tripa? le respondió el viejo. Así nos lo hicieras bueno con un par de besugos y media azumbre por barba.

—¡Mira el vejestorio como yo qué lecciones da á los trastos que le acompañan! ¡Lástima que no reventarais con vuestras comilonas! Talegueros, que siempre estais oliendo dónde cocinan. No, si yo fuera alcalde.....

—¿Qué harias si lo fueras?

—Haceros tomar la azada.

—¿Y los derechos *endeviduales* que trae la Constitucion?

—¡Vaya con lo que salen ahora! Como tuviera la Constitucion de *Madeo* muchos partidarios como vosotros.....

—Pues los tiene.

—¡Eh, quitaos de ahí, pestes, y á ver si vais á trabajar, que buen dia hace para eso.

—Sí, buen dia, y va á caer otro diluvio universal.

—Así cayera y fuera yo Noé, que habiais de ser los únicos animales que no se salváran en *la* mi arca.

Así diciendo, Mari-Pepa continuó su camino.

—¿Sabeis, dijo Quico, pues así se llamaba el viejo, que desde que Mari-Pepa nos ha hecho mentar los besugos y el vino me está dando una guerra de mil demonios el gusanillo del estómago?

—Y á mí pata, contestaron casi á la par los tres mozos.

—Pues ello, continuó el viejo, hay que ver cómo se le mata, ó cuando ménos se le atolondra. Vamos á ver si á vosotros se os ocurre algo bueno.

—¡Contra! (1) ¿cómo nos ha de ocurrir á nosotros, que somos jóvenes, lo que se le ocurra á V., que es viejo?

— Tienes razon, hombre. Ya me parece que he dado con el medio de matar el gusanillo.

— ¿Cómo?

— Comiendo.

— ¡Puño, qué salida!

— Por de contado, ya sé dónde hay besugos sacados ayer tarde de la mar y venidos anoche de Castro.

— ¡Cóncholes, mira qué noticia! Eso tambien lo sabiamos nosotros: en la taberna.

—Justo, que media docena de ellos trajo la tabernera.

— ¡Mal atracon de ellos se estarán dando ahora los del tílburi!

— ¿Y á qué habrán venido esos chimbos?

—¿A qué han de venir sino á lo consabido? A buscar veneras. ¿No habeis visto que cuando llegaban todo se les volvia catalojear á los peñascales de por ahí arriba?

— Verdad es, pero tambien lo es que hoy no untamos nosotros el morro con los besugos de la tarberna. ¡Conde, que no discurriera V. algo bueno!

— Pueda ser que lo discurra, dijo Quico, que con la mano puesta en la frente, parecia batallar con una idea

(1) Estas y otras que siguen son interjecciones muy usadas en el litoral cantábrico. Si están admitidas en la literatura de costumbres otras análogas, como caramba, cáspita, caracoles, etc., no hallo razon para que yo me abstenga de escribir éstas.

que se le presentaba turbia y á toda costa queria tornar clara. ¡Ah, ya! exclamó al fin lleno de alegría: positivamente habrá besugada y vino para nosotros cuatro.

— Yo no tengo para el escote, ¡carrizo!

— Ni yo.

— Ni yo, dijeron tristemente los tres mozos.

— Yo tampoco, añadió Quico, pero no faltará quien pague por los cuatro.

— ¿Quién?

—Los chimbos.

— ¿Y con qué motivo?

— Con el que luégo sabréis. Vámonos para adentro con pretexto de encender la pipa, y cuidado con que chisteis como no sea para responder amén á todo lo que yo diga.

— Así se hará, ¡San Antonio! exclamó regocijado el de las interjecciones.

Y los cuatro arlotes entraron en la cocina de la taberna, que estaba en el piso bajo.

II.

Los minómanos estaban almorzando en la cocina, porque como hacia frio y en el hogar ardia medio carro de leña, habian querido que les pusieran allí la mesa, y no en el piso principal, que estaba como una nevera.

— ¡Deogracias! dijo Quico apareciendo á la puerta de la cocina seguido de los demas besugómanos. Que aproveche, señores.

—¿Ustedes gustan?

—Muchas gracias, que ya lo hemos hecho. Con permiso de VV. y de Pepa Ramona vamos á encender la pipa.

— Ustedes le tienen.

Pepa-Ramona, que era la tabernera, y quizá la única vecina del pueblo que ponia buena cara á aquellos perdidos, porque le tenía cuenta, alargó á Quico un tizon encendido.

Los minómanos, por boca y mano de D. Celestino, ofrecieron un vaso de vino á los besugómanos, que le aceptaron por boca y mano de Quico.

Cada cual iba á su negocio, que para D. Celestino era el descubrimiento de una buena venera, y para Quico, el descubrimiento de unos inocentes que les pagasen una buena besugada.

Don Celestino, ó Celes, como le llamaban familiarmente sus imberbes compañeros, era un hombre de mediana edad, seco de cara y de ingenio, afable, candoroso, con sus puntos de presuncion de listo y sus ribetes de codicia. En cuanto á sus compañeros, eran un par de mozuelos incautos, que en Madrid hubieran sido tomados por un par de horteras, á quienes D. Celestino habia infundido la esperanza de eclipsar con su fortuna á los Ochandátegui y los Aguirre.

Don Celestino era uno de los muchos que en Bilbao se tiraban de los pelos por habérsele *tomado* á todo el que creia empresa séria la perseverante y bien calculada de los Sres. Ochandátegui y Aguirre.

— ¿Ustedes conocerán mucho estas cercanías? preguntó D. Celestino á Quico.

— ¡No las hemos de conocer! ¡Jesus! ¡palmo á palmo!

— Y ¿qué tal? ¿hay por aquí muchas veneras?

— Qué, ¿vienen ustedes en busca de ellas?

— Hombre, tanto como eso no; hemos venido á dar un paseo; pero si hubiera por ahí algo que mereciera la pena de denunciarse, siquiera para dar nombradía y dinero al pueblo, mataríamos dos pájaros de una pedrada.

— Pues nosotros sabemos de una venera, que tan buenas las puede haber en Vizcaya, pero mejores no.

— ¡Recontra, si es buena! asintieron los tres mozos.

Los ojos de los minómanos brillaron de alegría, y don Celestino no sólo alargó un nuevo vaso de vino á los aldeanos, sino que, sacando la petaca, dió á cada uno un hermoso cigarro puro, con que Quico y compañía sustituyeron á la pipa.

— Pues hombre, dijo D. Celestino, si no está léjos de aquí podemos ir á verla, y quizá á ustedes y nosotros nos tenga cuenta.

— Cerca de aquí está; pero es el demontre que estamos esperando á un caballero de Bilbao á quien le hemos prometido enseñársela, y no quisiéramos faltar á la palabra, porque la última vez que estuvo aquí nos encargó que le buscásemos una buena venera, y estuvo tan fino con nosotros, que nos convidó á comer con él y todo le parecia poco para obsequiarnos.

— ¡Caray, señor más generoso! exclamó el mozo de las interjecciones.

— Pues á generosos y agradecidos no nos gana nadie á nosotros, repuso D. Celestino. Ea, á ese señor le buscan ustedes por ahí otra venera, y miéntras hacemos tiempo

para que aquí Pepa-Ramona nos ponga una buena besugada, que despacharémos juntos esta tarde, nos vamos á ver la venera que ustedes tienen ya descubierta.

Quico y sus compañeros se miraron con el rabillo del ojo, como diciendo: «¡Ya cayeron estos peces en la remanga.»

— En fin, respondió Quico, si estos chicos, que deben estar tan agradecidos como yo al caballero de Bilbao, pues participaron tambien de sus obsequios, se deciden á que por servir á ustedes hagamos una mala partida á tan buen señor.....

— ¡Reconcho! No tenemos en ello inconveniente; que de buenos á buenos caballeros no hay nada, y los señores nos parecen inmejorables.

— No les pesará á ustedes. Si á ustedes les parece, nos irémos ahora mismo ántes que llueva, porque amenaza agua.

— Son ya las doce, y en casa nos están esperando para comer. Lo mejor es que vayamos á avisar que no nos esperen.

— Sí, vayan ustedes en un vuelo, que aquí comerémos todos juntos, pues nosotros no hemos hecho más que tomar una sopa de ajo y un trago.

— Pues ea, vamos, y no extrañen ustedes que tardemos un poco en volver, porque todos vivimos en caserías que están donde Cristo dió las tres voces.

Apénas los besugómanos salieron de la taberna, los tres mozos interrogaron al viejo en voz baja, poco satisfechos del recurso á que habia apelado para comer besugo aquella tarde.

—¡Repuño! ¿está V. loco, Quico? le dijeron por boca del de las interjecciones, que era el que siempre llevaba la palabra. ¿Qué venera ni qué rayo les vamos á enseñar á los chimbos, si no hay rastro de ellas en toda la jurisdiccion del pueblo?

— Hay una muy rica á quinientos pasos de aquí.

—¿Dónde? ¡carámbano!

—En la cañada del Castañar, más arriba del Crucero.

—¡Sangre! si lo que hay allí son peñas *caliales.*

—Pues las peñas caliales se convertirán en peñas de fierro, y las peñas de fierro en besugos, pan y vino á manta. *Vengais* conmigo, mentecatos, y sabréis cómo se hace este milagro.

Al pasar por la fuente que manaba á la entrada de un castañar, Quico rebuscó entre los helechos secos, y encontrando la mitad de un cántaro roto, le tomó, y todos continuaron hácia el Crucero, que estaba pasado el arroyo que bajaba por la cañada.

El Crucero era una plazoleta donde cruzaba la carretera un camino trasversal, y donde los vecinos de la barriada principal de la aldea dejaban cargados ó descargaban los carros de vena cuando iban de las veneras de Somorrostro, para tomarlos allí al ir á las ferrerías, evitando así la cuesta entre el Crucero y sus casas.

Quico llenó el tiesto de *miñon* ó polvo de vena, é hizo que sus compañeros llenaran las boinas de *chirta* ó vena menuda, y todos se dirigieron castañar arriba.

Los mozos sonreian plácidamente, empezando á comprender la jugarreta del viejo.

Llegados á dos peñas calizas que blanqueaban, sobresaliendo una vara á flor de tierra, entre el brezo y las árgomas, subiendo cañada arriba á la orilla del arroyo, se detuvieron allí.

Quico llenó de agua el cacharro, revolvió el miñon, y haciendo una brocha con un manojo de ramas de brezo, fué tiñendo con aquella especie de pintura de color cárdeno las dos rocas, que adquirieron así el aspecto de purísimo mineral de hierro.

— Ea, exclamó una vez terminada esta operacion, y despues de esparcir la chirta entre la maleza en torno de las peñas y de arrojar el tiesto en un argomal; ¿hay aquí venera ó no la hay?

— La hay mejor que las de Triano y Galdames, contestaron los mozos, admirados de la sabiduría de su maestro de picardías, y agotando en su alabanza el pudoroso vocabulario interjeccional de los pilletes vasco-cántabros.

Y los cuatro se dirigieron hácia la taberna, poquito á poco, para dar lugar á que una buena solanilla que habia asomado por entre los negros nubarrones que cubrian el cielo secase el tizne de las rocas calizas.

III.

Los minómanos esperaban á los besugómanos con mucha impaciencia, temerosos de que se hubieran arrepentido de su promesa de enseñarles la venera y no volviesen.

Don Celestino encargó á la tabernera que fuese escamando los besugos, y minómanos y besugómanos se encaminaron contentísimos á la cañada del castañar.

Los ojos de D. Celestino y los de sus incautos compañeros brillaban como ascuas buscando la prometida venera. Al fin los tres lanzaron un grito de alegría al descubrirla.

— Aquí tienen ustedes lo prometido, dijo Quico. Aquí no hay *calones;* aquí todo es hierro puro, y estoy seguro de que todos los barcos de Inglaterra no agotan en un siglo toda la vena que debajo de estas muestrecillas hay. Conque, ¿es alhaja la venerita ó no lo es?

— ¡Magnífica, soberbia, piramidal! contestaron los tres minómanos, á adjetivo encomiástico por barba. Lo ménos, añadió D. Celestino, da esta venera el 70 por 100 de hierro, como las mejores de Somorrostro.

— Pues vean ustedes la chirta que asoma por aquí, dijo otro de los minómanos recogiendo algunas de las piedrecillas que los besugómanos habian sembrado entre la maleza.

— ¡Fierro puro! asintió D. Celestino examinándolas.

Algunas gotas de agua comenzaban á caer.

— Señores, dijo Quico, nos vamos á mojar si nos detenemos aquí un poco.

— Es cierto que viene por el lado de Somorrostro una orilla de mil demonios; pero lo que tenemos que hacer aquí pronto se despacha.

Así diciendo, D. Celestino sacó del bolsillo un metro y una aguja náutica, y despues de acordar con sus compañeros las pertenencias que debian denunciar, orientó

y midió la mina con aire magistral, y echaron todos á correr, porque el chubasco apretaba.

— Pepa-Ramona, exclamó D. Celestino al entrar en la taberna, es necesario que hoy eche V. la casa por la ventana en nuestro obsequio. Besugos sin duelo, y el mejor pan y vino que V. tenga en casa.

— No tengan ustedes miedo, que casi á besugo por barba van á salir, pues son ustedes siete, y seis besugos tengo. En cuanto á pan y vino y postres, corresponderán en cantidad y calidad á los besugos.

Miéntras Pepa-Ramona asaba la besugada y ponia la mesa, se discutió solemne y detenidamente el nombre con que se habia de denunciar la mina.

Las opiniones fueron muchas. Don Celestino, que deseaba fuese el nombre altamente encomiástico, propuso que se adoptase el de *La que le echa la pata á todas;* pero este nombre se desechó, no por poco poético, que aquella gente no entendia de poesía, sino por largo, y se convino al fin, como un homenaje á Quico, al patriarca de la reunion, y como nombre altamente encomiástico de la riqueza de la venera, en que ésta se llamase, como proponia Quico, *La Pintiparada*, cuyo eufonismo correspondia tambien á una venera que no podia ser mejor ni pintada.

— Cuando ustedes gusten, señores, dijo Pepa-Ramona; y minómanos y besugómanos se arrojaron como leones á la besugada.

Una hora despues, los seis besugos, un queso de bola, una cántara de vino y una tanda de copas de Jerez coronaban la funcion.

Llovia á mares, y los minómanos, en virtud del agua,

y tambien en virtud del vino, determinaron pasar allí la noche y emprender su regreso á Bilbao la mañana siguiente.

Hicieron bien, porque si con la cabeza fria habian dirigido tan mal el tílburi, que habia dado cuatro vuelcos á la ida, ¿cuántos vuelcos no hubieran dado á la vuelta, dirigiendo el tílburi con la cabeza caliente?

Quico y sus discípulos reventaban de llenos y tenian una chispa que no se podian tener. La noche se acercaba, y á instancias de la tabernera, que temia se les desnucasen tan buenos parroquianos si se retiraban despues que cerrase la noche, se despidieron tartamudeando y se alejaron de la taberna haciendo eses.

Una hora despues la noche era como boca de lobo, continuaba diluviando, y los minómanos roncaban soñando que un rubicundo inglesote les ofrecia cien mil libras esterlinas por *La Pintiparada.*

El dia siguiente amaneció despejado.

Los minómanos, que sin dificultad habian acertado á desenganchar del tílburi el caballo, se desesperaban porque no acertaban á engancharle. Al fin, mal ó bien, lo consiguieron con ayuda de un chico de la tabernera, que los asombró adivinando cómo se hacía aquella operacion sólo con observar las partes usadas de las varas y las correas, y se pusieron en camino inmediatamente.

La carretera atravesaba la cañada del Castañar, donde estaba la famosa venera.

— Señores, dijo D. Celestino deteniendo el tílburi, un entusiasta saludo de despedida á *La Pintiparada* ántes de alejarnos de ella.

— Sí, sí, ¡viva *La Pintiparada!* exclamaron todos poniéndose de pié en el tílburi y levantando en alto los hongos.

— Pero no basta esto, añadió D. Celestino: propongo que echemos pié á tierra y vayamos á saludarla más de cerca, y así podrémos ratificar la orientacion y las medidas que ayer el chubasco nos obligó á hacer deprisa y corriendo, no sea que despues tengamos dificultades en la designacion.

— ¡Aprobado, aprobado por unanimidad!

Y saltando del tílburi los tres, ataron las riendas del caballo á un castañuelo de la orilla del camino, y tomaron cañada arriba por la orilla del arroyo, buscando con la vista á *La Pintiparada*, sin lograr descubrirla.

— ¡Calle! exclamó D. Celestino, anoche ha nevado.

— ¿Cómo que ha nevado? replicaron sus compañeros.

— Sí, que *La Pintiparada* blanquea. ¿No lo veis?

— ¡Cierto! ¡Cosa más rara!

Los minómanos dieron algunos pasos más hácia las rocas, blancas entónces y la tarde anterior cárdenas, y lanzaron un grito de indignacion.

La lluvia habia borrado el tizne ferruginoso, y aquellos peñascos habian recobrado su fisonomía calcárea.

A pesar de su natural candor, los minómanos comprendieron la jugarreta de los besugómanos, y prorumpieron en furiosas amenazas y denuestos contra aquellos pillastres, de cuya picardía ya no les quedaba duda, cuando al romper, ciegos de cólera, por entre las árgo-

mas, tropezaron con el tiesto embadurnado de miñon que Quico habia arrojado despues de la fechuría.

— ¡ Volvamos á la aldea para buscar á esos pillos y romperles el alma! exclamaba D. Celestino.

— Sí, sí, volvamos y demos una paliza á esos arlotes, más que arlotes! asentian sus jóvenes é incautos compañeros.

Mari-Pepa estaba á la sazon llenando la herrada en la fuente del Castañar.

— Diga V., buena mujer, la preguntaron babeando de coraje, ¿dónde viven Quico y los tunantes que estaban con él en la portalada de la taberna cuando V. pasó ayer á la fuente y habló con ellos?

— Todos viven allá en el quinto infierno.

— ¡Arlotes, más que arlotes!

— Pero ¿ qué les ha pasado á ustedes con ellos, que tan quemados están?

— Pillada como la que nos hicieron ayer no se hace en el mundo con ser mundo.

— Qué, ¿ les sacaron á ustedes los cuartos aquellos perdigones?

— Haga usted cuenta que sí, pues nos sacaron una magnífica besugada.

— ¡Ja, ja! ¿ Y cómo se las compusieron para ello?

— Pintando de color de vena unas peñas calizas para embocárnoslas como venera.

— ¡ Ja, ja, ja!

— ¡Eso es, ríase V. de la gracia!

— ¡ Pues sí que la tiene el lance! ¡ Ja, ja, ja! ¡Comedia más graciosa.....!

— ¡Calle V., *sinsorga!*

— Los sinsorgos son ustedes, que se la dejan pegar el dia de los santos Inocentes.

— ¡Calla! exclamó D. Celestino volviéndose á sus compañeros, y que tiene razon esta mujer, que ayer era dia de los Inocentes. ¡Pero, hombre, no haber caido nosotros en ello!

— No es extraño que no cayeran ustedes, dijo Mari-Pepa con sorna; que para ustedes los buscadores de veneras todos los dias son dia de Inocentes.

Los minómanos bajaron tristemente la cabeza, y volviendo á montar en el tílburi, se alejaron de la aldea silenciosos, miéntras Mari-Pepa, volviendo de la fuente con la herrada en la cabeza, cantaba :

Hay en Vizcaya no pocos
que corren de cerro en cerro
buscando vena de hierro
porque la tienen de locos.

LA ESCAPATORJA.

LA ESCAPATORIA.

I.

Juan era un mozo que, mejorando lo presente, valia cualquier dinero; pero tenía un pero, como todos le tenemos, más ó ménos grande, en este pícaro mundo: este pero era la pícara vanidad, que se fundaba en que sabía leer de corrido, escribir una carta de modo que, aunque mal, se entendiese, y oficiar una misa de manera que al oirle no echasen á correr los perros que hubiese en la iglesia.

Vino de las merindades de Castilla á trabajar en las veneras de Triano, bailó toda la tarde en la romería de Santa Agueda con una chica baracaldesa, la chica le gustó á pesar de que le habian dicho pestes de los baracaldeses, él gustó tambien á la chica, y convinieron en que ni pintados podian ser mejores para «casarse juntos.» Juan habló de este proyecto á los padres de Ramona (que así se llamaba la chica baracaldesa); á los padres de Ramona les pareció el proyecto á pedir de boca, y pocas semanas despues Ramona y Juan se casaron, y en casa de los padres de Ramona hubo dos matrimonios en lugar de uno.

El dia de la boda se comió y se bebió en grande, y como en tales casos la lengua se alarga y la conciencia se ensancha, así Ramona como sus padres tuvieron aquel dia algunas salidas de pié de banco, que á Juan disgustaron un poquillo, porque demostraban que su mujer y sus suegros no habian inventado la pólvora, ó lo que era lo mismo, no eran del todo dignos de haber emparentado tan estrechamente con un mozo que sabía leer de corrido, escribir una carta de modo que, aunque mal, se entendiese, y oficiar una misa de manera que al oirle no echasen á correr los perros que hubiese en la iglesia.

Juan se quejó de esto aquella misma noche á otro *maqueto* (1) paisano suyo, que era uno de los convidados á la boda, y el maqueto le dijo:

— Yo estuve sirviendo en casa de un baracaldés que de resultas de haber ido á nuestra tierra á trabajar en el camino de Castro-Urdiales á Bercedo, cuando se hizo el camino, allá hácia el año de 1828 á 1829, casó en Bocos y es allí uno de los labradores más acomodados. Cuando bajé á trabajar en las veneras fuí á despedirme de él y le pregunté: —¿Qué tal es su tierra de V., señor amo?— y me contestó:—Segun el que la cultiva.—¿Y la gente? le añadí.—Segun el que la cultiva, me repitió. Con que cavila tú un poco, á ver si aciertas qué es lo que quiso decirme de la gente de Baracaldo, porque yo, por más que he cavilado, no lo he acertado.

Juan caviló, en efecto, á ver si acertaba qué era lo que

(1) Llaman *maquetos* á los forasteros que vienen á trabajar en las minas de hierro, sin duda por el morral ó *maco* en que llevan á la espalda su pobre equipaje.



habia querido decir el baracaldés de Bocos de la gente de Baracaldo, y tampoco lo acertó, á pesar de ser tan listo.

Los viejos no estaban ya para trabajar en las heredades, y más con el calorazo que hacía cosa de una semana despues de la boda, el dia en que Juan y Ramona emprendieron la *resalla* de una pieza de borona que tenian en la laderita meridional de Landáburu. Así fué que los viejos se quedaron aquel dia sallando los pimientos de la huerta, que casi estaban á la sombra de los frutales, y Juan y Ramona se fueron solos á la resalla de la borona.

En la manera de dar el sol en el campanario de San Vicente conoció Ramona que se acercaba el mediodia, y entónces dijo á su marido:

—Me voy hácia casa á ver cómo madre tiene la comida, y á traer agua fresca para cuando tú vayas.

Y cogiendo un brazado de los piés de borona que habian entresacado por inútiles, y son manjar que á los bueyes sabe á rosquillas, tomó el camino de casa, llosa adelante, llosa adelante, por los lindes de las heredades, y Juan quedó sudando el quilo hasta que sonaron las doce y tomó el mismo camino.

Cuando Juan llegó á casa con otro brazado de piés de borona para los bueyes, rabiaba de sed, y lo primero que hizo fué pedir agua fresca á su suegra, que le contestó:

—Ahora la traerá Ramona, que hace rato bajó por ella á la fuente de Amézaga, y no sé cómo no está ya de vuelta.

Juan esperó un rato; Ramona no iba de la fuente, y él rabiaba de sed.

—¡Pero esa chica, exclamó, no acaba de venir con el agua!

—Espérate un poco, hombre; que no debe tardar ya.

—¡Si esperáran tanto las liebres!.....

Juan se asomó á la ventana, y viendo que Ramona no parecia, dió una patada en el suelo y echó un taco tan redondo, que puso los pelos de punta á la suegra, á la que dijo:

—Vaya V., con mil diablos, á ver si esa muchacha viene ó no con el agua; que yo me estoy asando vivo.

Su suegra tomó castañar abajo con direccion á la fuente de Amézaga, que, escondida á la sombra de los setos y los robles, no se ve hasta llegar á ella, y se encontró á Ramona sentada bajo un roble, junto á la herrada, por cuyos bordes se derramaba el agua fresca y cristalina, pues la fuente de Amézaga no es de las que andan con miserias al cumplir una de las Obras de Misericordia.

Apoyada la frente en la palma de la mano y el codo en la rodilla, Ramona estaba tan cavilosa y distraida, que no notó la llegada de su madre hasta que ésta la sacó de aquella cavilacion diciéndole:

—Pero, muchacha, ¿tienes alma para estar ahí tan tranquila y fresca miéntras tu marido rabia de sed?

—Madre, estaba pensando en una cosa que me da muy malos ratos.

—¿Y se puede saber qué cosa es ésa? Siempre será alguna bobería.

—¡Buena bobería me dé Dios! Estaba pensando que hoy hace ocho dias nos casamos Juan y yo, y cualquie-

ra diria que somos judíos, pues áun no hemos buscado padrino para el primer chico que tengamos.

—¿Para el primer chico ó chica querrás decir?

—Chico dice Juan que ha de ser.

—Será lo que Dios quiera, y no lo que quiera Juan.

—Pues si no es chico, Juan mucho lo va á sentir, porque toda la mañana hemos estado en la pieza hablando de eso, y Juan decia: «¡Ya me parece que le estoy viendo, así que aprenda un poco de escuela, ir tan majo con su aijada al hombro y su parejita de bueyes detras á carretear vena de Triano ganándonos un dineral, miéntras nosotros trabajamos á patita quieta en las heredades!» Pero sea chico ó chica, lo cierto es que hace ocho dias nos casamos y áun no le hemos buscado padrino.

—Mujer, eso no corre prisa.

—¡Pues no ha de correr, madre! ¿Quiere V. que expongamos al pobre chico á que nazca sin haberle buscado aún padrino y tenga que estar moro hasta sabe Dios cuándo?

—Es verdad, hija, que ésas son cosas muy sérias. Hazme un poco de sitio á tu lado, y vamos á ver si entre las dos damos con un buen padrino para la pobre criatura.

Ramona hizo lado á su madre en la raíz mayor del roble donde estaba sentada; su madre se sentó, y empezaron á discutir quién sería buen padrino para el chico.

Entre tanto, Juan, si no ponia el grito en el cielo porque ni su mujer ni su suegra iban con el agua, era porque se ahogaba de sed.

Cansado de asomarse á la ventana, de jurar, de patear y de ponerlas de indignas de haber emparentado con un mozo que sabía leer de corrido, escribir una carta de modo que, aunque mal, se entendiese, y oficiar una misa de manera que al oirle no huyesen los perros que hubiese en la iglesia, se asomó á la ventana que daba á la huerta donde continuaba sallando pimientos su suegro, y dijo á éste:

—A ver si con mil demonios baja V. á la fuente y hace venir con un poco de agua fresca á Ramona y su madre, que fueron allá hace una hora, y no vienen ni parecen aunque saben que yo me estoy ahogando de sed.

—Allá voy, contestó el suegro tomando el camino de la fuente; pero, hombre, no te desesperes; espera un poco.....

—¡Si esperáran tanto las liebres!.....

El suegro de Juan dió vista á la fuente y vió que su mujer y su hija estaban sentadas con mucha calma charlando como cotorras.

—¡Alabo, exclamó, vuestra frescura! ¡Conque el pobre Juan renegando de sed, y vosotras ahí muy quietas y descansadas, dejando que se le lleve el diablo!.....

—Tienes razon, hombre, que como el asunto de que hablábamos era tan importante, nos habiamos olvidado del pobre Juan.

—¿Y qué demonio de asunto era ése?

—Yo te diré: cuando bajé á ver si ésta subia ó no con el agua fresca que el pobre Juan esperaba como el santo advenimiento, me encontré con que ésta estaba pensando, con mucha razon, en que hace ya hoy ocho

dias que Juan y ella se casaron, y áun no tienen padrino para el primer chico ó chica.....

—Chico ha de ser, que yo no quiero morirme sin ver á un nietecillo ir tan majo á la escuela, para que así que la aprenda vaya á América y vuelva con más onzas.....

—¡Ay! yo no quiero que mi chico vaya á las Indias y me le traguen los salvajotes que andan por allí.

—¿Y cómo no se han tragado á los indianos que han vuelto?

—Por cada uno de los que han vuelto han quedado mil por allá.

—Bien, bien, dejemos eso á un lado y vamos á ver qué asunto era el que os obligaba á tener al pobre Juan pereciendo de sed.

—Pues estábamos cavilando á ver si dábamos con un buen padrino para el primer chico que ésta tenga. Ya ves, hombre, que el asunto era importante.

—¡Porrazo si lo era!

—Porque lo que esta pobre dice: sin padrino no se puede bautizar á nadie, y el chico no ha de quedar moro.

—¡Pues no faltaba más que quedára moro *el* mi nieto, que ha de ser más majo y más valiente!.... ¡Je, je, je! Me parece ya que le estoy viendo bajar á la escuela con los otros *motiles*, tirando pedradas á los frutales y echando la zancadilla y tumbando á todo el que se atreva á *engarrarse* con él!..... Pero vamos á ver si encontramos para él un buen padrino.

El suegro de Juan sacó la pipa, y *desatuzándola* con una hebrita de brezo para luégo *cargarla* y encenderla, se sentó en un canto frente de su mujer y su hija, y los

tres continuaron la discusion sobre el padrino que más convenia al primer chico que Ramona y Juan tuviesen; discusion que, con tomar parte en ella el viejo, se hizo más acalorada y difícil de llegar á término satisfactorio, porque el abuelo no encontraba padrino bueno para el nieto.

Entre tanto, llegaban al colmo la desesperacion y por supuesto la sed de Juan, viendo éste que ni su mujer, ni su suegra, ni su suegro volvian de la fuente, como si la fuente fuese algun pozo Airon que se los hubiese tragado.

Maldiciendo el dia que le ocurrió emparentar con gente tan imbécil y sin entrañas, tomó el camino de la fuente jurando y perjurando que iba á hacer y acontecer con ellos.

Cuando vió á su mujer y sus suegros sentados con mucha calma y charlando hasta por los codos, les preguntó qué doscientos mil demonios hacian allí tan sosegados, miéntras él rabiaba de sed esperando la herrada de agua fresca; y cuando le explicaron el grave asunto que les habia impedido volver, fué tal su indignacion y tal el miserable concepto que formó de las facultades intelectuales de su mujer y sus suegros, que determinó huir inmediatamente y para siempre de semejante familia, que por su necedad era incompatible con un mozo como él, que sabía leer de corrido, escribir una carta de modo que, aunque mal, se entendiera, y oficiar una misa de manera que al oirle no huyesen los perros que hubiese en la iglesia.

II.

Juan decidió en el acto huir á su tierra, persuadido de que cuanto más se alejase de Baracaldo con direccion á ella, más libre se veria de gentes necias, que era lo que más odiaba en este mundo. Así, pues, traspuso la colina de Cruces, descendió á Burceña y tomó Cadagua arriba por la orilla izquierda del rio.

Al llegar á Zubileta se encontró con D. Francisco, el capellan de la ferrería de Castrejana, que le conocia con motivo de habérsele brindado Juan á oficiar la misa un dia de gran solemnidad en que acertó á estar por allí en el momento en que D. Francisco se disponia á celebrarla rezada por no haber quien la oficiase.

Don Francisco era un sacerdote jóven, y tan amante de la casa paterna y la familia, que viviendo sus padres y hermanos en Bilbao, por verlos andaba á pié todos los dias dos leguas entre ida y vuelta.

—¿Qué es eso, Juan, que va V. tan ligero y sofocado? le preguntó D. Francisco con su habitual amabilidad.

—Calle V., D. Francisco, que lo que á mí me pasa no le pasa á nadie en el mundo con ser mundo, contestó Juan desesperado.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia en casa?

—La mayor que le puede ocurrir á un hombre. ¿No ha oido V. decir que el mayor mal de los males es tratar con animales?

—Sí, lo he oido; pero, Juan, ¿qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir, Sr. D. Francisco, que mi mujer y mis suegros son los mayores animales de la tierra, y me voy á la mia para no tratar con ellos, y ni áun con ninguno de Baracaldo, donde no hay gentes con quien pueda alternar un hombre como yo, que, aunque me esté mal el decirlo, sé.....

—Sí, Juan, ya sé lo que V. sabe, y es lástima que no sepa V. tambien otra cosa : que es un disparate y una ofensa á Dios y á la sociedad lo que V. quiere hacer. Hace ocho dias que V. se casó, y abandona á su mujer y á los ancianos que se la dieron por compañera de todas sus tristezas y alegrías.

—Cuando me eché encima esa carga no sabía lo que pesaba.

—Pues, amigo Juan, ya que V. se la echó encima voluntariamente, está V. obligado á soportarla.

—Le digo á V., Sr. D. Francisco, que estoy resuelto á echarla con doscientos mil de á caballo y á volverme á mi tierra en busca de gentes discretas, que encontraré en tanto mayor número cuanto más me aleje de Baracaldo.

—Juan, el refran dice : «¡Dónde irá el buey que no are!», y dice muy bien.

Pues si lo dice, Sr. D. Francisco, yo no hago caso de él ni de.....

—Ni de mí, ¿no es verdad, amigo Juan?

—Pues bien, ni de V., Sr. D. Francisco; que á mí me gusta decir las cosas muy claras. Conque quede us-

ted con Dios, ¡y maldito sea Baracaldo, que sería un pueblo delicioso si no hubiera en él baracaldeses ni baracaldesas!

—Adios, Juan, y Él quiera que ántes de llegar V. á su tierra se arrepienta de su criminal ligereza.

Don Francisco continuó Cadagua abajo, alegrándose porque se acercaba á su familia, y Juan continuó Cadagua arriba, alegrándose porque se alejaba de la suya.

Al pasar Juan el puente de Castrejana reparó en el agua, y se acordó de que rabiaba de sed. No viendo por allí fuente alguna donde pudiese calmarla, bajó al rio y bebió como un buey, aunque el agua estaba como lejía, de resultas de una tempestad que habia estallado la noche anterior hácia el valle de Mena, de donde procede el antiguo Cabdalagua, y caliente como caldo, de resultas del calorazo que hacía aquel dia.

Si algun baracaldés le hubiese visto beber en el rio despues de haber pasado sin beber, y rabiando de sed, por junto á una fuente tan fresca y cristalina como la de Amézaga, hubiera llamado bestia al que se lo llamaba á los baracaldeses; pero Juan, que veia la paja en el ojo ajeno, no veia la viga en el ojo propio.

Juan llegó á Güeñes creyendo que ya estaba lo suficiente léjos de Baracaldo y lo suficiente cerca de Castilla para empezar á encontrar gentes discretas, y vió á un muchacho que, parando bajo un cerezo la mula en que montaba, se puso de pié sobre ella y empezó á manducar cerezas.

—Cuidado, muchacho, le dijo Juan, que si caes de esa altura te desnucas.

—Tiene V. razon, contestó el muchacho, que me costarian caras las cerezas si algun mal intencionado dijese ahora: «¡Arre, mula!»

Al decir esto el muchacho, la mula anduvo de repente, y el que estaba de pié sobre ella cayó, pegando tal batacazo, que por milagro de Dios no quedó en el sitio.

Juan le ayudó á levantarse, y miéntras el muchacho continuó hácia abajo renqueando con la mula del ramal, Juan continuó hácia arriba asombrado de que hácia Güeñes hubiera gente tan necia como hácia Baracaldo; pero su asombro se calmó un tanto cuando reflexionó que Güeñes distaba aún poco del pueblo de su mujer y sus suegros.

III.

Aquella noche durmió Juan en Zalla, porque no le habia sentado bien el agua caliente y turbia que bebió en Castrejana, y tanto por efecto de esto como por efecto del berrinche y de la jornada, no se sentia con fuerza para llegar á Balmaseda, y se levantó temprano al dia siguiente para continuar su camino.

Era dia de fiesta, y se proponia detenerse en Balmaseda á oir misa; pero apénas pasó el puente de Ibarra, oyó campanas hácia la derecha del rio, donde hasta entónces no sabía que hubiese iglesia, y suponiendo que tocarian á misa, se decidió á ir á oirla para quitarse aquel cuidado y pasar por Balmaseda sin detenerse, á fin de

salir cuanto ántes de Vizcaya y entrar en Castilla, que, como es sabido, empieza poco más de media legua más arriba de Balmaseda.

Repasó el rio por el mismo puente de Ibarra, y se dirigió hácia los montes de Zóquita, que son los de aquel lado, á cuyo pié suponia hallarse escondida en algun regazo de los mismos la iglesia cuyas campanas continuaba oyendo; pero por más que andaba, la iglesia no parecia, ni encontraba por allí gente que le diese razon de ella.

Cuando andaba frente de Bolúmburu, cuya poblacion se compone principalmente de una casa solariega, un molino y una ferrería, vió que las mujeres y los hombres de allí salian de casa, las primeras con la mantilla puesta, y se encaminaban rio abajo.

—Vamos, dijo Juan, los de Bolúmburu bajan á pasar el rio por Ibarra porque no tienen puente más cerca, y van, como yo, á misa á la iglesia de este lado. Si no doy pronto con la iglesia, cuyas campanas siguen tocando á misa mayor, los esperaré y ellos me guiarán á la iglesia.

Juan anduvo y más anduvo, subiendo y bajando cuestas y destripando matorrales, cuyos espinos le hacian echar cada juramento que á él mismo le daba miedo, y la iglesia no parecia, aunque las campanas continuaban sonando hácia aquel lado.

Al fin se detuvo rendido y estropeado á esperar á los de Bolúmburu, pero tampoco los de Bolúmburu parecian.

Las campanas cesaron de tocar; Juan esperó largo

rato, y al fin oyó el toque de alzar, lo que probaba que la misa que queria oir habia volado.

Entónces, jurando como un condenado en lugar de rezar, volvió atras, bajó á la orilla del rio y continuó en busca del puente de Ibarra para repasarle.

Cuando llegaba al puente empezaron á repicar á salida de misa las campanas de la iglesia que inútilmente habia buscado, y preguntó irreverentemente á un chico que por casualidad vió á la orilla del rio apacentando unos bueyes:

—¿Dónde está esa condenada iglesia cuyas campanas repican?

—Mírela V. allí, le contestó el chico, indignado de la calificacion, señalando hácia el Norte, ó sea hácia la parte opuesta de donde sonaban las campanas.

—Pero, hombre, si aquélla es la iglesia de San Miguel, y las campanas suenan hácia este otro lado.....

—Hácia ese otro lado no hay iglesia ninguna.

—¿Cómo que no, si estoy oyendo las campanas?

—Las campanas que oye V. son las de San Miguel, que parece que tocan hácia Zóquita, porque el eco repite allí su sonido.

Juan dió en el suelo una furiosa patada que le destrozó un dedo del pié contra un guijarro, echó un juramento de los que Dios no perdona aunque se oigan cien misas por su remision, y emprendió la subida de la cuesta de Bolúmburu miéntras el muchacho se burlaba de él gritándole:

—¡Andaaa, que ha oido campanas sin saber dónde!

IV.

El efecto del agua turbia y caliente que habia bebido la tarde anterior en Castrejana, y el de la andanza que habia empleado inútilmente buscando iglesia donde oir misa, hácia el pié de los montes de Zóquita, eran mucho más que suficientes para que Juan viese siquiera la punta de la viga que llevaba en el ojo propio; pero lo cierto es que no habia visto más que la paja del ojo ajeno cuando llegó á Balmaseda.

En Balmaseda se detuvo un rato á descansar un poco y echar un cigarro en un banco de la plaza vieja.

Miéntras descansaba y fumaba, se distraia en ver una operacion que un hombre estaba haciendo en la puerta de una casa inmediata. Aquella operacion consistia en abrir una gatera en la puerta. Enamoróle la limpieza y la maña con que el hombre trazó con un compas en la madera un círculo perfecto; dió dos barrenitos paralelos en un punto de la circunferencia; uniólos cortando con el formon la madera intermedia; introdujo en el agujero un serruchito estrecho de punta, y sierra que sierra circularmente, abrió la gatera y hasta suavizó y redondeó sus bordes con el formon para que los gatos que saliesen ó entrasen no se lastimáran.

—¡Vea V. qué hombre tan curioso y hábil! dijo Juan á un sujeto que se habia parado á ver tambien aquella operacion.

—A ése, contestó el viejo, le sucede lo que á los ama-

nuenses indígenas de Filipinas, donde yo he estado muchos años.

—¿Qué les sucede á aquéllos?

—Que escriben admirablemente y no saben discurrir cuántas unidades componen dos pares de huevos.

—No, pues lo que es ese hombre, listo como un demontre debe ser, por más que V. diga.

El viejo continuó su camino sin replicar y sonriendo maliciosamente.

—Ya se conoce, añadió Juan para sí, en la habilidad de ese hombre, que estamos, como quien dice, en Castilla, y por tanto, léjos de Baracaldo.

Cuando así pensaba, vió que el hombre de la gatera trazaba con el compas otro círculo al lado del agujero que acababa de abrir, y movido de curiosidad por saber para qué hacía aquella operacion, se levantó, se acercó á aquel hombre y le preguntó:

—Diga V., buen hombre, aunque sea mal preguntado: ¿para qué traza V. ese nuevo círculo?

—¡Para qué ha de ser, contestó el hombre, sino para abrir otra gatera!

—¡Otra gatera en la misma puerta! ¿Y para qué la ha de abrir V., si lo único que va á conseguir con abrirla es estropear la puerta y exponerse á que la mejor noche los ladrones abran un boquete rompiendo de un puntapié la madera que las separe, y colándose dentro, le roben á V. cuanto tenga en casa, y acaso le asesinen?

—Es verdad que hay ese inconveniente, pero nosotros somos muy amantes de los gatos y queremos que los

pobres animalitos de Dios puedan salir y entrar cuando les dé la gana.

—Esa no es razon para que habiendo abierto V. ya una gatera abra otra.

—¿Pues no lo ha de ser, hombre, si son dos los gatos que tenemos?

—¿Y cuántas personas son VV. en casa?

—Somos siete.

—Pues entónces la casa necesitará siete puertas.

—¡Calla!... exclamó el hombre como herido de una súbita é inesperada luz que le sorprendia. Habla V. con cabeza. No habia yo caido en la cuenta de que por donde sale y entra un gato entra y sale otro y aunque sea una docena de ellos. ¡Canario, se conoce que es V. hombre de talento!

—No es cosa mayor, contestó Juan sonriendo de vanidad con aquella lisonja. Me parece que V. ha de ser de hácia Baracaldo ó sus cercanías.

—No, señor, soy del Berron, que es el primer lugar de Castilla yendo de Vizcaya.

Juan se quedó más frio que un carámbano al saber que hombre tan necio, no sólo no era de Baracaldo ni sus inmediaciones, sino que era castellano, si castellanos se puede llamar á los meneses y á todos los de aquende el Ebro, que son vizcaínos por la geografía, por la historia, por las costumbres, por la sangre y hasta por el corazon.

Cuando Juan pasó el puente de Arla, que separa á Vizcaya de Castilla, conoció que habia perdido mucho de la fe con que partió de Baracaldo en que de allí

arriba sólo habia de encontrar gentes discretas. La tontería del menés que no habia caido en la cuenta de que bastaba una gatera para dos gatos sin necesidad de hacer para cada gato una, empezaba á recordarle que en todas partes cuecen habas.

Pensaba ir á hacer noche en Villasana y caminaba á paso regular; pero cuando se acercaba á Entrambas Aguas empezó á relampaguear y tronar de firme, por lo que precipitó el paso á fin de que la tormenta no le cogiera en despoblado.

Al pasar por Entrambas Aguas llamó su atencion una mujer que estaba en la portalada de una casa, dale que le das con un bieldo á un monton de cebada.

—Buena mujer, le preguntó, ¿qué es lo que V. hace con ese bieldo?

—Yo le diré á V., contestó la mujer sin suspender su tarea. Acabo de aventar y limpiar esta cebada, y como la tempestad se nos viene encima, quisiera trasladar el grano al portal para que no se me moje, y por más que me mato en darle con este condenado bieldo, no lo puedo conseguir.

—(¡Jesus, exclamó Juan para sí, qué mujer tan digna de un pienso de su cosecha! No diré yo que sea de Baracaldo, pero de seguro es, cuando más arriba, del Berron ó sus inmediaciones.) ¿Pero, mujer, añadió, no tiene V. por ahí una pala?

—Sí, señor, aquí hay una, contestó la mujer sacando de la cuadra una pala de madera.

Juan tomó la pala, y en cuatro boleos trasladó con ella la cebada al portal, donde inmediatamente tuvieron

que refugiarse él y la mujer, porque empezó á llover á cántaros.

—Algun ángel le trajo á V. por aquí, dijo la mujer, que si no, se me echa á perder el monton de cebada.

—Y lo hubiera V. sentido mucho, porque V. debe ser muy aficionada á ella, añadió Juan sonriendo irónicamente, con la fatuidad del que á todos los cree tontos comparados con él.

—Ya se ve que lo soy, contestó candorosamente la mujer.

—¿De dónde es V., aunque sea mala pregunta?

—De Irús, para servir á Dios y á V.

Juan se quedó como pegado á la pared al saber que de mujer tan tonta más le tocaba á su tierra que á la que habia abandonado huyendo de gentes necias y en busca de gentes discretas.

Siguiendo su camino, le ocurrió por primera vez, desde que huyó de Baracaldo, la idea de comparar la necedad de su mujer y sus suegros con la que habia observado en el muchacho de la mula, en el hombre de la gatera y en la mujer de la cebada; pero no con la que el chico que apacentaba bueyes junto al puente de Ibarra habia observado en el que oia campanas sin saber dónde. De todos modos, no pudo ménos de reconocer que su mujer y sus suegros eran discretos comparados con el muchacho, el hombre y la mujer susodichos.

De esta comparacion y este reconocimiento pasó á averiguar si habia hecho mal ó bien en huir de Baracaldo hasta sin reivindicar el título de *maqueto* con que habia bajado, echándose á la espalda al partir el morralillo con

un par de camisas, con que habia entrado en las Encartaciones, y concluyó casi casi por convenir en que habia hecho mal; pero al fin se decidió á continuar hácia su pueblo, fundado en que si camino de su tierra no encontraba gentes más discretas que en Baracaldo, en su pueblo las encontraria.

Es de advertir que Juan habia estado muchos años ausente de su pueblo, y por tanto, tenía de él y de sus paisanos la idea optimista que tenemos de lo que conocemos en la infancia, en que la razon, rica de candor y pobre de malicia, todo lo ve de color de rosa.

En un encinar cerca de Gayángos oyó gruñir desesperadamente á un cerdo y jurar y perjurar á un hombre.

—¿Qué demonios será eso? dijo para sí Juan. Probablemente le pasará á ese hombre con el cerdo cosa parecida á lo del matachin con el carnero.

Lo del matachin á que aludia Juan merece contarse, y mucho más por un cuentista español, é infinitamente más por un cuentista vascongado.

Pasaba un hombre por un pueblo, y oyendo jurar y renegar á un matachin, fué á ver lo que le pasaba á aquel sujeto para sulfurarse así, y le preguntó:

—¿Qué diablos le pasa á V., hombre, para desesperarse de ese modo?

—¡Qué me ha de pasar, señor! La cosa más irritante de este mundo. ¡Que este infame carnero no se deja matar!

Juan entró en el encinar y vió que un hombre apaleaba furiosamente á un cerdo que tenía atado con una cuerda.

— Buen hombre, le preguntó, ¿por qué apalea usted así á ese pobre animal?

— Le apaleo por bruto, por estúpido, por bestia, pues está rabiando de hambre, y por más que me mato para que suba á una de estas encinas y se atraque de bellotas, se empeña en que no ha de subir.

Juan se santiguó de la necedad de aquel hombre, y quitándole de la mano la vara con que apaleaba al cerdo, se puso á apalear con ella las ramas bajas de una de las encinas, que soltaron gran cantidad de bellotas, que el cerdo se apresuró devorar.

Al ver esto, el hombre se santiguó á su vez, exclamando:

—¡Jesus, qué hombre tan ingenioso es V.! ¡Pues no me habia ocurrido á mí una cosa tan sencilla para que el cerdo se atracase de bellotas!

Juan, casi seguro de que aquel hombre era de Baracaldo, ó cuando ménos del puente de Arla abajo, le preguntó de dónde era: y ¡cuál no sería su asombro y hasta su dolor cuando supo que aquel hombre era de su mismo pueblo!

Estuvo por volver atras, teniendo por Evangelios chicos aquellos refranes que dicen: «En todas partes cuecen habas y en mi casa á calderadas», y «¡A dónde irá el buey que no are!» Y hasta estuvo por volver, ya que no á Baracaldo, á algun pueblo de sus inmediaciones; pero, por último, se decidió á llegar al suyo, ya que estaba cerca, aunque sólo fuese para permanecer en él pocas horas, y continuó su camino.

V.

Cerca de Bocos vió Juan que dos hombres disputaban acaloradamente en medio de la carretera.

El uno tenía traza de pobre y rústico labrador, y el otro era un viejecillo medio señor, de esos que andan por las honradas y pobres merindades de Castilla cobrando el ciento por ciento de interes anual á los infelices labradores, á quienes han prestado dinero para comprar grano con que hacer la siembra.

Estos judíos deben ser descendientes de aquellos famosos de Bustillo, que en cambio de haber abierto su bolsa á los reyes y señores de Castilla en la Edad Media, consiguieron que los reyes los agraciáran con las libertades de Vizcaya, y más de una vez tuvieron la audacia de pretender que Vizcaya se las reconociera, como si fueran como las vizcaínas nativas y propias, y no de privilegio concedido por nadie, aunque sólo consiguieron, cuantas veces lo pretendieron, que Vizcaya los echase muy enhoramala.

Juan se apresuró á acercarse á aquellos hombres para impedir que vinieran á las manos y hubiera una desgracia.

—¿Qué es eso, hombres, les preguntó, que tan acaloradamente disputan ustedes?

—Me alegro mucho de que V. remanezca por aquí, le contestó el labrador, porque así habrá alguno que nos oiga y dé la razon al que la tenga.

—Por eso mismo me alegro yo de que haya llegado usted, porque de seguro me la dará á mí, añadió el otro hombre, que era un viejecillo con más grasa en el sombrero y el gaban que basura tiene en la conciencia un político de oficio.

—Veamos qué es lo que pasa.

—Lo que pasa, dijo el labrador, es lo que va V. á oir. Iba yo para mi pueblo, de vuelta de la feria de Basurto, á donde he bajado á vender una muleta para ver si con su importe compro grano para sembrar el otoño que viene, porque la cosecha de este año se me ha perdido casi del todo y no sé cómo he de pasar el invierno con mujer y ocho hijos que tengo, y me encontré una bolsa con quince onzas de oro dentro. Lo primero que me ocurrió fué condolerme del disgusto que en aquellos momentos tendria el que la habia perdido, é iba pensando en mandar poner edictos en Villarcayo anunciando que me habia encontrado la bolsa y dando las señas la entregaria al que la hubiese perdido, cuando vi que el señor venía muy sofocado, preguntando á todos si habian encontrado una bolsa con dinero. Me lo pregunta á mí, le contesto que yo la he encontrado, le pido las señas de ella, y me dice que es una bolsa verde; y sin preguntarle las onzas que tenía dentro, porque yo no las habia contado, se la doy, y entónces cuenta las onzas, ve que tiene quince, y me sale con que debia tener diez y siete, y por lo tanto, que yo me he embolsado dos y se las debo dar.

—Y sí que debe V. dármelas, porque me las ha quitado V., y la prueba de ello es que las tiene V. en el bolsillo del chaleco, porque V. me las ha enseñado.

—Las que yo le he enseñado á V. son las que me ha valido la muleta, y se las he enseñado para hacerle ver que yo no tenía más onzas.

—No hay muleta que valga; esas onzas son las que usted me ha quitado.

—Yo no le he quitado á V. nada. ¡Pues, señor, está bueno esto! Le devuelvo su bolsa con todo lo que contenia, porque yo siempre he tenido por un disparate eso que creen las gentes de que lo que uno se encuentra es suyo, y en lugar de darse por satisfecho.....

—Y agradecido, le interrumpió Juan.

—Agradecido no, porque al fin no he hecho más que cumplir con lo que Dios manda; pero en lugar de darse por satisfecho, me insulta tratándome de ladron, y quiere que le dé la miseria que me ha valido la muleta! ¡Hombre, si lo que quiere el señor es justicia, digo que no hay justicia en la tierra!

—Déjense ustedes de disputar, y que la haga al que la tenga el Alcalde de Bocos, que está un paso de aquí.

—Me conformo, dijo el labrador.

—Y yo tambien, añadió el viejecillo.

—Yo les serviré á ustedes de hombre bueno, agregó Juan.

En efecto, fuéronse los tres á Bocos y se presentaron al Alcalde, que despues de oirlos preguntó al labrador:

—¿Cuántas onzas habia en la bolsa que V. se encontró?

—Quince, señor, pues han resultado ésas cuando el señor las ha contado.

—¿Y cuántas tenía la bolsa de V. cuando la perdió? añadió el Alcalde dirigiéndose al viejo.

—Diez y siete justas.

El Alcalde meditó un momento con la bolsa en la mano, y al fin dijo con tono decisivo, sin que todos los clamores y protestas del viejo bastáran á modificar su decision :

—La bolsa que este labrador ha encontrado no es la que este anciano ha perdido, puesto que las señas no convienen, pues la perdida contenia diez y siete onzas de oro, y la encontrada, quince. Tome el labrador la bolsa, que restituirá cuando parezca su dueño, y el anciano dé gracias á Dios porque no le soplo en el cepo por haber infamado á un hombre de bien, acusándole injustamente de ladron.

El labrador y Juan se despidieron del Alcalde con mucha cortesía, llevándose el labrador la bolsa, miéntras el viejo se alejaba echando por la boca espumarajos de coraje.

A Juan le ocurrió la idea de preguntar al labrador y al viejo de dónde eran; pero en cuanto á preguntar al viejo desistió inmediatamente de ello, pensando que los usureros infames que medran á costa de la infelicidad y la honradez no son de ninguna parte más que del infierno, que los confunda por siempre jamas amén; y en cuanto al labrador, le hizo la pregunta, y quedó gratísimamente sorprendido al saber que era de su pueblo.

No ménos grata era la impresion que conservaba del espíritu de justicia y sabiduría del Alcalde de Bocos, y quiso saber cómo se llamaba y si era natural del mismo

pueblo. Dios sabe si pasó por su imaginacion la idea de que pudiera ser del pueblo de su naturaleza como el labrador que habia encontrado la bolsa!

—Diga V., preguntó á una mujer que estaba hilando á la puerta de una casa, ¿cómo se llama el señor Alcalde?

—Del nombre no me acuerdo, pero el apellido es Tellitu.

—¡Tellitu! exclamó Juan sorprendido al oir un apellido clásicamente baracaldes. ¿Y de dónde es el señor Alcalde?

—Es vizcaíno, de un pueblo que le llaman Baracaldo.

Nueva sorpresa y nuevo desengaño de Juan, que pensó si sería el Alcalde el vecino de Bocos á quien habia servido el *maqueto* paisano y amigo suyo.

Juan se decidió por completo á volver á Baracaldo así que diese una vuelta por su pueblo, donde si nacian gentes tan bestias como el hombre del cerdo, tambien nacian otras tan honradas como el labrador de la bolsa.

Al pensar si el Alcalde de Bocos sería el baracaldes que opinaba que la gente y la tierra eran segun se las cultivaba, cayó en la cuenta de que él debia haber cultivado á su mujer y sus suegros en lugar de huir de ellos.

En compañía del labrador de la bolsa siguió hasta su pueblo, y despues de haber fortalecido allí el amor á la familia con los recuerdos de la casa paterna, que bien lo necesitaba, pues le habia dejado debilitarse horriblemente sin razon ni justicia, emprendió el regreso á donde le esperaba, llena de desolacion, la única familia que tenía.

Andando, andando Cadagua abajo, pasó el puente de Castrejana, y al llegar á Zubileta se encontró con el jóven capellan de la fábrica, que volvia de su diaria jornada á Bilbao, para visitar á sus padres y sus hermanos (1). Al verle, sintió á la par alegría y vergüenza: alegría, porque la bondad y los sanos consejos de aquel digno sacerdote habian de fortalecer su corazon para procurar la redencion de su falta; y vergüenza, por la falta misma y por haber desoido los consejos del Sr. D. Francisco.

—Juan, exclamó éste, lleno de alegría al verle tornar tan humilde como altanero habia ido, en buen hora vuelve V. á donde el amor y el deber le llaman; que la pobre Ramona, que, como sus padres, no ha dejado de llorar desde que V. los abandonó, se disponia á partir mañana para Castilla á rogar á V., aunque fuese de rodillas y arrastrándose á sus piés, que volviese V. á consolar y alegrar con su presencia la casa que ha convertido en valle de lágrimas.

—Señor D. Francisco, contestó Juan saltándosele las suyas, no tengo perdon de Dios ni de mi mujer, ni de mis suegros, ni de V., con lo que he hecho.

—Juan, Dios no niega nunca el perdon al que se arrepiente de sus faltas, y mucho ménos pueden negarle los que por ser falibles tienen el deber de ser ménos severos que Dios. Dígame V., amigo Juan, de qué medios

(1) El jóven sacerdote á quien aquí se alude es D. Francisco de Abásalo, sobrino y heredero de bienes y virtudes del difunto cura de Montellano, á quien dió celebridad el autor de este libro divulgando su virtud y su prodigioso ingenio.



se ha valido Dios para despertar en V. el arrepentimiento de su falta.

—Haciéndome encontrar gentes mucho más necias que aquellas de quienes huia, donde esperaba encontrarlas mucho más discretas. Sí, mucho más necias, señor don Francisco, porque la necedad de mi mujer y mis suegros no admite comparacion con la de una porcion de gentes que he encontrado en mi camino. Esto me ha ido haciendo pensar que yo mismo, á pesar de mis pretensiones de discreto, no tengo derecho á acusar de necios á mi mujer y mis suegros.

—Todas las necedades del mundo sean, amigo Juan, como la que le movió á V. á abandonar á Ramona y sus ancianos padres. Ciertamente, exceso habia en que se preocupáran con inusitada anticipacion en quién habia de ser el padrino de una criatura que acaso ni áun habia sido concebida; pero era exceso de sencillez, de celo religioso y de prevision maternal.

—¡No olvidaré, Sr. D. Francisco, la leccion que Dios y V. me han dado!

—No olvide V. tampoco que en la necedad humana tiene su único apoyo la creencia vulgar de que del terruño en que las gentes nacen y viven procede la necedad ó la discrecion, la bondad ó la maldad de las gentes. Los de tal pueblo ó tal provincia ó tal nacion, se dice, son esto; los de cual pueblo, cual provincia ó cual nacion, son lo otro; como si el mojon de piedra que divide las jurisdicciones municipales ó provinciales ó internacionales tuviera el poder de determinar la tontería ó la discrecion, la maldad ó la bondad de las gentes. La humanidad es

en todas partes la misma, y mucho más en las regiones donde esencialmente uno mismo es el suelo, uno mismo el clima, unas mismas las instituciones sociales: la humanidad se compone en todas partes de buenos y malos, de tontos y de discretos. Apresúrese V., amigo Juan, á volver al hogar donde le esperan ansiosos y desconsolados los que, llenos de confianza en su honradez y su amor, le dieron en él asiento, y no olvide V. nunca que no puede haber sociedad ni familia bendecidos de Dios ni de los hombres sin la indulgencia mutua, que es dos veces santa en aquellos que mutuamente pueden decirse: «Eres carne de mi carne y hueso de mi hueso.»

Juan besó la mano que bondadosamente le alargaba el jóven sacerdote, y continuó Cadagua abajo.

Media hora despues, allá en una casería de la banda opuesta de la colina de Cruces, lloraban de alegría una jóven y dos ancianos, viendo entrar por su puerta, tan humilde como si no supiera nada, á un mozo que sabía leer de corrido, escribir una carta de modo que, aunque mal, se entendiese, y oficiar una misa de manera que al oirle no huyesen los perros que hubiese en la iglesia.

———

LA OBLIGACION Y LA DEVOCION.

LA OBLIGACION Y LA DEVOCION.

I.

Andaba yo á caza de cuentos populares para esta novena coleccion que voy á dar á luz, y despues de mediodia salí de Durango con ánimo de trasmontar la cordillera de Óiz y pernoctar en Marquina; pero como desde Bérriz dirigiese la vista hácia el Oeste y viese que hácia los Siete Concejos del valle de Somorrostro habian empezado á aventar trigo, pues se veia el tamo, como dicen en las Encartaciones cuando ven que cierra en agua la costa, y me pareciese que el *tamo* iba avanzando hácia el Este, me decidí á dejar para la mañana siguiente la còntinuacion de mi viaje, no pasando aquella tarde de Mallábia.

Viendo un grupo de cuatro ó cinco casas medio escondidas en el castañar de Basagóiti, me dirigí á ellas con ánimo de pedir hospitalidad en la que mejor me pareciese, seguro de que en cualquiera de ellas la habia de encontrar muy afectuosa y franca.

Mi querido amigo Marcelino Menendez Pelayo, en cuyo elogio basta decir que á la edad de veintidos años

ha obtenido, en porfiada y luminosa oposicion con contrincantes de altísimo valer, la cátedra de Literatura é Historia crítica en la Universidad Central, me ha dado un varapalo, á la vuelta de corteses piropos, diciendo que tengo el defecto de extremar el optimismo en la pintura de las costumbres populares, y todo con objeto de enaltecer el pesimismo de José María de Pereda, insigne y querido amigo suyo y mio, que emplea en el estudio y pintura de las costumbres montañesas procedimiento distinto del que yo empleo en el estudio y pintura de las vascongadas. Concedamos que el campo que yo recorro sea igualmente fértil en flores y en espinas que el que recorre Pereda, aunque no era de esta opinion un paisano de ambos escritores montañeses, que, abogando en 1876 por que se quitáran los fueros á Vizcaya, hacía el siguiente paralelo entre Vizcaya y la Montaña:

« Cualquiera que en circunstancias normales haya recorrido la provincia de Vizcaya y detenídose á observar el estado de su agricultura, las industrias que sus habitantes ejercen, los recursos con que cuentan para subvenir á las necesidades de la vida, su carácter franco y sus costumbres, si de repente se traslada á la inmediata de Santander, no podrá por ménos de sentir una profunda impresion de tristeza al comparar lo que deja con lo que se ofrece á su vista. Allí, una superficie cultivada con esmero, rindiendo, por lo general, dos frutos al año; aquí, por una parte, abandonados campos cubiertos de maleza, y por otra, producciones lánguidas y escasas, que no sostienen al labrador. Allá, montes frondosos y

abundantes, cuidados con inteligencia y celo; aquí, riscos de peña viva, donde ántes crecia el roble, el haya y la encina, ó sierras calvas, que sólo llevan el rozo, cuya flor amarilla simboliza la muerte. Allá, caseríos amueblados con aseo, donde se encuentra el lecho cómodo y limpio y el menaje bastante á las necesidades de la familia; aquí, chozas y pocilgas, que retratan la miseria y el abandono. Allá, populares diversiones, donde la alegría alcanza á todas las edades; aquí, el desconsuelo marcado en los semblantes de los que conocen su situacion, y apénas la primera sonrisa del contento en la primera juventud. Allá, comodidad por resultado; aquí, privacion y miseria.»

Pero demos por supuesto que habiendo conseguido el montañes que este paralelo hacía la victoria á que aspiraba de que se quitáran á Vizcaya los fueros, la Montaña nada tiene que envidiar ya á Vizcaya, porque ésta ofrece ya el horrible cuadro que ofrecia la Montaña. Señor, ¿tan poco liberales son los estatutos por que se rige el arte literario, que, permitiendo á unos artistas recargar de espinas sus cuadros, no permitan á otros recargarlos de flores? Y en caso de pecarse exagerando la pintura, ¿no ha de ser, cuando ménos, la exageracion de tintas rosadas tan perdonable como la de tintas negras? Pues si tú y yo, querido Marcelino, nos damos una cita esta primavera, por ejemplo, bajo los robles y los castaños de aquel vallecito cercano á Castro-Urdiales, donde están las ruinas del *Amanum Portus* de Plinio, para abrazarnos y decirnos las mil cosas que rabian por volar de mi corazon á tu oido, y á mi oido de tu co-

razon, y despues de decírnoslas nos separamos en direccion distinta, yéndonos por aquellos campos de Dios para hacer cada cual un ramillete con lo que mejor le parezca, ¿habrá quien se incomode porque yo haya hecho un ramillete con flores en lugar de hacerle con espinas, como tú le has hecho?

Tengo el sentimiento, ó mejor dicho, tengo el placer de decirte que si no encontré en Basagoiti Dorilas ni Melibeos, cuya raza me apesta á pesar de oler á tomillo, encontré Mari-Rosas y Pepe-Antones, que, sin discretear ni escribir ternezas en el tronco de los árboles, eran dignísimos de ser cantados por todo el que, como yo, no excluya de la poesía á las gentes de carne y hueso.

Con que, querido Marcelino, enhorabuena que aplaudas á nuestro buen José María, á quien tuve la honra de presentar por primera vez al público asido de la manita, porque ande por los valles montañeses haciendo ramilletes de espinas entreveradas de flores; pero no seas tan poco liberal, que me silbes porque ande por los valles vascongados haciendo ramilletes de flores entreveradas de espinas.

En estos valles, como en todos, sin excluir el del paraíso, hay sapos y culebras que se arrastran por el suelo; pero, como dije en otra ocasion, el arte pictórica me parece demasiado noble para emplearse en pintar sabandijas.

Cuando llegué á Basagoiti, el tamo de los Siete Concejos se extendia ya por la falda meridional del Óiz, y la gente abandonaba sus heredades y charlaba y reia á la puerta de sus casas, los hombres con la pipa en la

boca, y las mujeres con la rueca en la cintura ó la aguja de hacer media en la mano, viendo caer la lluvia, que venía sobre sus campos como bendicion de Dios, aunque las ovejas y las cabras bajaban del monte huyendo de ella, y se refugiaban bajo los aleros de los tejados miéntras les abrian la puerta de la cuadra.

Como tonto, me metí en la casa más grande y blanca del barriecillo, prévia una breve peticion de hospitalidad, que fué otorgada ántes de terminada.

Cerró muy pronto la noche, cada vez más lluviosa, y todos nos fuimos á instalar en la cocina, donde crujia, alegraba, iluminaba y fortalecia una gavilla de leña seca en combustion, que las muchachas, rie que rie, tenian buen cuidado de renovar conforme se consumia.

Poco á poco fueron llegando algunos vecinos, y entre ellos dos ó tres guapos chicos, que alegraron los ojillos á las muchachas más que los viejos, con pretexto unos, y con objeto otros, de hacer tiempo miéntras en sus respectivas casas, como en la nuestra, preparaban la cena las mujeres.

Yo fuí cortésmente instalado en el secular escaño, á la diestra del dueño de la casa.

Ya habia llegado á aquellas latitudes la noticia de que yo, á falta de otro caudal, le tenía grande de cuentos populares. Áun habia llegado más: una coleccion de los que llevaba publicados, y los buenos aldeanos (sí, querido Marcelino, buenos como el pan blanco y la borona amarilla de la vega de Guernica, aunque tuvieran sus maliciejas y socarronerías, que no me disgustan, porque si no las tuvieran, serian tontos), y los buenos aldea-

nos, repito, despues de guiñarse unos á otros y comprenderse, me salieron con que era necesario que contase algun cuento de los muchos que sabía.

Díjeles que los contaba muy mal, y me objetaron que á ellos les hacian mucha gracia los de mis libros; repliquéles que, aunque así fuera, no era lo mismo contarlos por escrito que contarlos de palabra; no conseguí hacerles comprender esta diferencia, y por último, me avine á complacerles, con la condicion precisa de que despues que yo les contase un cuento me habian de contar ellos otro.

A esta avenencia me decidieron las muchachas de la casa, que si en discreteos eran muy inferiores á las Dorilas y las Fílis y Galateas, no lo eran ¡vive Dios! en lo querenciosas, y de ojos habladores, y de colorcitos de rosa.

Grave era el compromiso que yo habia contraido, porque, si no soy del todo desgraciadillo para los cuentos escritos, soy inaguantable para los cuentos hablados; pero contaba, para salir de él, con lo que en términos de predicacion se llama sacar el Cristo. El Cristo que á mí me habia ocurrido sacar era uno fabricado con madera del árbol de Guernica, y le saqué y entusiasmé con él á todos los amados oyentes mios, sin excluir á las muchachas, que, como el cuento, esencialmente patriótico, tuviese su pizquita de amor casto y entrañable, echaban unos ojazos, á la par púdicos y amorosos, á los *mutillac*, sus vecinos, que me escuchaban!.....

Terminado mi cuento con éxito muy superior á su mérito y á mis esperanzas, exigí el cumplimiento de la condicion con que le habia contado, y al fin el patron se

avino á cumplirla, por eleccion de todos los circunstantes.

De seguro, dije para mis adentros, el cuento que voy á oir participa de todo lo bueno y todo lo malo de los populares: lo bueno, la ingenuidad, la agudeza y la buena intencion de los narradores campesinos; lo malo, la puntadita picaresca, la frase, aunque castiza, incorrecta, lo maravilloso creido á pié juntillas, y sobre todo, lo anacrónico y fuera de carácter de la época y de los interlocutores. En este punto nuestro buen pueblo es incorregible: en la forma, aunque no en el fondo, humaniza hasta lo más divino y vulgariza hasta lo más poético.

Ahora verán VV. si me equivoqué ó no, porque ahora dejo yo de hablar y me reemplaza el honrado campesino de Basagoiti.

II.

Esta era una muchacha que se llamaba Petra, muy buena cristiana, muy trabajadora, muy de su casa, muy guapa y muy amante de sus padres, aunque su talento no era cosa mayor, como más tarde verémos.

Sus padres eran pobres, enfermizos y ya viejos, y la muchacha se desvivia por gobernar bien la casa y tenerlos contentos, tanto, que la mayor dicha que deseaba era que nada faltase á sus padres hasta que Dios se los llevase.

Como era buena cristiana, naturalmente deseaba po-

der oir misa todos los dias y asistir á todas las funciones de iglesia; pero como, ademas de correr á su cargo el gobierno de la casa, tenía que trabajar en la costura y en lo demas que salia, para poder ir tirando, tanto sus padres como ella, con lo que ganaba, la pobre apénas podia poner los piés en la iglesia más que los dias de precepto, en que con mucho trabajo oia su misita, madrugando mucho, á pesar de que se acostaba muy tarde, y asistia por la tarde al rosario, privándose de dar un paseito, que le hacía buena falta, porque la pobre en toda la semana no tenía un momento de descanso.

Siempre que entraba en la iglesia, ya se sabía, lo primero que habia de rezar era siquiera un Padrenuestro al glorioso santo de su nombre, pidiéndole que á sus padres y á ella abriese las puertas del cielo en la hora de la muerte, y lo segundo era pedir á Dios que la ayudase á proporcionar á sus queridos padres una vejez siquiera algo cómoda y holgada.

Doña Jesusa, una vecina suya á quien tenía por una santa, porque pasaba todo el dia de Dios en la iglesia, y á quien participó á qué se reducian sus mayores ambiciones, le aconsejó que jugase á la lotería, á ver si Dios le proporcionaba siquiera un premiecillo, y léjos de echar el consejo en saco roto, pasó un par de noches sin pegar ojo, cose que cose, para ganar por extraordinario tres pesetas con que comprar un décimo de la lotería chica.

Compró, en efecto, el décimo; pidió á Dios de todo corazon que le cayese algo, aunque fuera poco, y tuvo la suerte de que le cayesen diez mil reales, que hicieron

felices así á Petra como á sus padres, que con ellos pudieron, la primera descansar un poco, y sobre todo, frecuentar un poco más la iglesia, y los segundos regalarse y medicinarse un poco más y consolarse viendo que la pobre muchacha no necesitaba aperrearse tanto como ántes con la pícara costura.

Al cabo se llevó Dios á sus padres, y si los lloró mucho, se consoló algun tanto pensando que todos nos hemos de morir, y que al fin habian pasado los últimos años de su vida sin faltarles nada de lo preciso.

Desde entónces Petra, si bien no hizo variacion en la primera parte de sus oraciones, que era pedir al santo de su nombre que le abriese las puertas del cielo en la hora de la muerte, lo hizo en la segunda, pidiendo á Dios que le concediese un marido honrado, trabajador, de buen genio, buen cristiano, y, en fin, un hombre como Dios manda. Para esperar de Dios esta gracia contaba principalmente con lo que habia ido aumentando su asistencia á la iglesia desde que le cayó la lotería, y sobre todo desde que murieron sus padres, porque desde entónces, si no le fué posible pasarse todo el dia en la iglesia como D.ª Jesusa, al ménos pudo oir su misita todos los dias, aunque no fuesen de precepto, y áun ir á la iglesia las más de las tardes, particularmente cuando habia novena ó cosa así.

No en vano la buena Petra pidió á Dios un buen marido, porque le concedió uno que ni hecho de encargo hubiera sido mejor. Anton, que así se llamaba, era carpintero como el glorioso San José, y por consiguiente, pobre; pero, mejorando lo presente, á hombre de bien y

cristiano y trabajador y de buen genio no le ganaba ni el más pintado.

—¡Señor, decia Petra al verse tan feliz, con qué le pagaré yo á V. M. las gracias que me ha concedido sin merecerlas! La primera fué la de que me cayera la lotería, gracia tanto más de agradecer, cuanto que para obtenerla no tenía yo más merecimientos que los de oir una misa ó rezar un rosario de prisa y corriendo el dia de fiesta. Es verdad que los merecimientos que me valieron la segunda gracia eran algo mayores, pues hacía ya algun tiempo que oia mi misita todos los dias y asistia á la iglesia las más de las tardes; pero para corresponder como es debido á gracia tan grande, ni áun bastaria pasar en la iglesia, como D.ª Jesusa, todo el dia y áun parte de la noche.

Petra creyó un deber de conciencia el aumentar, léjos de disminüir, en lo sucesivo, su asistencia á la iglesia, tanto más, cuanto que, sobre estar obligada á ello para corresponder á la última é inestimable gracia que Dios le habia concedido, tenía que pedirle otra. Petra, hablando en plata, creia, tomando al pié de la letra la doctrina de su consejera áulica D.ª Jesusa, que los favores de Dios eran proporcionados al tiempo que se pasaba en la iglesia.

La nueva gracia que solicitaba era nada ménos que la de que le volviese á caer la lotería, y, si era posible, no un premiecillo de tres al cuarto como el de marras, sino el premio gordo, ó cuando ménos, uno de diez mil duros.

Ustedes dirán que eso era ya pedir gollerías. Pues, no

señor, ya verán ustedes cómo no lo era, y para que lo vean, van á oir las razones en que Petra se fundaba para ir al Señor con una nueva peticion.

—Ahora, decia Petra, nos irémos llenando de familia, ¡y entónces será ella! Porque eso de que cada chico que nace trae un panecillo bajo el sobaco es conversacion y agua de pilon. Si ahora, que no tenemos más que el angelito que ha empezado á darme pataditas en el vientre, anda el jornal si alcanza no llega, ¡qué será, Dios mio, cuando tengamos media docena ó más de ellos! Luégo, esas criaturas destrozan que no hay ropa ni calzado que baste para ellas, y hoy que están malos de esto, mañana que están malos de lo otro, otro dia que lo están de lo de más allá, el médico no deja la ida por la venida, y como á él no le duelen las recetas, receta sin conciencia.

Las necesidades de una casa son muchas, y el jornal de un pobre carpintero ya se sabe á lo que llega, por buen gobierno que haya en la casa. Que ya el pan, que ya la carne, que ya la verdura, que ya el carbon, que ya la luz, que ya la gotilla el dia de fiesta, el dinero se se va sin sentir, y más en tiempos como éstos, en que todo va poniendo por las nubes, y por más que una se mate no encuentra medio de convertir los perros chicos en monedas de cinco duros. Si una no puede ahorrar ahora un cuarto por más que se vuelva mica, ¡qué será cuando tenga una porcion de boquitas más que tapar! Y si viene, lo que Dios no quiera, una enfermedad, ó aquél carece una temporada de trabajo, ¡qué va á ser de nosotros, y sobre todo, qué va á ser de los pobres hijos de mis entrañas! Y suponiendo que nada de esto suceda y

vayamos tirando todos con el jornal, ¡con qué hemos de dar una miaja de educacion á los chicos, porque los pobres hijos de mi alma no han de llegar á mozos hechos unos borriquitos! ¡Pues no faltaba más, que unas criaturas como el sol de Dios de hermosas no aprendiesen lo que las demas aprenden! Era cosa de volverse una loca con estas cavilaciones, si no fiára en que Dios, á quien tanto tengo que agradecer, no me ha de negar la nueva gracia que ahora tengo que pedirle. Para conseguirla haré los imposibles, y si para ello tengo que pasar en la iglesia todo el santísimo dia, como D.ª Jesusa, le pasaré y tres más, aunque me muera allí de humedad y de debilidad de estómago.

Estas eran las razones en que Petra se fundaba para pedir al Señor una nueva gracia. ¡Y vénganme ustedes ahora diciendo que eso era ya pedir gollerías!

Iban pasando años, y Petra tenía ya tres ó cuatro chicos que cabian bajo un celemin; pero aunque no habia dejado pasar ni una lotería sin jugar algo, aunque fuera poco, en compañía de D.ª Jesusa y otras vecinas, y aunque habia tenido la buena idea, inspirada por D.ª Jesusa, que estaba en todo, de ofrecer á las ánimas benditas la décima parte de lo que le tocase, no habia sacado un cuarto.

Lo que es la falta no era suya, porque la pobre ponia de su parte cuanto le era posible para que el Señor le concediera la nueva gracia que con tanta ánsia le pedia hacía años. Para conseguirla del Señor, se habia resignado á que su marido la aborreciera, y áun á que más de cuatro veces le cascase las liendres de firme, á pesar de ser un bendito de Dios.

Como todo el dia se pasaba en la iglesia, como doña Jesusa, pide que pide al Señor la gracia que tanto ambicionaba, en su casa todo andaba patas arriba; los chicos en camisa, sucios, desgreñados, sin saber siquiera persignarse; el marido, roto, sin camisa que mudarse, y sin gobierno en la comida, ni en nada; en fin, que en aquella casa todo era una perdicion.

En casa de D.ª Jesusa sucedia dos cuartos de lo mismo; pero allí, del mal el ménos, porque D.ª Jesusa no tenía hijos, y su marido, que tenía más posibles que el de Petra, viendo que su mujer no paraba en casa, ni en ésta encontraba él calor, ni cariño, ni nada, se las habia arreglado al fin con una viuda guapetona, fresca y querenciosa, que vivia en la casa de al lado, y allí se las componia muy ricamente para comer, para vestir, para hablar, para distraerse; en fin, para todo.

Petra no dejaba de conocer el sacrificio que le costaba lo que hacía para obtener del Señor la gracia que le pedia inútilmente hacía tanto tiempo, pero se resignaba á aquel sacrificio esperando que tanto ella como su marido y sus chicos se habian de desquitar de todo cuando el Señor le concediese la suspirada gracia.

Ademas, Petra estaba muy conforme con lo que doña Jesusa le decia.

—Hija, le decia D.ª Jesusa, lo que mucho vale mucho cuesta. Lo que yo busco es solamente el cielo, que de seguro me habrá concedido ya el Señor, porque desde chiquirritita me paso la vida en la iglesia, y no como hace la generalidad de las gentes, que sólo entran en ella, como quien dice, para cubrir el expediente; pero tú bus-

cas áun más que yo, porque buscas, ademas del cielo, el premio gordo de la lotería. Conque, hija, aguanta todo lo que en tu casa te sucede; que, como dice el refran, no se cogen truchas á bragas enjutas.

Naturalmente, la pobre Petra, oyendo estos consejos de D.ª Jesusa, á quien todos, y ella la primera, tenian por una santa, continuaba pasándose el dia y áun parte de la noche en la iglesia.

Sobrevino en el pueblo una epidemia, de que moria gente como chinches, y el médico encargó á todos los vecinos que se guardasen mucho de la humedad, porque esto era lo primero que habia que hacer para preservarse de tan pícaro mal.

La iglesia del pueblo era muy húmeda, pero á pesar de eso D.ª Jesusa y Petra continuaban pasando en ella todo el dia, porque, lo que ellas decian: «Nadie se muere hasta que Dios quiere.»

Muchísima razon tenian en esto último, pero caten ustedes que, aunque la tuvieran, una noche, despues de ir de la iglesia, las dos se sintieron malas, y mal fué que á la mañana siguiente las dos eran difuntas.

Esta es la primera parte del cuento de *La Obligacion y la Devocion*, y ahora oirán ustedes la segunda parte, que verdaderamente es maravillosa, y se supo por medio no ménos maravilloso, dispuesto, sin duda, por Dios para que en este mundo se disipase alguno de los muchos errores que hay en punto á la manera de servir á Su Divina Majestad.

III.

Ántes de empezar la segunda parte del cuento de *La Obligacion y la Devocion*, van ustedes á oir cómo se supo lo que á la pobre Petra, y áun á su amiga y consejera D.ª Jesusa, les pasó al ir al otro mundo.

Pocos dias despues de haber enviudado se acostó Anton rezando y llorando por la difunta, porque, como era tan buenazo, no tenía corazon para guardar rencor á nadie, y ménos á una muerta, y ménos aún á la madre de sus hijos. Sí, el buen Anton lloraba muy de véras su viudez, á pesar de que le habia caido la lotería el dia que murió su mujer..... ¡Qué! ¿se rien ustedes maliciosamente creyendo que esto lo digo con segunda? No hay segunda que valga : el dia que murió Petra salió premiado con diez mil duros el último décimo de la lotería que la difunta habia comprado y encontró Anton en su faltriquera.

Pero volvamos al caso prodigioso que á Anton le sucedió en la cama. Quedóse dormido pensando en Petra, y al despertar del primer sueño notó que su mujer estaba á su lado en la cama como cuando vivia, y lo verdaderamente maravilloso es que en aquel instante no se acordaba de que su mujer habia muerto.

—Si vieras, Anton, le dijo Petra, ¡qué sueño tan extraño y áun horroroso acabo de tener! He soñado que me habia muerto.....

—¡Ave-María Purísima! ¡No lo permita Dios, mujer! exclamó Anton.

Y como en algo se han de entretener los casados cuando se desvelan en la cama, Anton pidió á su mujer que le contára aquel sueño, ya que se habian despabilado, y Petra le contó lo que constituye la segunda y maravillosa parte del cuento de *La Obligacion y la Devocion*, que luégo oirán ustedes.

Al despetar Anton por la mañana, no vió, por supuesto, á su mujer á su lado; y no extrañó el no verla, porque demasiado recordaba entónces que su mujer habia muerto. De lo que no le quedaba la menor duda era de que la habia tenido á su lado en la cama al despertar del primer sueño, y de que entónces no se acordaba de que habia muerto, y de que habia oido de sus labios la maravillosa historia de lo que les habia sucedido á ella y á doña Jesusa al ir al otro mundo.

Creyendo Anton que aquello era milagrosa revelacion de Dios, dispuesta para disipar uno de los muchos errores que hay en punto á la manera de servirle, creyó tambien que debia divulgarla por todo el pueblo, como lo hizo, y gracias á esto lo van á saber ustedes, despues de enterarse de cómo lo supe yo, con lo que evitamos que salgan ustedes con la pata de gallo de costumbre, que consiste en decir que nadie sabe lo que pasa en el otro mundo, porque de allí nadie vuelve.

Oigan ustedes, pues, lo que les pasó á Petra y á doña Jesusa despues que se fueron al otro mundo.

Se encontraron por casualidad al salir de éste, y como es consiguiente, se alegraron mucho de este encuentro, porque así podian hacer el viaje en amor y compañía.

Como es de suponer, lo que les preocupaba más que todo era lo que les iba á pasar al fin de la jornada, y sobre esto trabaron conversacion apénas se saludaron.

—¿Qué le parece á V., D.ª Jesusa, que será de nosotras cuando lleguemos delante de S. M.? preguntó Petra á su amiga y compañera. Yo, si le he de decir á usted la verdad, no las tengo todas conmigo, porque si es cierto que desde que murieron mis padres, y sobre todo desde que me casé, he seguido el santo ejemplo de usted pasando casi toda la vida en la iglesia, tambien lo es que ántes, por atender á las cosas mundanas, apénas ponia en ella los piés más que el dia de fiesta, y áun entónces era de prisa y corriendo.

—Chica, le contestó D.ª Jesusa, hablándote con franqueza, te diré que si yo me hallára en tu caso, no me llegaria la camisa al cuerpo. Yo no sé si en el tribunal de Dios valdrán recomendaciones; pero puedes estar segura de que, si valen, poco he de poder yo ó te he de sacar adelante.

—¿Eso es decir que V. está segura de su salvacion?

—¡Ave-María Purísima! Pues, mujer, podia no estarlo habiendo pasado la vida en la iglesia desde chiquirritita, y no como tú, que la mitad de la tuya ha sido dominguera.

—Verdad es, señora; pero tambien lo es que yo tengo un padrino muy bueno, que es el glorioso santo de mi nombre. Yo creo que, siendo mi tocayo portero del cielo, y no habiéndome olvidado nunca de rezarle el primer Padrenuestro al entrar en la iglesia, no ha de negarme la entrada.

Doña Jesusa al oir esto se sonrió con aire de compasion, como diciendo : «Esta pobre chica vive de ilusiones, y me parece que, si yo no saco la cara por ella, va al chicharrero.»

Hablando, hablando así, continuaron Petra y D.ª Jesusa, y alcanzaron á otra mujer que iba un poco delante de ellas y se habia sentado á descansar en un guardaruedas á la orilla del camino.

Saludáronse las tres, y trabando conversacion, continuaron juntas su jornada, charla que te charla, como es propio de mujeres áun en ocasiones tan sérias como aquélla, si es que alguna puede serlo tanto.

La recien encontrada se llamaba D.ª Justa y era de un pueblo inmediato al de D.ª Jesusa y Petra.

Pareciéndole á D.ª Jesusa que hacía el viaje como temerosa y triste, le preguntó la causa de ello.

—¡Quién, exclamó, puede ir ante el tribunal de Dios sin temor é incertidumbre!

—¿Quién? replicó D.ª Jesusa; todo el que haya hecho méritos para salvarse. Aquí me tiene V. á mí, que voy con la mayor tranquilidad, porque desde chiquirritita he echado enhoramala las cosas mundanas para pensar sólo en la otra vida, por más que de soltera les supiese muy mal á mis padres, y de casada le supiese áun peor á mi marido.

—¡Ay, dichosa V., que ha podido hacerlo!

—Pero..... vamos á ver, ¿qué es lo que ha hecho usted para servir á Dios miéntras ha vivido? Pudiera suceder que sus temores fuesen infundados, porque más de una vez he oido yo decir á personas, al parecer muy discre-

tas, viéndome dejar la iglesia para comer algo en casa y volver á la iglesia con el bocado en la boca : «¡Si Dios es lo justo que de Él es de suponer, muchos tizonazos tienen que llevar en el infierno estas beatonas!»

Doña Justa contó ce por be su vida, que se parecia mucho á la que Petra habia hecho hasta que supo por boca de D.ª Jesusa que los favores de Dios eran proporcionados al más ó ménos tiempo que se empleaba en las prácticas religiosas. En resumidas cuentas, su historia era la que V., D. Antonio, explica en aquellos versos del *Libro de las montañas*, que dicen, si mal no recuerdo :

La historia de la mujer
que me parece mejor
es la que en resúmen dice:
«Amó, rezó y trabajó.»

Ó en otros términos : habia amado á Dios y á la humanidad; habia rezado por la felicidad propia y la ajena, y habia trabajado por el bien ajeno y el propio.

—Pues, hija, le dijo D.ª Jesusa, despues de oirla, siento darle á V. un mal rato ; pero yo soy muy franca, y en ocasiones como ésta está una más obligada que nunca á decir la verdad : tiene V. motivos más que sobrados para acercarse temerosa al tribunal de Dios, porque ha sido V. lo que nosotras llamamos dominguera. Ya ve usted, esta pobre chica no las lleva todas consigo, á pesar de que no ha sido dominguera más que media vida; y ¡qué no deberá temer V., que lo ha sido toda! ¡Hija, eso de ser dominguera es muy cómodo, pero se paga caro en la otra vida!

En esta conversacion iban las tres viajeras, cuando divisaron tres grandes edificios : el del centro, resplandeciente como el oro; el de la derecha, pardo con un visito verde, y el de la izquierda, negro como el pecado, de cuyas señas dedujeron : que el primero era el cielo; el segundo, el purgatorio, y el tercero, el infierno.

Conforme se fueron acercando, se fueron convenciendo de que no se habian equivocado en cuanto á la calificacion de aquellos edificios. Delante de las puertas del cielo habia una gran plaza, de la cual partia un camino en direccion al purgatorio, y otro en direccion al infierno.

El apóstol San Pedro, con un manojo de llaves en la mano, conversaba con su amigo y compañero el apóstol San Pablo á las puertas del cielo, por cuyas rendijas salia un resplandor que enamoraba. En el arranque del camino del purgatorio se veia un ángel de aspecto á la vez amoroso y triste, y en el arranque del camino del infierno estaba el diablo con unas uñas que el verlas ponia los pelos de punta.

Petra y D.ª Justa se echaron á temblar de incertidumbre y miedo al acercarse á la plaza y ver aquello; pero D.ª Jesusa, por el contrario, miró con compasion á sus compañeras, como diciendo : «¡ Ya están aviadas estas pobrecillas!», y se llenó de alegría pensando : «¿ Yo qué tengo que ver con que las uñas del diablo sean largas ó cortas?»

Al ir á pasar por delante del diablo, Petra y D.ª Justa torcieron á mano derecha, alejándose de él llenas de miedo; pero D.ª Jesusa, por la inversa, más bien que alejarse de él, se acercó, como desafiándole.

—¡Alto ahí las tres!, les dijo el diablo; que las tres teneis que venir conmigo.

Petra y D.ª Justa se detuvieron silenciosas y aterradas, pero D.ª Jesusa empezó á chillar y á poner de vuelta y media al diablo. Éste alargó sus tremendas uñas hácia las tres, y las atrajo á sí, intimándolas que tomáran el camino del infierno, pues las tres le pertenecian.

Petra y D.ª Justa, como estaban más muertas que vivas, apénas se encontraban con aliento para replicar; pero D.ª Jesusa empezó á gritar como si la desolláran viva.

San Pedro, que, distraido en su conversacion con su compañero y amigo San Pablo, no habia reparado en la llegada de las viajeras, volvió la vista al oir aquellos gritos, y enterándose de lo que pasaba, echó á correr en su auxilio, desatándose, con razon, en amenazas contra el diablo, que tenía la audacia de juzgar por sí y ante sí á las gentes llamadas ante el tribunal de Dios, único que tenía derecho á fallar sobre el premio ó castigo que cada una merecia.

—¡Cuidado, decia el glorioso portero del cielo, que es mucha la desfachatez del cornudo ese! Si le dan el pié, se toma la mano. Ya podia imitar el ejemplo del pobre ángel, que no se mueve de su camino del purgatorio, resignado, con tanto amor como dolor, á cumplir lo que el Señor le mande. ¡Y como quien no dice nada, está entre las que ese canalla de uñas largas quiere llevarse á su horrible freidero una tocaya mia, que me tiene rezados más Padrenuestros que pelos tengo en la cabeza! ¡Ya le arreglaré yo las cuentas á ese desvergonzado!

Oye, tú, mala traza, á ver si dejas en paz á esas pobres mujeres, que nada tienen que ver contigo.

—¿Cómo que no tienen que ver? replicó el diablo. Las tres son mias y muy remías.

—¡Sí, no te untes!

—No me untaré, pero untaré de alquitran á las tres y les pegaré fuego.

—Yo sí que te voy á pegar á tí un llavazo que te rompa el alma. ¡Largo de aquí, poca vergüenza!

El diablo retrocedió á su puesto al ver la actitud amenazadora del santo portero, que blandia el manojo de llaves como dispuesto á darle para castañas, y en aquel instante el Señor, avisado por San Pablo de lo que pasaba fuera, apareció en las puertas del cielo, inundando de resplandor la plaza.

El diablo, cuyo mayor tormento es no poder ver la cara de Dios, se tiró al suelo al anunciar aquel resplandor la presencia de Su Divina Majestad, y sepultó su hedionda cabeza en un hoyo que hizo con los cuernos en la tierra.

El Señor hizo seña al glorioso portero y á las mujeres para que se le acercáran.

Despues de reconvenir amorosamente al santo anciano por la viveza de su genio, que siempre le habia hecho perder la paciencia en ménos que canta un gallo, invitó á las mujeres á que cada cual le diese cuenta de toda su vida, empezando por la que la habia tenido más corta, que era Petra, mucho más jóven que sus compañeras.

Cuando terminó Petra su relacion, su santo tocayo la recomendó eficazmente á la indulgencia del Señor, teniendo en cuenta los muchos Padrenuestros que le ha-

bia rezado, y lo mismo hizo con D.ª Jesusa, con un aire de proteccion que hizo al Señor sonreir misericordiosamente.

Terminada la relacion de las tres mujeres, el Señor llamó al ángel y le dijo, señalando á Petra:

—Ángel, llévate esta mujer al purgatorio, donde se purifique del error de la mitad de su vida, para venir, despues de purificada, á gozar de las inefables y eternas delicias de mi reino.

—Señor, se atrevió á decir Petra en tono de quien pide perdon y misericordia, es verdad que durante media vida sólo he ido á la iglesia cuando mis ocupaciones me lo han permitido.....

—Pues eso, la interrumpió el Señor, y la recomendacion de Pedro, y el buen, aunque mal entendido, deseo con que despues abandonabas tus principales y sagradas obligaciones para ir á la iglesia, es lo que te libra de ir al infierno.

El ángel, á la vez lleno de amor y dolor, tomó el camino del purgatorio conduciendo á Petra.

Llegaba á D.ª Jesusa el turno de oir su sentencia, que esperaba sonriendo de triunfal confianza. Esta sentencia fué formulada por el Señor en estos terribles términos, dirigidos al diablo, que continuaba con la cabeza humillada y hundida en el suelo:

—Hediondo ministro de mis supremas justicias, cuando las puertas del cielo se cierren tras mí, llévate á tus espantosos dominios á esta desgraciada, que pasó toda su vida sin comprender que ántes es la obligacion que la devocion.

Y al decir esto, el Señor señaló á D.ª Jesusa, que empezó á chillar como una condenada.

—Pedro, añadió el Señor, dando amorosamente el brazo á D.ª Justa, ábrenos las puertas del cielo; que me llevo conmigo á esta predilecta amada, que debe sentarse eternamente conmigo á la diestra de mi Padre, por haber comprendido durante toda su vida que, si santa es la devocion, deja de serlo, convirtiéndose en negro pecado, cuando para practicarla se abandonan los sagrados y primordiales deberes de la sociedad y la familia.

Y miéntras en el cielo resonaban dulces cánticos de regocijo por la llegada de la mujer que habia abandonado la tierra con la doble corona de la devocion bien entendida y de la obligacion bien desempeñada, resonaban en el infierno horribles aullidos de gozo por la llegada de la que la habia abandonado sin comprender lo que debe ser la devocion ni lo que debe ser la obligacion.»

Así terminó su cuento el labrador de Basagóiti, á quien oí con tanto más gusto, cuanto que ya habia echado yo á volar por esos mundos una copleja que, inspirada en el optimismo que el buen Marcelino me ha echado en cara, decia:

«La mujer que por la iglesia
deja el puchero quemar
tiene la mitad de diablo,
y de ángel la otra mitad.»

EL TEN-CON-TEN.

EL TEN-CON-TEN.

I.

Este era un jóven monarca (ignoro si del sexo masculino ó del femenino, pues la tradicion popular sólo le da el ambiguo nombre de monarca) que se propuso, al empezar su reinado, hacerse amar de todos sus súbditos por medio del ten-con-ten, ó lo que es lo mismo, procurando complacer á todos.

Firme en este propósito, que por inspiracion propia, y no por consejo ajeno, habia adoptado como base de su difícil mision de reinar en un pueblo dividido y encismado por la pícara política, quiso completar su plan de conducta gubernamental oyendo los consejos del general Robles, que habia sido ministro y consejero muy amado del rey, su augusto padre.

El general Robles, más conocido por este nombre que por su título de Duque de no sé qué pueblo, donde habia alcanzado una gran victoria sobre extranjeros invasores de la patria, era un venerable anciano.

Hijo de honrados y pobres labradores, habia ingresado en la milicia como soldado raso, y á fuerza de tiempo, de

talento, de valor, de patriotismo y de honradez, habia ascendido á General, y de General á Duque, y de Duque á Ministro, y de Ministro á todo lo más á que entónces se podia ascender, que era el calificativo de ilustre, que ahora se planta á cualquier cabecilla de motin triunfante.

Las genialidades del general Robles eran muy célebres y enamoraban al Rey mismo. Como muestra de ellas, voy á citar una.

Con motivo de la heroica y larga guerra sostenida para arrojar de la patria al extranjero, y en que tan gloriosa parte habia tomado el general Robles, el tesoro andaba tan mal, que se debian una porcion de pagas á los servidores del Estado, incluso los militares. El dia de los Santos Reyes nevaba si Dios tenía qué, en el momento en que acudian al besamanos de Palacio todos los altos funcionarios de la córte. El Rey esperaba alguna genialidad del general Robles, que nunca se presentaba á S. M. sin hacer lo que el Rey llamaba alguna de las suyas. La admiracion del Rey y de toda la córte fué grande cuando vieron aparecer al General de completo uniforme de verano.

—¿Qué es eso, Robles? le preguntó S. M. entre enojado y risueño.

—Señor, contestó el General, como admirado de la pregunta, no sé lo que quiere decirme V. M.

—¿Cómo te atreves á presentarte de uniforme de verano en un dia de Enero tan frio como éste?

—Señor, permítame V. M. decirle que se equivoca al decir que estamos en Enero, pues en lo que estamos es en Julio.

—¿Cómo que en Julio, hombre?

—Señor, no tengo en ello la menor duda.

—¿Por qué?

—Por que mi calendario es la nómina, y ayer cobré la paga de Junio.

El Rey rió mucho con esta salida, y encargó en el acto á su Ministro de Hacienda que se pagasen al dia siguiente todos sus atrasos á los servidores del Estado y se cuidase de que en lo sucesivo fuese la nómina calendario infalible.

El jóven monarca, que habia oido á su augusto padre contar regocijado infinitos rasgos de ingenio, de noble franqueza y de sabiduría práctica del general Robles, llamó á su presencia al ilustre anciano, que sin dejar de inspirarle cariño verdaderamente filial, le inspiraba tal veneracion, que era el único de sus súbditos no revestidos de dignidad eclesiástica á quien daba tratamiento de *usted.* A propósito de esto, el general Robles decia un dia al jóven monarca:

—Me debe tratar V. M. lisa y llanamente de *tú*, pues el tuteo del superior al inferior implica un sentimiento de paternal cariño, que no se paga con dinero.

Soy de la opinion del general Robles. Yo tenía un perro muy inteligente y leal, que cuando le llamaba tuteándole se volvia loco de alegría, y cuando le llamaba diciéndole: «¡Venga V. acá!», el pobrecillo temblaba como un azogado y no se atrevia á acercarse á mí.

—Querido Robles, dijo el jóven monarca al anciano, á quien habia hecho sentar familiarmente á su lado, le he llamado á V. porque necesito de sus consejos,

que no tienen para mí precio procediendo de donde proceden.

—V. M. me honra mucho más de lo que merezco.

—No; le honro á V. ménos de lo que se merece. Su larga experiencia de la vida y de los asuntos públicos, su amor á la patria, su adhesion y lealtad á mi padre, sus servicios al Estado, y la noble franqueza de su carácter, le hacen á V. digno de que yo le consulte al comenzar mi reinado sobre la conducta que debo seguir en mi difícil empresa. Si me dijese V. que no es digno de esta consulta, no me diria la verdad, y eso sí que sería indigno de V.

—Tiene V. M. razon : soy digno de que V. M. me consulte y oiga mis consejos.

—Así, así le quiero á V., amigo Robles, porque así fué V. para con mi padre, y así debe ser para conmigo. He pensado mucho en lo que debo hacer para que me amen todos mis súbditos y se unan en mi reino todas las voluntades, divididas y enconadas por los odios y encontrados intereses políticos, y me parece haber dado con el cimiento del hermoso edificio que pretendo levantar; pero todo edificio consta de partes muy importantes y esenciales ademas del cimiento, y para idear esas partes y perfeccionarlas necesito la ayuda y el consejo de usted.

—V. M. sabe muy bien que cuando un arquitecto abandona la direccion de un edificio apénas la obra estaba fuera de tierra, y se llama á otro que la continúe, este otro lo primero que examina es el cimiento, para saber á qué atenerse en lo que va á edificar sobre aquella

base. ¿Cuál es el cimiento que V. M. ha ideado para su noble y hermoso edificio?

—Uno tan sencillo como seguro : complacer á todos mis súbditos, blancos y negros, altos y bajos, porque entiendo que el monarca con relacion á sus súbditos es como el padre con relacion á sus hijos, que todos le parecen y deben parecerle hermosos y dignos de su cariño.

—¿La política del ten-con-ten, no es verdad, señor? Pues tengo el sentimiento de decir á V. M. que ese cimiento, por más que sea en apariencia sólido y hermoso, en realidad es falso y feo. Si V. M. me lo permite, le voy á contar un cuento que no debe V. M. echar en olvido durante su reinado, so pena de recordarle alguna vez llorando.

—Le oiré, querido Robles, con mucho gusto, porque los cuentos contados por los de corazon sano é inteligencia madura, como lo son el corazon y la inteligencia de usted, no son triviales reideros, como el vulgo, y muchos que no son vulgo, pretenden.

—Tiene razon V. M. : el cuento como debe ser, hasta tiene en los fastos religioso-literarios señalado un orígen santo, pues la parábola de Jesus es generadora del cuento popular; la idea extraña penetra en nuestro entendimiento y arraiga en él tanto más fácilmente cuanto con traje ménos extraño para nosotros llega vestida. ¿Qué hizo Jesus al decir á su santa y fecunda idea : «Vé y penetra y mora en el entendimiento de las gentes de buena voluntad»? Vistióla de la sencilla túnica que aquellas gentes estaban acostumbradas á ver y amar, y la

idea así vestida penetra en el entendimiendo del pueblo, no como huésped extraño, sino como huésped familiar y amado, que regocija el hogar á cuya puerta llama. Así es el cuento popular siempre que, no contento con imitar la sencilla túnica de la parábola de Jesus, imita tambien la santa idea de la misma parábola.

—Ah, querido Robles, ¡cuánto me enamoran la luz de esa inteligencia y el calor de ese corazon! ¿Puede alumbrar las tinieblas de mi inteligencia el cuento popular que V. va á contarme?

—Ciertamente que, si yo le contase bien, derramaria no escasa luz en la clara inteligencia de V. M.

—Pues apresúrese V. á contármele, mi querido amigo, digo mal, mi querido padre, porque como á padre le amo y respeto á V.

El general Robles necesitó algunos instantes para reponerse de la emocion que le causaron aquellos testimonios de cariño del jóven monarca, y en seguida contó á éste el cuento que voy á divulgar para enseñanza de candorosos y buenos, y remordimiento y afrenta de egoistas, sacrílegos é ingratos.

II.

«En un pueblo de Castilla llamado Animalejos, erigieron los labradores una ermita á San Isidro, á poco tiempo de ser canonizado el santo labrador matritense, y aquel santuario fué adquiriendo gran fama en toda la

comarca, por los favores que otorgaba el Santo á los que los pedian con verdadera fe.

Andando el tiempo, la ermita se arruinó, y en tal estado se hallaba hácia mediados del siglo presente. Los vecinos de Animalejos, poco peritos en efemérides histórico-religiosas, decian que la ermita se arruinó en el primer tercio del siglo XVI, con motivo de la guerra de las Comunidades, que tantos desastres causó en Castilla la Vieja, y áun en Castilla la Nueva; pero los vecinos de los pueblos cercanos les daban matraca llamándoles, no se sabe por qué, «los que arcabucearon al Santo»; insulto que sacaba de sus casillas á los animalejeños y daba ocasion á tremendas palizas.

Es verdad que hacía siglos no quedaba de la ermita más que un montoncillo de ruinas; pero se conservaba por tradicion, así en Animalejos como en los pueblos inmediatos, la devocion al santo patrono de los labradores.

Dícese que cuando el rio suena agua lleva; pero aquella devocion de los animalejeños á San Isidro bastaba para desmentir, si no bastára su propia y sacrílega enormidad, la acusacion de haber arcabuceado á San Isidro los animalejeños.

Habia en Animalejos un sujeto, llamado por mal nombre el tio Traga-santos, y digo que era llamado así por mal nombre, porque se lo llamaban por la única razon de que buscaba en Dios y en sus elegidos el consuelo de sus tribulaciones y las ajenas.

Las ruinas de la ermita de San Isidro estaban en las afueras de Animalejos, en un cerrillo que dominaba toda

la vega. No pasaba una sola vez por allí el piadoso Traga-santos sin arrodillarse sobre ellas y llorar la destruccion del templo.

El dia de San Isidro el tio Traga-santos cubria de flores aquellas sagradas ruinas; colocaba sobre ellas una mesita cubierta con un blanco mantel; en este sencillo é improvisado altar ponia, entre dos velas, una tosca imágen de San Isidro hecha de barro, circunstancia que para él constituia su mayor mérito, pues se la habian llevado de Madrid, y suponia que aquel barro procedia de la tierra regada con el sudor del santo labrador, y pasaba casi todo el dia rezando entre aquellas ruinas.

El sueño dorado de toda la vida de Traga-santos habia sido ir á Madrid, gustar en su propio manantial el agua brotada milagrosamente al golpe del regaton de Isidro, y orar en el templo erigido al Santo en los campos que éste regó con el sudor de su frente.

Era ya viejo, y temeroso de dejar este mundo sin realizar aquel piadoso sueño, determinó al fin emprender su peregrinacion á Madrid, y así lo hizo, llegando á las orillas del Manzanáres víspera de la fiesta del glorioso San Isidro. La emocion que sintió al divisar materialmente los campos donde se realizó el poema, á la par sencillo, maravilloso y santo, de la vida de Isidro y su santa compañera María de la Cabeza, es para pensada, y no para referida.

—¡Señor, decia para sí, qué felices son los madrileños, que tienen la gloria de poder llamar compatriota suyo al bendito Isidro, y poco ménos á la bendita María de la Cabeza! ¡Qué dicha la suya, pues pueden desde su

propio hogar contemplar todos los dias los campos donde vivieron en carne mortal los santos labradores! ¡Y con qué santo regocijo y piadoso recogimiento de espíritu discurrirán por aquellos campos, pondrán su planta donde Isidro y María pusieron la suya, y se inclinarán á cada paso á besar aquella tierra, que Isidro regó con su sudor y los ángeles santificaron con su presencia, bajando á ella para regir el arado del bendito labrador!

Pensando así, el tio Traga-santos esperó el alba del siguiente dia, y así que el alba despuntó se encaminó á los collados de San Isidro.

Antes de pasar el Manzanáres, oyó hácia aquellos collados y la pradera interpuesta entre el rio y ellos, confuso, interminable y atronador murmullo de la muchedumbre, y dijo, lleno de piadosa emocion:

—¡Ah, qué bien comprende el gran pueblo madrileño la incomparable dicha que goza de ser Madrid cuna de San Isidro, y sus campos teatro de los milagros del santo labrador! ¡Hé ahí á ese piadoso y gran pueblo orando en alta voz para glorificar al Santo y pedirle el remedio y el consuelo de los males de la patria!

El alma se le cayó á los piés al pobre Traga-santos cuando apénas pasó el Manzanáres se encontró con que aquel confuso y atronador murmullo de la muchedumbre congregada en torno del santuario y de la milagrosa fuente se componia, no de piadosos himnos y plegarias, sino de blasfemias, de obscenidades, de cantares profanos y de gritos, cuando ménos locos é inspirados por la embriaguez. ¡Y su corazon se estremeció de espanto cuando supo que en aquellos benditos campos habia que es-

tablecer todos los años, al llegar el dia consagrado á glorificar al santo y sencillo labrador, que hasta cuidaba de las avecillas del cielo, un juzgado y un hospital para reprimir el crímen y proteger á sus víctimas!

Bebió el agua milagrosa, mezclándola con las lágrimas que arrancaban á sus ojos la piedad y el dolor, y penetró en el santuario, donde pasó orando y llorando la mayor parte de la mañana.

Cuando salió á recorrer aquellos campos, hollados por la planta del santo labrador, vió que el cielo se habia nublado, y oyó decir á las gentes que se le iban á mojar las polainas al Santo.

Esta frase causó honda pena á Traga-santos, porque le pareció irrespetuosa, y más, proferida en el aniversario del tránsito del bienaventurado labrador al cielo, y mucho más en boca de los compatriotas de Isidro, y muchísimo más pronunciada en el suelo santificado con la planta y los milagros de tan gran santo.

De repente empezó á llover con violencia, pero cesó la lluvia á corto rato; y ¡ cuál no sería el asombro del sencillo creyente vecino de Animalejos cuando vió que una porcion de mujeres, cuyos puestos de dulces, juguetes de niños, campanillas y santos de barro y todo género de baratijas habia averiado la lluvia, se encaminaban irritadas hácia la ermita, recogiendo piedras del suelo y se ponian á apedrear á una imágen de San Isidro colocada sobre el pórtico de la ermita, llenando de improperios al Santo porque, segun decian, le habian llenado de cuartos el cepillo y habian quemado en su altar no sé cuántas velas para que hiciera que no lloviese, y el Santo era

tan desagradecido, que habia hecho precisamente todo lo contrario!

—¡Pero no ven ustedes qué judiada la de esa gente! exclamó Traga-santos escandalizado, dirigiéndose á un grupo de lugareños de ambos sexos que estaban á su lado presenciando aquella sacrílega pedrea.

—Pues aguarde V. un poco, le contestó uno de los lugareños con asentimiento de los demas; que en cuanto acaben de tirar piedras ésas, vamos á empezar nosotros.

—¿Por qué? les preguntó Traga-santos sorprendido é indignado, tanto más, cuanto que entónces reparó que cada lugareño tenía una piedra en la mano.

—¿No ve V. qué claro se vuelve á poner el cielo? ¡Lo que es de esta hecha voló la lluvia! ¡Y nosotros, pedazos de burros, que hemos andado diez leguas y hemos gastado un dineral en misas y luces y limosna al Santo para que lloviera, pues tenemos el campo quemado!..... ¡Al fin gato de Madrid habia de ser él! La culpa tiene ¡voto á brios! el que se fia.....

Traga-santos, horrorizado, no quiso oir el resto de la frase, y se apresuró á volver á la ermita para pedir al Santo, con los ojos arrasados en lágrimas, que detuviese con su intercesion la mano de Dios, sin duda levantada ya para castigar terriblemente al pueblo español por aquellos sacrilegios.

Al volver á pasar el Manzanáres para tornar á Madrid, oyó que le decian:

—¡Vaya V. con Dios, paisano!

Volvió la cabeza y vió que quien se lo decia era una

viejecita que iba repasando el rosario, y le dijo que era de un pueblecito cercano á Animalejos, por lo cual habia conocido en el traje que era paisano suyo.

Trabaron conversacion, y como la paisana le preguntase qué tal le parecia Madrid, el tio Traga-santos le contestó:

—Estoy indignado con las judiadas que he visto en esta tierra. A los de Animalejos nos dicen que si hicimos ó dejamos de hacer con San Isidro, pero nunca se ha visto allí cosa que se parezca á la que yo he visto aquí.

—¿Pues qué es lo que V. ha visto, paisano?

—¡Calle V., señora, que sólo con recordarlo se le ponen á uno los pelos de punta! He visto apedrear al Santo y ponerle de picardías que no habia por dónde cogerle, so pretexto de si consiente que llueva ó deje de llover.

—¡Ay, paisano! de poco se admira V. El año 1856 vi yo mucho más.

—¿Pues qué más pudo V. ver, señora?

—Vi á unos milicianos nacionales, de los que estaban de piquete en la romería, fusilar al Santo bendito porque habia caido un chaparron que los habia puesto como una sopa. Y por cierto que lo pagaron bien caro, porque pocas semanas despues los fusiló O'Donnell á ellos.

—Señora, vaya V. mucho con Dios y no calumnie á nadie con capa de santidad.

—Buen hombre, yo no calumnio á nadie.

—¿Usted cree que yo me mamo el dedo? Eso es que, como le he recordado á V. el cuento con que nos dan cordel á los de Animalejos, quiere V. con indirectas divertirse conmigo.

La viejecita trató de replicar al tio Traga-santos; pero éste se alejó sin escucharla, indignado de que una mujer de sus años y su apariencia de santidad anduviese con bromas, que eran simplemente infames calumnias.

Y al dia siguiente tomó el camino de su tierra, firmemente decidido á desagraviar al santo labrador reedificando la ermita de Animalejos y fomentando en ella el culto, que esperaba fuese allí más sincero y desinteresado que el que recibia San Isidro en Madrid, en el pueblo que al parecer en tan poco tenía el ser patria de tan gran santo.

III.

Traga-santos vendió hasta los clavos de su casa para realizar su propósito de reedificar la ermita de San Isidro; y como aquello no bastase, anduvo de pueblo en pueblo pidiendo limosna para tan santa obra, por cierto con mucho fruto, particularmente en Cabezudo y Barbaruelo.

Al fin tuvo el consuelo de ver restablecido en Animalejos el santuario del bendito labrador, más grande y más hermoso que el antiguo, á juzgar por los cimientos y las ruinas que del antiguo quedaban.

Hubiera sido gran dicha para Traga-santos poder colocar en él la antigua imágen; pero esta imágen habia desaparecido, y fueron vanos todos los esfuerzos que hizo para dar con ella.

Traga-santos ideó un medio muy eficaz de reempla-

zarla ventajosamente. Escribió á Madrid á persona de toda su confianza, encargándole que le enviase un par de sacos de la mejor arcilla que hallase en los cerros de San Isidro, y así que recibió esta bendita tierra, se fué con ella á Valladolid é hizo que le modelase un buen escultor una buena imágen de San Isidro, que bien cocida y pintada, llevó al señor Arzobispo y éste bendijo, concediendo muchas indulgencias á los que rezasen delante de ella.

Volvió Traga-santos á Animalejos con tan preciosa imágen, y una vez colocada en la ermita con gran solemnidad, se dedicó aquel piadoso y sencillo anciano á fomentar el culto y la devocion de San Isidro.

Su santo celo no fué inútil, porque ántes de un año la ermita de Animalejos era uno de los santuarios más concurridos y venerados de toda Castilla la Vieja, á lo que contribuyeron los muchos beneficios que por intercesion de San Isidro y la del mismo Traga-santos habian obtenido de Dios en tan corto tiempo los devotos.

He dicho que la intercesion de Traga-santos habia mediado tambien en la obtencion de estos beneficios, y esto necesita explicarse.

Las gentes que conocian la santidad de Traga-santos y sabian lo mucho que San Isidro le debia, eran de parecer que la mediacion de Traga-santos era poderosísima y eficaz para obtener la del Santo para con Dios.

Así, pues, los que llegaban á la ermita para solicitar algun beneficio, lo primero que hacian era dirigirse á Traga-santos diciéndole:

—Tio Traga-santos, yo necesito esto, ó lo otro, ó lo de más allá. Interceda V. con el Santo para que á su vez

interceda con Dios; que estoy seguro de que ni el Santo le niega á V. nada, ni al Santo le niega nada Dios.

Traga-santos, por más que protestase no ser lo santo que se suponia, sino, por el contrario, el mayor de los pecadores, accedia á aquel ruego, y rara era la vez que su intercesion no diese maravillosos frutos.

Lo que cada vez tenía más disgustado á Traga-santos, era el profundo egoismo y hasta la falta de sentido comun con que muchos acudian á la ermita.

Viendo que, por ejemplo, á un mismo tiempo pedia uno que lloviese á mares y otro que la sequía achicharrase los campos, decia el hombre con muchísima razon:

—Esta gente se va pareciendo á la de tierra de Madrid; lo que prueba que con tal que Pedro y Juan sean hombres, tan bueno es Juan como Pedro. ¡Quisiera yo ver al más pintado, no digo en mi lugar, sino en el de Dios mismo, á ver cómo se las componia para dar gusto á todos! Por ejemplo, absolutistas y liberales se aprestan á venir á las manos. Pues ya tiene V. un absolutista que le marea pidiendo la victoria para los absolutistas, y un liberal que le vuelve tarumba pidiéndola para los liberales. ¿Pues qué, Dios puede hacer que los dos bandos salgan triunfantes? No, señor; eso sólo lo pueden hacer los dos generales en jefe al extender los dos partes oficiales de la batalla.

Traga-santos confió estos disgustos é inconvenientes al señor Cura Párroco de Animalejos, que era hombre de mucho consejo, y le pidió el suyo para salir de los apuros en que los devotos le ponian á él, á San Isidro y á Dios mismo.

—Tio Traga-santos, le dijo el Párroco, ésas son cosas muy delicadas para hombres de tan poco entendimiento como nosotros. Lo único que haré será contarle á usted un cuento, y allá verá V. si le sirve de algo para resolver el problema que tanta guerra le da.

—Venga el cuento, señor Cura; que yo procuraré sacarle toda la miga que tenga.

—Pues oígale V. En un pueblo que llaman Adora-cuernos, que es como debian llamar á Madrid, habia corrida de toros, y uno de los toros era de muerte, que debia darle un mozo del mismo pueblo muy aficionado al toreo. En el momento en que estaban lidiando el toro de muerte, un vecino, de muchos años y de mucho entendimiento, vió á la madre del torero arrodillada á los piés de un Santo Cristo muy milagroso que se veneraba en una calle del pueblo.

—¿Qué hace V. ahí? preguntó á la arrodillada.

—Señor, contestó la buena mujer llorando, ¡qué quiere V. que haga sino rezar! ¡En este instante quizá luchan á muerte mi hijo y el toro, y naturalmente, rezo para que venza mi pobre hijo!

—Mujer, no llore V., que al fin su hijo tiene sobre el toro una gran ventaja.

—¿Y qué ventaja es ésa, señor?

—La de que la madre del toro no sabe rezar.—

Traga-santos era hombre que se confundia y embrollaba cuando para entender las cosas necesitaba cavilar un poco. Así fué que se hizo un ovillo cuando se puso á cavilar para entender lo que el señor Cura Párroco le habia querido decir con aquel cuento.

Como siguiesen en aumento sus disgustos, hijos de su afan por complacer á todos los devotos, y lo contrapuesto de las peticiones de éstos, volvió á consultar al señor Cura á ver si le daba algun consejo más práctico y accesible á su comprension que el encerrado en el cuento de lo ocurrido en Adoracuernos, y el señor Cura le dijo:

—Tio Traga-santos, voy á contarle á V. otro cuento, que de seguro le saca á V. de sus apuros si sabe aprovecharle. Un buen anciano que tenía un hijo labrador y otro tratante en granos, era muy devoto de Santa Ana, por cuya intercesion habia logrado de Dios muchos beneficios para sus dos hijos.

Un dia que el cielo amenazaba lluvia, se le presentaron sucesivamente sus dos hijos, y le dijo el labrador:

—Padre, yo vengo á pedirle á V. un favor, y es que interceda con la gloriosa Santa Ana para que alcance de su Divino Nieto que llueva de firme, porque si no llueve, se me pierde la cosecha y me arruino.

—Está muy bien, hijo, le contestó el anciano.

El tratante en granos llegó poco despues y le dijo:

—Padre, ya ve V. que el cielo amenaza lluvia, y si llueve, la cosecha va á ser este año bárbara, y yo me arruino con la baja del trigo, porque tengo empleado en él todo mi capital. Con que, padre, hágame V. el favor de pedir á la gloriosa Santa Ana que interceda con Dios para que no llueva.

El anciano reunió á sus dos hijos y exclamó, dirigiéndose á ellos:

—Hijos mios, uno de vosotros me pide que interceda con la gloriosa Santa para que llueva de firme, y el otro,

que interceda con la misma gran Santa para que no llueva. ¿Cómo me he de componer para complaceros á ambos, si me pedis cosas enteramente opuestas?

El labrador y el tratante en granos insistieron cada cual en su peticion, y por último, se fueron diciendo cada cual:

—Padre, arrégleselas V. como pueda, pero es indispensable que pida V. á Santa Ana lo que le he dicho.

—¿Cómo creerá V., tio Traga-santos, que salió del paso el anciano?

—Eso es, señor Cura, lo que yo le iba á preguntar á usted.

—Pues salió yendo á la iglesia, arrodillándose delante del altar de Santa Ana y diciendo á la Santa con mucha devocion:

—Vengo á decirle á V., santa abuelita,
que mis hijos me ponen en un potro,
pues el uno que llueva solicita,
y..... que no llueva solicita el otro.
Santa abuelita, yo bien considero
que V. dirá: «Salidas de pavana
de esa naturaleza oir no quiero.»
¡Pues haga V. lo que le dé la gana!

El tio Traga-santos ya comprendió la filosofía de este otro cuentecillo, pero continuó en su vano empeño de complacer á todos los que le pedian que sirviese de medianero entre ellos y el Santo, porque no tenía cara para negar nada á nadie, y era aficionadísimo al ten-con-ten.

Cerca de Animalejos habia dos pueblos que estaban siempre en guerra uno con otro, porque daba la píca-

ra casualidad de que casi siempre eran sus intereses opuestos.

Estos dos pueblos eran Barbaruelo y Cabezudo. Los únicos molinos que habia en aquella comarca estaban en jurisdiccion de estos dos pueblos, que tenian en los molinos del concejo un gran recurso para levantar las cargas públicas. El rio que pasaba por Barbaruelo era muy caudaloso, y el que pasaba por Cabezudo era todo lo contrario. Así sucedia que cuando la sequía era grande, Barbaruelo monopolizaba la molienda de toda la comarca, porque Cabezudo ni áun á represadas podia moler un grano.

Despues de un poco de sequía el cielo se turbó con aparato de lluvia, y contemplándole, decian los de Barbaruelo, muy inquietos :

—¿Si nos irán á fastidiar las lluvias? Si vienen, nos doblan de medio á medio, porque los de Cabezudo muelen ya á represas, y continuando la sequía, ántes de una semana *apandamos* nosotros toda la molienda de veinte leguas en contorno.

Y al mismo tiempo decian los de Cabezudo, contemplando el cielo muy alegres :

—¿Qué va á que las lluvias nos ponen las botas y jorobamos á los de Barbaruelo? Buena falta nos hacen, porque ya hemos empezado con las pícaras represas, y los de Barbaruelo nos birlan ya la mitad de la molienda.

Barbaruelo y Cabezudo acordaron enviar cada cual una comision á Animalejos para ver si por la intercesion del tio Traga-santos, á quien habian dado tanta limosna

para reedificar la ermita, lograban de San Isidro que á su vez intercediese con Dios para que no cayera gota de agua y para que cayera á cántaros, y ambas comisiones se dirigieron casi simultáneamente á Animalejos.

Miéntras esto pasaba en Barbaruelo y Cabezudo, los de Animalejos, que no sabian si alegrarse ó entristecerse contemplando el aparato de lluvia que presentaba el cielo, determinaron rogar al tio Traga-santos que solicitase, por la intercesion de San Isidro, que lloviera y no lloviera, ó lo que es lo mismo, que cayese sólo una rociada de agua, que era lo único que necesitaba el campo de Animalejos.

El tio Traga-santos fué oyendo á unos y á otros, y como no tenía cara para negar nada á nadie, y de unos y otros habia recibido limosna para reedificar la ermita de San Isidro, fué diciendo á todos amén; imitando al devoto del cuento del señor Cura, pidiendo al Santo que hiciera lo que le diese la gana, creyó haber encontrado, en lo posible, aquel medio, que consistia en pedir á San Isidro que no lloviese tanto como querian los de Barbaruelo ni tan poco como querian los de Cabezudo y los de Animalejos.

Apénas el tio Traga-santos habia hecho su oracion al glorioso San Isidro, empezó á llover y no cesó la lluvia hasta bien entrada la noche, en que cesó y se puso el cielo estrellado, con mucha alegría del tio Traga-santos, que dió las gracias al bendito labrador porque le habia complacido á medida de su deseo.

IV.

Amaneció el dia siguiente tan sereno y hermoso, que toda señal de nueva y próxima lluvia habia desaparecido.

—¡Voto á brios, que se ha portado el tio Traga-santos! exclamaban los de Cabezudo. ¡Con la pícara lluvia de ayer ya han empezado á moler á más y mejor los de Barbaruelo, y con cuatro gotas que vuelvan á caer siguen moliendo todo el verano cuanto grano se les presente, y nosotros, que esperábamos ganar un dineral con toda la molienda de veinte leguas en contorno, nos vamos á fastidiar este verano! ¡Por vida de Cristo padre con el tio Traga-santos! ¡Que vuelva, que vuelva por aquí á pedir limosna para su ermita! ¡Qué lastima de fuego en ella y en el ingrato tio Traga-santos, que tal chasco nos ha dado! Porque, si ha llovido ayer á mares, será porque al tio Traga-santos le untaron la mano los de Barbaruelo cuando estuvieron á verle para que pidiese á San Isidro esa condenada lluvia.

—¡Vaya un chasco que nos ha dado el tio Traga-santos! decian los de Barbaruelo. ¡Con un canto en los hocicos nos podrémos hoy dar porque ayer no hubiese existido en el mundo semejante hombre, pues si ayer no cayeron más que cuatro gotas, de seguro se debe á manejos de ese tunante, pues el cielo estaba tan cargado, que prometia un diluvio! ¡De seguro, cuando fueron á verle los de Cabezudo le alargaron buenas amarillas para que

pidiese que no lloviera, y el muy tunante pidió al Santo que lloviese sólo un poco para cubrir el expediente. Ántes de quince dias, ni á represadas podemos moler, y este verano los de Cabezudo ganan el oro y el moro con la molienda, y á nosotros nos tiene que asar á contribuciones el Ayuntamiento para levantar las cargas del pueblo! ¡Vaya, que el tio Traga-santos está agradecido á las limosnas que le dimos para levantar la ermita! ¡Mala centella de Dios tumbe á su ermita y á él, que tan serrana partida nos ha jugado!

Y al mismo tiempo decian los de Animalejos:

—¡Como hay Dios, debemos estar agradecidos al tio Traga-santos por lo bien que se ha portado con nosotros! Más cuenta nos hubiera tenido que el tal Traga-santos no existiera, porque ayer, si al cielo se le hubiera dejado hacer lo que quisiera, sólo hubiera caido un chaparroncillo, que era lo que la vega necesitaba, y con meterse el tio Traga-santos á pedir que llueva ó deje de llover, llovió á jarros y todo el trigo se ha tumbado, y con tanta humedad la roña se le va á comer ántes que cuaje el grano. Milagro será que ántes de caer tanta agua en nuestros campos no cayeran algunas onzas de oro en manos del tio Traga-santos, porque los de Barbaruelo vinieron á verle, y de seguro no le dejaron con las manos peladas. ¡Cuidado que el tal Traga-santos agradece lo que Animalejos ha hecho para ayudarle á levantar la ermita! ¡Y luégo habrá quien se extrañe de que el mejor dia se amotine Animalejos y pegue fuego á la ermita y al ermitaño!

Estas murmuraciones llegaron á oidos del tio Traga-

santos, á quien causaron el mayor sentimiento, porque en lo humano no aspiraba el piadoso viejecito á mayor gloria que la de complacer á todos por medio del ten-con-ten y de ser de todos bienquisto.

Sabedor de que la marejada que se habia levantado contra él en Cabezudo y en Barbaruelo, y hasta en el mismo Animalejos, léjos de cesar, cada vez era mayor, determinó dar un manifiesto á los tres pueblos, sincerándose de las acusaciones de que era objeto, y en efecto, redactó uno concebido en los siguientes términos:

«¡Cabezudenses, barbaruelenses y animalejuenses! Con mucho dolor de mi corazon ha llegado á mi noticia que estais quejosos de mí porque dias pasados no llovió á gusto de todos. Yo os aseguro que hice cuanto estaba de mi parte para complacer á Cabezudo, que queria no cayese gota de agua; á Animalejos, que queria cayese sólo un chaparron, y á Barbaruelo, que queria lloviese si Dios tenía qué! Dios lo puede hacer todo, pero á veces lo hace tan indirectamente, que parece no hacer nada ó hacer todo lo contrario de lo que se le pide. Supongamos que Cabezudo le pide que no llueva una gota, y todo con la intencion de que Barbaruelo no muela un grano, y en seguida empieza á llover tanto, que el agua se lleva los molinos de Barbaruelo. En este caso, ¿no habrá hecho Dios lo que Cabezudo le pedia, aunque parezca que ha hecho todo lo contrario? Y si Cabezudo empezó á decir picardías de Dios al ver que llovia á mares, ¿no ha hecho Cabezudo una barbaridad? ¡Cabezudenses, barbaruelenses y animalejuenses, dad por bien hecho todo lo que hace Dios, pues es lo que os tiene cuenta, aunque os parezca

lo contrario. De esta doctrina partí yo dias pasados al pedir al glorioso San Isidro que intercediese con Dios en favor de Cabezudo, que queria no cayese gota; de Animalejos, que queria cayese sólo un chaparron, y de Barbaruelo, que queria lloviese si Dios tenía qué. El Santo escuchó mi ruego, y Dios escuchó el del Santo, porque se fundaban en el buen medio, en que está la virtud, y así todos fuisteis complacidos hasta cierto punto: Cabezudo, consiguiendo que no lloviera tanto como Barbaruelo deseaba; Barbaruelo, consiguiendo que no lloviera tan poco como deseaba Cabezudo, y Animalejos, consiguiendo que no lloviera tanto ni tan poco como deseaban Cabezudo y Barbaruelo. Yo estoy satisfecho del favor que todos hemos alcanzado de Dios por la intercesion del glorioso San Isidro, y vosotros debeis tambien estarlo, amados cabezudenses, barbaruelenses y animalejuenses.»

Fijarse este manifiesto en los sitios públicos de Animalejos, Cabezudo y Barbaruelo, y amotinarse los tres pueblos contra el tio Traga-santos, todo fué uno, porque todos decian, bramando de coraje:

—¡Ciertos son los toros! ¡El tio Traga-santos es un bribon de siete suelas, que no hace más que pastelear y meterlo todo á barato con capa de santidad y palabras de caramelo! ¡Hay que hacer con él una que sea sonada para que no vuelva á venderse al oro de.....

Este oro era para los de Barbaruelo, el de Cabezudo; para los de Cabezudo, el de Barbaruelo, y para los de Animalejos, el de cualquiera de los dos pueblos vecinos.

El resultado de los manifiestos al público es contra-

producente, ó cuando ménos nulo, en estos dos principales casos: primero, cuando el manifestante no tiene razon ó el público no quiere que la tenga; y segundo, cuando el manifestante tiene malas explicaderas, ó el público tiene entendederas no mejores.

De esto último habia un poco en el tio Traga-santos y en los de Cabezudo, Barbaruelo y Animalejos, y así se explica el que el manifiesto del primero causase efecto contraproducente en los segundos.

Ruiz de Alarcon llamó bestia al vulgo hace más de dos siglos, y desde entónces acá sólo ha variado el vulgo en dos cosas: en el nombre y en el traje, pues ahora se llama pueblo, y porque le han dicho que es soberano, se ha plantado muy serio corona y manto de rey. Por lo demas, aunque los tontos y los bribones aseguran lo contrario, el vulgo continúa siendo lo que Ruiz de Alarcon le llamó.

El tio Traga-santos, viendo que su manifiesto, léjos de hacer entrar en razon á aquellos á quienes se dirigia, los habia irritado hasta el punto de que se temia de ellos alguna barbaridad, acudió al Párroco en demanda de consejo.

—Tio Traga-santos, le dijo el Párroco, no debe V. extrañar que su manifiesto del ten-con-ten no haya producido el efecto que V. se propuso, porque ni yo mismo he podido entender lo que V. queria decir en él.

—Mire V., señor Cura, lo que yo queria decir era que es imposible que llueva á gusto de todos, y que lo más que yo pude hacer fué pedir á San Isidro que intercediese con Dios para que lloviese como más conviniese á todos.

—Pues oiga V., tio Traga-santos, lo que pasó en Madrid entre D. Juan Nicasio Gallego, que era un gran maestro en materia de poesía, y D. Mariano Luis de Larra, que todavía era aprendiz. Larra compuso unos versos que le parecian muy buenos, como á todos los principiantes les parecen los suyos, y se los dió á leer á Gallego, á quien le parecieron muy malos, como á todos los maestros les parecen los que lo son.

—Marianito, dijo el maestro, no entiendo lo que usted ha querido decir aquí.

—Señor D. Juan, contestó el aprendiz, lo que yo he querido decir ahí es esto, y esto, y esto.

—Pero ¡canario! exclamó D. Juan; Marianito, ¿por qué no lo ha dicho V., hombre?

—Entiendo muy bien, señor Cura, lo que V. quiere darme á entender con ese cuento, ó lo que sea; pero como ya á lo hecho pecho, quisiera saber si le parece á usted bien que fie sólo mi justificacion y defensa á la misericordia de Dios, procurando alcanzarla por la intercesion del glorioso San Isidro.

—Me parece muy bien eso, y celebraré muchísimo que así se salve V. del enojo que ha causado la torpeza de su manifiesto; pero mire V., tio Traga-santos, yo debo hablarle á V. con franqueza: si yo fuera santo, echaba muy enhoramala á los que sin necesidad se meten á escribir y no aciertan á decir lo que piensan. Cuando se escribe para el público no basta querer decir las cosas, sino que es necesario decirlas, y decirlas bien, y el que no sirva para eso, que reserve toda su literatura, de soltero para escribir á la novia, y de

casado, para apuntar la ropa que lleva la lavandera.

El tio Traga-santos se subió á su ermita y se puso á orar al Santo, incurriendo en la tontería de no pedirle misericordia por lo malo del manifiesto, porque suponia que habiendo sido el Santo un sencillo y rústico labrador, no entendia de esas cosas. Ni siquiera se atrevia ya á pedirle que intercediese con Dios para que le concediese esto ó lo otro ó lo de más allá, sino que se limitaba á pedirle que intercediese para que Dios le concediera lo que fuese más justo, como que el tio Traga-santos decia, y decia muy bien:

—No lo echemos á perder otra vez pidiendo cosas injustas. Claro está que á mí me convendria que instantáneamente trocasen esos barbarotes en amor y agradecimiento la tirria y la ingratitud que me tienen, pero quizá cometa un pecado muy gordo empeñándome en dar gusto á todos en vez de darle sólo al que lo mereciese; y pedir que Dios me exima de la expiacion de ese pecado, es pedir gollerías. No, no, señor; lo que debo pedir á Dios es que haga conmigo lo que sea más justo.

Hallándose el tio Traga-santos en esta santa ocupacion, asomaron por los caminos de Cabezudo y Barbaruelo numerosas turbas populares que se dirigian hácia Animalejos al furibundo grito de: «¡Muera el tio Traga-santos!», grito que no tardó en encontrar eco en Animalejos mismo, cuya plebe empezó á agitarse furiosa, y formando cuerpo con la forastera, toda aquella muchedumbre se encaminó, rugiendo de furor, al cerrillo de San Isidro.

El tio Traga-santos cerró por dentro la puerta de la ermita, reforzándola con los bancos, y oyendo á la irritada muchedumbre gritar: «¡Cerquemos la ermita de paja y leña y peguémosle fuego, para que muera achicharrado en ella ese hipócrita y pastelero tio Traga-santos!», el pobre tio Traga-santos cogió la preciosa imágen de San Isidro, y saltando por la ventana de la trasera con felicidad tan milagrosa, que nadie le vió, ni se hicieron él ni el Santo el menor daño, logró salir á la vega á la luz del fuego que devoraba el hermoso edificio levantado por él sobre un monton de gloriosas ruinas, á costa de tanto amor y trabajo, y tomó el camino de la emigracion al compas de las maldiciones é improperios del vulgo, cuyo amor habia creido alcanzar con el ten-con-ten, ó lo que es lo mismo, procurando complacer á todos, sin ocurrírsele que sólo se debe complacer al que lo merece.

V.

El Monarca calló, pensativo y triste, al terminar su cuento el general Robles.

—¿Comprende V. M. la filosofía de este cuento, cuyo mayor defecto es el haberle contado yo? le preguntó el anciano.

—Sí, la comprendo, querido Robles, contestó el Monarca saltándosele las lágrimas; pero no basta á hacerme desistir de un propósito que considero demasiado fecun-

do en bien, noble y hermoso, para abandonarle sin luchar ántes por su realizacion.

El general Robles se llevó el pañuelo á los ojos.

—Querido Robles, le dijo el Monarca estrechándole con emocion la mano, ¿por qué llora V.?

—Porque pienso que esas lágrimas que brotan de los ojos de V. M. son precursoras de las muchas que V. M. ha de derramar en este mundo.

—No lo querrá Dios, amigo mio, porque, aunque mi inteligencia sea mala, mis intenciones son buenas.

—Pues en esas buenas intenciones se funda mi triste presentimiento. ¡Bienaventurados los que lloran! ha dicho el Señor para hacer fecundas las lágrimas, que, si fueran estériles, convertirian el mundo en desolado yermo, y temo que esta bienaventuranza sea la única de Vuestra Majestad.

—Si no me lleno de espanto al oirle á V., es porque creo que V. se equivoca. Funda V. sus temores en mi bondad; y como mi bondad está muy léjos de ser lo que usted supone, esos temores falsean por su base. Pero dígame V., querido Robles: ¿V. cree que la bondad es un defecto en los reyes?

—Para reinar en la tierra, sí; para reinar en el cielo, todo lo contrario.

—San Fernando fué un buen rey de España, y San Luis un buen rey de Francia.

—En la Edad media era la cruz cetro, y en la Edad moderna es el cetro cruz. El idealismo angélico que vive entre la tierra y el cielo hace buenos poetas y santos, pero hace malos reyes y jueces.

—Pero dígame V. un poco más concretamente por qué le parece á V. falsa la base que he elegido para fundar en mi reinado un hermoso edificio, compuesto del amor de mis súbditos, que tanto deseo yo, y de la union de voluntades, que tanto necesitan ellos.

—Se lo diré á V. M. con la franqueza que acostumbro y la bondad de V. M. me permite. Un monarca no debe dar gusto á todos sus súbditos, sino sólo á los que lo merecen. A los que no lo merecen, lo único que debe darles es palos.

El jóven Monarca sonrió tristemente al oir esta ruda y franca salida del anciano, y exclamó:

—Ay, amigo Robles, yo creo que el rigor tradicional, y tal vez indispensable en la milicia, á que está usted acostumbrado, extravía un poco el recto criterio de usted. El amor, que ejerce su dominio en las almas, es más eficaz para corregir que el palo, que sólo le ejerce en los cuerpos.

—Dios quiera, que sea yo, y no V. M., quien se equivoque en este punto tan esencial en la mision de un monarca.

—¡Dios lo querrá, amigo mio!

El general Robles bajaba poco despues las escaleras del palacio, volviendo á llevarse el pañuelo á los ojos y murmurando:

—¿Por qué no me he de consolar un poco pensando que yo no lo he de ver?

Lo que no vió el general Robles, porque hacía ya muchos años que descansaba de su gloriosa vida en el panteon de los hombres ilustres, fué aquel triste dia en que

el bondadoso monarca del Ten-con-ten, cuya desventura habia previsto y llorado anticipadamente, emprendia el camino de la expatriacion, llevando por único consuelo, si no, como el tio Traga-santos, la santa imágen que adoraba su alma, los inocentes hijos que adoraba su corazon!

SAN PEDRO ME VALGA.

SAN PEDRO ME VALGA.

I.

Perico reventaba de gozo cuando tomó la licencia militar, y con ella colocada en un reluciente canuto de hojalata, que pendia de una ancha cinta de seda color de fuego, tomó el camino de su tierra.

Pero el gozo se le cayó en el pozo cuando en el camino se puso á pensar, primero, que por mucho que estirase el dinero que llevaba, no le alcanzaria para el viaje, y segundo, que despues de andar siete años de viga derecha, tendria que doblar el espinazo sobre la tierra de pan llevar así que llegase á su pueblo. Sin embargo, despues de lanzar un «¡San Pedro me valga, qué trabajillos voy á pasar en la vida de paisano despues de pasar tantos en la de soldado!», se tranquilizó y recobró su alegría pensando en Juanilla, que era una chica de su pueblo que le miraba con buenos ojos cuando fué á coger el chopo, y esperaba su vuelta hacía siete años, resistiendo la violencia del bruto de su padre, que queria casarla con otro porque el otro era más rico que Perico.

Así en el pueblo como en el regimiento era Perico

conocido con el apodo de San Pedro me valga, porque esta frase era la muletilla obligada de su conversacion, como una blasfemia ó una necedad es la de las tres cuartas partes de los españoles del sexo feo, sin excluir, por supuesto, á los que blasonan de señoritos ó señorones bien educados. Y no se crea por esto que Perico fuese un hombre como Dios manda en punto á creencias y prácticas religiosas, porque desgraciadamente en este punto no tenía el diablo por dónde desecharle.

Cuando allá por el año 1868 cayó quinto, Perico rezaba, oia misa todos los dias de precepto, se confesaba una vez al año, y por supuesto creia en Dios y los santos á pié juntillas, sin pasarle siquiera por el pensamiento la bestialidad de que habiéndonos dado Dios en esta vida luz suficiente para escoger entre el bien y el mal, ha de tratar en la otra del mismo modo á los que escogieron el mal que á los que escogieron el bien; pero así que, poco despues, corrió la voz en periódicos y libros y discursos de que no habia Dios, y hasta se dijo en el Congreso de los Diputados, y hasta el Gobierno convino en que en efecto no le habia, Perico, por mal nombre San Pedro me valga, como se añadia al nombrarle en una sumaria que se formó con motivo de una cachetina que él y otro soldado armaron sobre si habia Dios ó dejaba de haberle; Perico, repito, dió completo crédito á aquella voz, y no volvió á rezar, ni á oir misa ni á confesarse, si bien no abandonó su antigua muletilla de ¡San Pedro me valga!

Tal como acabo de pintarle era Perico cuando tomó la licencia y emprendió la vuelta á su pueblo pensando en

muchas cosas, y sobre todo en su leal Juanilla, que esperaba su vuelta hacía siete años.

II.

El santo portero del cielo encomendó un dia el cuidado de la portería á uno de sus amigos de más confianza, que creo que fuese San Pablo, y entró á hablar al Señor de un asunto que al parecer le interesaba mucho.

El Señor le recibió con mucha benevolencia y le preguntó qué se le ofrecia.

—Señor, contestó San Pedro, vengo á hablarle á Vuestra Majestad en favor de un pobre diablo á quien, en conciencia, debo proteger, y estoy muy agradecido, porque, si bien es un majadero que ha dado crédito á la voz, casi oficial, que ha corrido en España de que no hay Dios ni Santa María, siempre se está acordando de mí y hasta invocando mi proteccion con la frase ¡San Pedro me valga! tan repetida, que con ella por apodo se le conoce en todas partes.

—Ya sabes, amado Pedro, cuánto te he estimado siempre, pues apénas dejaste la barca para seguirme, sané á tu suegra de una grave enfermedad que la tenía en peligro de muerte.

—Mucho, Señor, agradecí á V. M. aquello, por más que malas lenguas hayan dicho que si negué despues á V. M., fué porque estaba resentido de aquel favor.

—Yo nunca he creido tales hablillas del vulgo.

—El vulgo, Señor, es necio, como dijo Lope de Vega, y bestia, como dijo Ruiz de Alarcon.

—Amado Pedro, algo de exageracion hay en las calificaciones del vulgo, ó pueblo, como ahora se le llama, olvidando que, como dijo D. Alonso el Sabio, pueblo es el conjunto de todos los ciudadanos grandes y chicos. Al vulgo hay que juzgarle por el fondo, y no por la forma de lo que piensa y dice. Así es que cuando en sus narraciones habla de entidades y cosas santas, materializándolas y discutiéndolas en forma vulgar y apropiada á entidades y cosas viles, no hay en ello profanacion ni impiedad, porque el fondo es elevado, respetuoso y bueno, y la forma la única de que el pueblo puede valerse. Pero volviendo á tu protegido, dime, amado Pedro, ¿qué es lo que deseas para él?

—Deseo, Señor, que me conceda V. M. facultades para proporcionarle algun medio por el cual pueda hacer méritos para que se le perdonen los pecados y se salve.

—Concedidas tienes esas facultades, amado Pedro, y dejo á tu discrecion el medio que te parezca más adecuado para salvar á ese pobre pecador.

San Pedro dió las gracias al Señor por lo que acababa de concederle, y descendiendo á la tierra, le salió al licenciado al camino.

—Buenos dias, amigo Perico, dijo al licenciado con mucha benevolencia.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico, encantado de la amabilidad y el aspecto venerable de aquel anciano. Muy buenos los tenga V., abuelito; ¿está V. bueno?

—Bueno, á Dios gracias.

—¿Y la parienta y.....?

—Por lo visto, ¿no me conoces, amigo Perico?

—Es verdad, abuelito, que no tengo esa honra.

—Pues yo soy San Pedro.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico apresurándose á quitarse la gorrilla de cuartel y arrodillándose á los piés del Santo Apóstol, que con mucho amor le hizo levantarse y ponerse la gorra, porque el camino estaba hecho un barrizal y corria un gris de lo fino.

—Antes de todo, hijo mio, te diré que veo con satisfaccion que no eres tan malo como parecia, pues si no creyeras en Dios, tampoco creerias en los santos.

—No haga V. caso, señor, de aquellas tonterías que á uno se le metieron en la cabeza.

—Pero, hombre, ¿es posible que tú creyeras que no habia Dios?

—Ya ve V.: como en las Córtes mismas y hasta por los del Gobierno se dijo que no le habia, ¿qué habia de hacer un pobre soldado como yo al oir á hombres tan sabios, sino creerlos ó matarlos? La verdad es que yo no estaba muy seguro de que no le hubiera, y prueba de ello es que no dejé ni un solo dia de andar á cada paso con ¡San Pedro me valga! ¡Por vida del santo de mi nombre!

—Pues has de saber, hijo, que á eso vas á deber el no condenarte, aunque, como dijo el otro, lo decias maquinalmente. De todos modos, muchos méritos tienes que hacer para que Dios te perdone todos tus pecados y te salves.

—¿Y cómo, señor, me he de componer para hacerlos?

—Eso, amigo Perico, es cuenta tuya. Yo todo lo que puedo hacer por tí es proporcionarte un instrumento que á la vez pueda ser de salvacion ó condenacion, segun el uso que tú hagas de él, pues el uso depende sólo de tu voluntad.

—¿Pongo por ejemplo, darme un saco de onzas de oro, que, empleadas bien, pueden salvarme, lo mismo que, empleadas mal, pueden condenarme?

—De saco se trata, hijo, pero no es saco de onzas de oro ni Cristo que lo fundó, sino éste, que, como ves, está vacío y tiene una virtud maravillosa.

Al decir esto, San Pedro sacó de debajo de la túnica y dió al licenciado un saquito vacío, que cabia en un puño, y sin embargo, tenía elasticidad tal, que cabia en él aunque fuera una persona mayor.

—¡San Pedro me valga, qué morral tan mono! exclamó Perico al ver el saco, que tenía sus correas y todo para suspenderle á la espalda, é inmediatamente se le colocó sobre el morral en que llevaba su corto equipaje.

—Conque, dígame V., señor, añadió, cuál es la maravillosa virtud que este morralito tiene.

—Es la virtud de la atraccion. Cada vez que digas: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!», la cosa vendrá al morral inmediatamente.

—¡San Pedro me valga, qué maravilla! exclamó Perico asombrado. ¡Pues con un morral como éste bien puede uno hacer méritos para salvarse!.....

—¡Y tambien para condenarse! le interrumpió el Santo melancólicamente. ¡Tu salvacion ó tu condenacion de-

pende de tu voluntad! ¡No lo olvides, hijo mio, y Dios quiera que con la llave que dejo en tus manos se te abra la puerta del cielo, y no la del infierno!

Al decir esto, San Pedro desapareció súbitamente sin que Perico supiera por dónde, y Perico continuó su camino, maravillado de la aparicion y del obsequio con que el santo de su nombre le habia favorecido.

III.

Ni la curiosidad natural en el hombre, ni Juanilla, bastaron en muchas horas de penoso camino para distraer el pensamiento de Perico de aquella aparicion y aquel obsequio, que le ocupaban por completo.

Pasando el licenciado por la calle Real de un pueblo le vino de repente á las narices una deliciosa tufarada de chuletas, jamon frito, pollo asado, pan tierno, vino de Valdepeñas y otras porquerías por el estilo; y tratando de averiguar de dónde provenia aquel olor, se encontró junto al escaparate de una pastelería, lleno de toda clase de manjares.

Instintivamente echó mano al bolsillo para comprar siquiera una chuleta y un panecillo, pero se encontró con que su caudal iba ya tan mermado, que no permitia andar en fiestas con él, y se decidió á separarse de la pastelería sin comprar nada.

Separábase, en efecto, con el dolor con que se separa la uña de la carne, y de repente le ocurrió la idea de ensayar la maravillosa virtud del morralito en algo de lo

que contenia el escaparate de la pastelería, por ejemplo, en un pollo tan doradito y mantecoso, que estaba diciendo comedme, én un roscon de pan candeal y en una botella de vino, que debian hacer muy buenas migas con el pollo.

Decidido á hacer este ensayo, acercóse más al escaparate, y apénas dijo: «Pollo, botella y pan candeal, ¡al morral!», las tres cosas aparecieron en el morral como por encanto.

Perico se apresuró á salir del pueblo con tan grata compañía, y tumbándose sobre la verde y olorosa hierba en un ribazo de la orilla del camino, merendó en grande, y luégo continuó su jornada tan consolado, sin ocurrírsele siquiera que el primer uso que habia hecho del instrumento de salvacion ó condenacion, que San Pedro habia puesto en su mano, habia sido una picardía.

¡Esto de creer muy santo y muy bueno el llenarse la tripa á costa ajena es muy comun en este pícaro mundo!

Haciendo picardías como ésta, y áun mucho mayores, continuó San Pedro me valga su viaje, hasta que al fin descubrió el campanario de la iglesia de su pueblo, lo que le causó indecible alegría.

Andando, andando apresuradamente para llegar á la colina desde donde se descubria el pueblo entero, llegó á aquel sitio y exclamó:

—¡San Pedro me valga, qué hermoso me parece mi pueblo al volver á verle despues de siete años de ausencia!

Unos chicos que andaban por allí jugando al toro le oyeron esta exclamacion y le vieron el canuto de la li-

cencia, y echaron á correr al pueblo anunciando que venía San Pedro me valga, de quien habian oido hablar mucho, y no dudaban fuese aquel licenciado.

Momentos despues no se oia en el pueblo más que «¡San Pedro me valga viene! ¡San Pedro me valga está ahí!»

Oir esto Juanilla y salir como una bala al encuentro de Perico todo fué uno. La pobre habia penado siete años esperando aquel instante.

Cada abrazo pelado que ella y Perico se daban valia un doblon; pero héte que llega el padre de Juanilla, que ya he dicho era muy bruto y siempre se habia opuesto á que su hija se casára con San Pedro me valga, porque su candidato á la mano de Juanilla era otro muy rico, pero muy bruto, que la chica no queria, y al ver á Juanilla abrazando públicamente al licenciado, la puso de poca vergüenza que no habia por dónde cogerla, y le pegó un puntapié que por milagro de Dios no la derrengó.

San Pedro me valga tuvo tentaciones de hacer una barbaridad con el padre de Juanilla, pero se aguantó sin hacerla, porque por la peana se adora al santo. Lo que sí hizo fué dedicarse á andar por el pueblo pintando la mona con su morral, que en lugar de hacer instrumento del bien, continuaba haciendo instrumento del mal, ó cuando ménos, de pueril entretenimiento. Vaya un par de muestrecitas de ello.

Se iba todas las mañanas por la plaza del mercado, y con decir: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!», hacía la compra sin gastar un cuarto, llevándose á casa el morral lle-

no de lo mejorcito que se presentaba en la plaza, con lo cual se daba una vida de príncipe.

Entraban dos amigos en una taberna á beberse, en amor y compañía, una botella de cerveza; les sacaba la tabernera y les ponia sobre la mesa la botella y un par de vasos; San Pedro me valga, que lo observaba con su morral á la espalda, trasladaba invisiblemente á su morral la botella en el momento en que los dos amigos estaban distraidos, preparándose con un rato de conversacion á desocuparla; los dos amigos reparaban en que habia desaparecido la botella, y entre: «Si tú la has escamoteado», «El que la ha escamoteado eres tú», «Gastas bromas muy pesadas», «Tú eres el que las gastas», se armaba entre ellos la gorda, y salian de la taberna á estacazos, con gran regocijo de San Pedro me valga, que luégo celebraba la gracia brindando á la salud de ellos con el contenido de la botella.

Perico determinó pedir solemnemente la mano de Juanilla al padre de la muchacha, y al efecto se presentó en casa del viejo é hizo su peticion en debida forma, llevando, por supuesto, á la espalda el consabido morral, que era su compañero inseparable, como que por eso en el pueblo le llamaban ya el del morral, en lugar de San Pedro me valga.

El viejo le despachó con cajas destempladas, diciéndole, para mayor insulto, que lo que él buscaba era no tanto la mano de la chica como los mil ducados en onzas de oro con que pensaba dotarla, y al efecto tenía en la cómoda en un saquito.

San Pedro me valga salió de casa del padre de Juani-

lla jurando que el viejo se las habia de pagar todas juntas, y como al salir viese á Juanilla asomada á la ventana, hecha un mar de lágrimas al ver que con su novio se alejaba su esperanza de casarse con él, pues naturalmente á la chica le sucedia lo que á todas, que se alampaba por casarse, le ocurrió de repente la idea de vengarse del viejo llevándose la chica y el saquito de onzas de oro destinado á dotarla. Apénas dijo: «Juanilla y su dote cabal, ¡al morral!», volaron al morral Juanilla y el saquito de onzas de oro.

San Pedro me valga echó á correr con carga tan preciosa, y el viejo, desesperado con aquella fechoría, tanto más cuanto que Juanilla parecia aprobarla, pues no gritaba pidiendo socorro, cogió la escopeta, la cargó con bala y siguió al fugitivo, que tomó el camino por donde habia vuelto del servicio militar.

Como el viejo tenía las piernas más pesadas que San Pedro me valga, llegó á la colina que precedia al pueblo cuando ya el fugitivo la habia traspuesto; pero como le avistase desde lo alto de la colina, le apuntó con la escopeta, disparó, y San Pedro me valga cayó al suelo.

El viejo corrió á sacar á su hija del prodigioso morral del raptor, y se encontró con que Juanilla y San Pedro me valga estaban muertos, traspasados de parte á parte por una misma bala, con la particularidad de que el morral habia desaparecido, como si el alma de su dueño se le hubiese llevado consigo al volar al infierno ó á donde hubiese ido.

Lo único que habia logrado el viejo con la barbaridad que acababa de hacer era recobrar el saquito de onzas

de oro, que recogió y se llevó, ofendiendo el muy bestia á la curia con estas calumniosas palabras:

—Vamos, que ya tengo con qué untar la mano á jueces y escribanos para que echen tierra al homicidio y el parricidio que acabo de cometer.

Si yo hubiese estado allí le hubiese dicho:

—Grandísimo desvergonzado, ¿cuándo se ha visto en el mundo que jueces ni escribanos echen tierra á ningun asunto criminal ni litigioso, por más que se quiera untarles la mano? Es verdad que los jueces de primera instancia tienen tan poco sueldo que necesitan ser unos santos para no tener la mano untable; pero aunque la tuvieran, hay de tejas arriba otro juez que, de seguro, te condena á las calderas de Pedro Botero cuando comparezcas á su presencia.

Perico y Juanilla llegaron juntos y asidos amorosamente de la mano á las puertas del cielo, Perico con el consabido morral á la espalda, y Juanilla pidiendo á Dios que la uniese para siempre con Perico en la otra vida, ya que no habia podido ser en ésta.

Aunque las puertas del cielo sólo estaban entreabiertas, se escapaban por ellas resplandores tan divinos, tan embriagadores aromas y tan deliciosas músicas, que Perico no pudo ménos de exclamar:

—¡San Pedro me valga, qué divinamente se debe estar ahí dentro!

San Pedro, que estaba vuelto de espaldas á la portalada, y por tanto, de cara al cielo, para gozar de aquellas delicias desde la puerta, cuyas entreabiertas hojas eran de oro y diamantes, se volvió vivamente al oir aquella

exclamacion, conociendo sin duda por ella al que llegaba á la portería, y dijo á Perico con mucha seriedad:

—Aquí no hay San Pedro ni San Pablo que valga para el que tan mal como tú se ha portado en la tierra.

—Pero, señor, le replicó Perico, consternado con aquel recibimiento, ¿en qué me he portado yo mal?

—¡Pues, hombre, podias haberte portado peor! Puse en tu mano un instrumento de salvacion ó de condenacion, dejando á tu voluntad el empleo que de él habias de hacer, y sólo le has empleado en picardías, en vez de emplearle en obras buenas.

—¡Por vida del morral de mis pecados!..... No sé yo qué obras buenas se podian hacer con este morral.

—Muchas, y lo suficiente meritorias para que al llegar aquí te abriese yo de par en par las puertas del cielo.

—Pero, señor, dígame V. cuáles podian haber sido, que yo no caigo en ellas por más que cavilo.

—Te indicaré sólo algunas de ellas, que, como suele decirse, para muestra basta un boton. Apénas continuaste tu camino con el morralito maravilloso á cuestas, viste que un pobre barquero municipal habia caido en un rio y pedia auxilio, porque se ahogaba por momentos.

—Es verdad; pero si no le auxilié fué porque yo no sabía nadar, ni la disposicion de la orilla del rio permitia alargarle una mano ni una rama de árbol para que se asiera y se salvára.

—Podias haber dicho: «Barquero municipal, ¡al morral!», y el barquero hubiera ido á tu morral y se hubiera salvado.

—Es verdad, señor, pero no me ocurrió eso.

—Si hubiera sido alguna picardía, ya te hubiera ocurrido, que para las picardías no te ha faltado ingenio. Más adelante viste que un menestral caia de un andamio, y en lugar de decir : «Menestral, ¡al morral!», con lo que aquel pobre hubiera caido en sitio blando y no hubiera dejado desamparados á su mujer y siete hijos, que cabian bajo un celemin, te callaste como un muerto, y le dejaste caer en un monton de piedras, donde se rompió el bautismo.

—Tampoco me ocurrió hacer eso.

—Por lo visto, á tí nunca te han ocurrido más que picardías. Pasando por las cercanías de otro pueblo viste correr á un hombre, y oiste gritar á una mujer diciendo que aquél era un bribon que se llevaba una bolsa de torzal que contenia los ahorros de toda su vida; y en lugar de decir : «Bolsa de torzal, ¡al morral!», tambien te callaste como un zorro, y dejaste que el ladron escapára con la bolsa, y la pobre robada quedára en la miseria.

—Pues, señor, le aseguro á V. que tampoco entónces me ocurrió.....

—¡Es mucha casualidad, hombre, que nunca te hayan ocurrido más que bribonadas! Nó, cuando se trataba de ingeniosidades para llenar la tripa y divertirse, no carecias de ingenio.

—Pero, señor, si V. queria favorecerme proporcionándome un instrumento de salvacion, ¿por qué no me proporcionó uno que no lo fuera á la vez de salvacion y de condenacion como este pícaro morral?

—Este morral es la conciencia humana que Dios da á

todo hombre, dándole con ella la eleccion del bien ó del mal, ó lo que es lo mismo, la eleccion del cielo ó la del infierno. Tú elegiste el infierno, y ya puedes tomar el portante en busca de él.

—¡El infierno! exclamó Perico aterrado. ¡San Pedro me valga, qué vida voy á pasar allí eternamente separado de ésta y en compañía de su padre!..... Mal haya el morral que V. me regaló, y vaya con doscientos mil de á caballo, ya que sólo me ha servido de perdicion.

Perico, al decir esto, se arrancó de la espalda el morral y le tiró por encima de la cabeza del santo portero, á la parte de adentro de la puerta, cuyas hojas, como ya he dicho, seguian entreabiertas, sin duda para que lo que entreviesen por ella los que llegaban á la portería aumentase en unos el dolor de no permitírseles la entrada, y en otros el gozo de permitírseles.

San Pedro reparó en Juanilla al aludir á ella Perico, y distraido en tranquilizarla un poco, porque lloraba sin consuelo al oir que Perico iba al infierno, no reparó adónde habia ido á parar el morral, y mucho ménos se acordó de quitarle la maravillosa virtud de atraccion que le habia dado al regalársele á Perico.

Lo que decia San Pedro á Juanilla para consolarla un poco era que sólo estaba condenada á pasar una temporada en el purgatorio por haber abrazado á Perico, y algunas otras cosillas por el estilo, en que suelen incurrir las chicas que quieren demasiado á los novios.

Cuando Perico se hizo cargo de que su leal Juanilla no iba á entrar inmediatamente en el cielo, como él habia creido hasta entónces, su dolor no tuvo límites, y ya

sólo pensó en ver si encontraba algun rasgo de ingenio que le facilitase aquella entrada.

De repente exclamó Perico: «Mi Juanilla leal, ¡al morral!», y de repente se encontró Juanilla dentro del morral, y por tanto, dentro del cielo.

Suscitóse disputa entre Perico y San Pedro sobre si aquello era ó no válido, y decidieron someter la cuestion á la decision del Señor, entrando San Pedro á exponerle lo que pasaba.

La decision del Señor fué ésta:

«En la tierra dije que mucho sería perdonado á los que habian amado mucho. El rasgo de amor con que tu antiguo protegido ha facilitado la entrada en el cielo á su amada es digno de que le sean perdonadas muchas de las culpas que me habian obligado á condenarle al infierno. Que pene en el purgatorio siete años esperando reunirse con su amada, como su amada esperó siete años en su pueblo natal aguardando reunirse con él, y pasado ese tiempo, ambos se reunirán en el cielo por toda una eternidad.»

En tanto que San Pedro me valga tomaba el camino del purgatorio y Juanilla se sentaba al lado del Señor, entonando ambos cánticos de gratitud y de esperanza, el glorioso portero del cielo lloraba de santa alegría, contemplando una vez más la misericordia y la sabiduría del Señor.

EL GENERAL MANDUCA.

EL GENERAL MANDUCA [1].

I.

Esto sucedió á fines del siglo pasado, en un Estado de Europa cuyo nombre calla la historia, porque esta señora cantó las glorias de la dinastía reinante, y así que cayó aquella dinastía, se dedicó á cantar las glorias de su sucesora, resultando de esto tal embrollo, que nada podemos sacar en limpio los que no queremos mancharnos.

Por aquellos tiempos estaban de moda los filósofos, y si no, que se lo pregunten á Voltaire, á Rousseau, á Diderot, á Catalina II de Rusia y á Federico II de Prusia, que florecieron en aquellos tiempos y pasaban por la flor y nata de la filosofía. Así á nadie extrañará que en el Estado Anónimo (llamarémosle así para que nos entendamos) hubiese un general que pasaba por filósofo.

Tambien calla la historia el nombre de este general, porque la muy tunanta, de tanto como sabía, parecia que no sabía nada; pero yo le llamaré el general Manduca, nombre compuesto de las locuciones *mandar* y *estar co-*

(1) Este cuento se escribió en 1870.

mo un duque, de que sale *mandar á lo duque*, y por último, *Manduca*, cuyos componentes son atributos esenciales de un general que llega, como llegó éste, á Presidente del Consejo de Ministros.

II.

El general Manduca tenía ideas muy singulares acerca de la organizacion y disciplina del ejército de su digno mando.

El general Manduca no queria ver ni pintados soldados voluntarios : todos habian de ser forzosos, y así era que en aquel reino el reemplazo del ejército se verificaba en su totalidad por medio de quintas, con la particularidad de que no se admitia sustituto alguno, y de que como el General en jefe supiese que algun quinto se alegraba de que le hubiese tocado coger el chopo, hacía que diariamente le rompiese el cabo una vara en las costillas á fin de que ansiase volver á su pueblo á destripar terrones.

El general Manduca tenía empeño en que los soldados prestasen el servicio lo más léjos posible de su pueblo natal, y no se diga que lo hacía para que le olvidasen, porque, todo al contrario, procuraba que se acordasen contínuamente de su pueblo y su familia, encareciéndoles este recuerdo como una de las mayores virtudes del hombre.

El general Manduca procuraba que supiese á rejalgar el rancho de la tropa, y que el uniforme de la misma

fuese tal que los pobres soldados se helasen en invierno y se asasen en verano, por supuesto, echando la culpa de ello, así como quien no quiere la cosa, al pícaro Gobierno.

Y por último, el general Manduca, á pesar de que ponia siempre muy buena cara á los soldados las pocas veces que se encaraba con ellos, hacía que los oficiales, sargentos y cabos les pusieran siempre cara de Neron y los tratasen á la baqueta.

Así era que en el ejército del reino Anónimo no habia un soldado que no dijese:

— Caramba, daria yo la mitad de la vida que me queda por echar con doscientos mil de á caballo el chopo é irme á mi tierra á destripar terrones y comer un puchero de patatas en paz y gracia de Dios, con mis padres y mis hermanos, ó la chica que allí está esperando mi vuelta para que me case con ella.

III.

El general Manduca parecia que habia nacido de pié: lo ménos veinte veces, desde que mandaba el ejército, se habia pronunciado contra el Ministerio, ofreciendo á la tropa algunos años de rebaja, y siempre habia tenido la suerte de que la tropa secundase con el mayor entusiasmo su patriótica empresa y de que el nuevo Ministerio aprobase su oferta y premiase al general libertador con un nuevo entorchado, un título de nobleza, una

gran cruz pensionada con treinta ó cuarenta mil reales al año, ú otra fineza por el estilo.

El general Manduca, que, como dijo Frontaura hablando de las ambiciones que sienten á los cuarenta años los que han sido gobernadores civiles á los veinticinco años ó ménos, lo ménos con que se podia ya contentar era con ser reina madre, determinó hacer la gorda, porque, segun decia, no se podia tolerar lo que pasaba en el reino Anónimo.

Y dicho y hecho: una mañana dió el grito, no ya como otras veces de «¡Abajo el Ministerio y la camarilla!», sino el de «¡Abajo la dinastía que nos deshonra!», ofreciendo á la tropa no sé cuántos años de rebaja.

El general Manduca tambien tuvo esta vez la dicha de que todo el ejército secundase con el mayor entusiasmo y decision su heroico grito de libertad.

Y la dinastía cayó y huyó á reino extranjero más que á paso, y el general libertador ocupó el trono vacante con el nombre de Manduca I, aclamado como tal por el ejército y el pueblo soberano, que esperaban la regeneracion de la patria de su advenimiento al trono de San Acá y San Allá.

IV.

El mando del ejército del reino Anónimo se confió por S. M. Manduca I al general Gazuza, nombre muy expresivo, pues compuesto de la inicial de *gana* y del verbo *azuzar*, significa la gana de comer me azuza.

Este ilustre general, que naturalmente anhelaba un par de entorchados más, un título de nobleza, una cartera de Ministro y, si era posible, encasquetarse la corona de Manduca I, vió el cielo abierto cuando vió en la *Gaceta* el siguiente Real decreto:

«Manduca I, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, Rey del reino Anónimo, etc.

»Considerando que el ejército de una nacion es institucion demasiado noble para que ni siquiera sea medio decente que se componga de hombres forzados, como se componia en tiempo de la corrompida y tiránica dinastía que nos ha precedido en el trono de San Acá y San Allá;

»Considerando que las quintas son lo más cargante que uno se puede echar á la cara, por cuanto roban los mejores brazos á la agricultura y el más legítimo apoyo á la ancianidad y la familia, y que desde el momento en que ser soldado sea una ganga habrá soldados voluntarios á porrillo;

»Considerando que tener al soldado alejado de su país nativo y su familia es una crueldad que sólo se concibe en gobiernos sin corazon como el pasado, y que este alejamiento sólo puede servir para debilitar el amor á la tierra natal y al hogar, fuente de las virtudes más augustas del hombre;

»Considerando que al soldado se le debe dar un rancho como Dios manda, y traerle abrigadito en invierno para que no se constipe y fresquito en verano para que no le dé una sofocacion que se le lleve Pateta;

»Y considerando, en fin, que al soldado, no porque sea soldado, le han de poner sus jefes cara de Semana

Santa, sino, por el contrario, cara de Pascua florida, hemos venido en decretar:

»Artículo 1.º—Quedan para siempre abolidas las quintas, y el reemplazo del ejército se verificará únicamente con soldados voluntarios, que los habrá como pinos de oro si se sabe buscarlos.

»Artículo 2.º—Se procurará, en cuanto sea posible, que los soldados sirvan durante el tiempo de su empeño en su país nativo; y si esto no pudiese ser, se les darán licencias temporales para que de higos á brevas puedan dar una vueltecita por su pueblo para ver á sus padres y su novia, farolear un poco luciendo el uniforme, hablar en andaluz aunque sean gallegos, y contar cada mentira como un templo.

»Artículo 3.º—El rancho de la tropa será en lo sucesivo tan bueno que esté diciendo comedme, y el uniforme, de paño fino de puntapiés á cabeza.

»Artículo 4.º y último.—Los cabos, y quien dice los cabos dice de ahí arriba, se guardarán muy bien de poner mala cara á los soldados, y mucho más de cascarles las liendres.

»Tenedlo entendido y disponed lo conveniente para su cumplimiento, porque si no, nos verémos las caras, etc.»

V.

Cuando el ilustre general Gazuza leyó este Real decreto, dijo para su casaca:

—¡Doscientos mil demonios me lleven si comprendo

la filosofía de S. M. Manduca I! ¡Vamos, este pobre hombre se ha empeñado en hacerme el caldo gordo! Pero, señor, ¿cómo no le ha ocurido á este majadero que si el ejército hacía lo que á él se le antojaba sirviendo de mala gana, trayéndole mal comido y peor vestido y tratándole á baqueta, mucho mejor hará lo que á mí se me antoje sirviendo á su gusto, comiendo y vistiendo como un señor y tratándole con mucho mimo? Ahora sí que estoy seguro de calzarme muy pronto los tres entorchados y de atrapar un título y una cartera, y quizá de pescar la corona que S. M. Manduca I se ha encasquetado.

El ilustre general Gazuza se apresuró á cumplir en todas sus partes el Real decreto de S. M. Manduca I; y cuando el ejército estuvo organizado y tratado con arreglo al nuevo sistema, se decidió á armar á su vez la gorda.

Al efecto formó el ejército, con pretexto de revistarle, y despues de dirigirle una calurosa alocucion encareciendo la necesidad de derrocar á la dinastía reinante, dió el grito de «¡Abajo Manduca I y toda su descendencia!», distribuyendo al mismo tiempo á las tropas una proclama en que se les prometia, si secundaban el grito libertador:

1.° La licencia absoluta á unos soldados y una rebaja gradual á los demas;

2.° Tener á cada cual de guarnicion en su pueblo;

3.° Mantenerlos á qué quieres boca y vestirlos como señoritos;

4.° No dirigirles nunca sus Jefes la palabra sin ha-

cerles ántes una caroca y llamarles monos mios ú otra cosa por el estilo.

Leer las tropas la primera de estas ofertas y prorumpir en gritos de «Muera el traidor que quiere contrariar nuestra vocacion militar y mandarnos cuanto ántes á destripar terrones!», todo fué uno.

El general Gazuza fué inmediatamente arrastrado y hecho tajadas por la soldadesca furiosa, y desde entónces acá en el reino Anónimo ni una sola vez se ha sublevado el ejército nacional, porque los que viven de pronunciamientos y saben que sin ellos la carrera militar ès muy pesada, no han conseguido restablecer las quintas y demas barbaridades que elevaron al trono de San Acá y San Allá á la augusta dinastía de S. M. Manduca I.

MARTA LA INOCENTE.

MARTA LA INOCENTE.

La delicada composicion con que termina este libro necesita un prologuito.

En Agen, ciudad del Mediodía de Francia, murió hácia 1868 un peluquero llamado Jazmin. Este peluquero era un gran poeta gascon, que habia asombrado, conmovido y entusiasmado, no sólo á todo el Mediodía de Francia, sino tambien á la sociedad literaria parisiense, con sus poemitas populares, que recitaba admirablemente. Pudo ocupar altos puestos en la capital de Francia, pero no quiso dejar de ser peluquero en su ciudad natal, y siéndolo murió, honrado de todos y de todos querido.

¿Ocurria una gran calamidad en las provincias del Mediodía? Jazmin tomaba su báculo, llegaba allá, anunciaba que iba á recitar sus poemas populares, se reunian diez ó veinte mil personas para oirle, y cuando las veia llorar y estallar de ternura y entusiasmo, invocaba su caridad, y las diez ó veinte mil personas vaciaban sus bolsillos, y la gran calamidad era instantáneamente aliviada y remediada.

Uno de los poemas más populares, delicados y tiernos que recitaba Jazmin era el titulado, en el dialecto gascon, en que siempre escribia el peluquero de Agen, *Maltro l'innocento.* Aunque esta joya literaria pierde mucho en la traduccion, pues es imposible reproducir la frescura, la expresion y la gracia del original, cuando llegaron á mis manos las obras de Jazmin, que por cierto me proporcionó el ilustre D. Nicomédes Pastor Diaz, de grata memoria para todos los que, como yo, le trataron personalmente, concebí la idea de trasladarle á la lengua castellana, que realicé muchos años despues. Marta, la dulce, la enamorada protagonista del poemita de Jazmin, es un personaje histórico. Vivió en la aldea de Laffite hasta 1802, en que se volvió loca, y luégo en Agen, donde murió en 1834. Jazmin era uno de los muchachos que la perseguian y espantaban gritándole: «Marta, un soldado!» Cuando en la edad viril supo la historia de aquella desventurada, se conmovió tan hondamente, que sintió profundo remordimiento por haber contribuido á atormentar á la pobre loca; y no encontrando ya más que un sepulcro para reparar su falta, le cubrió de flores poéticas.

Son muchas las poblaciones donde hay alguna infeliz criatura humana, falta de razon, que sirve de solaz al inconsiderado vulgo, y particularmente á los muchachos, que la exasperan con su persecucion. Durante muchos años ha sido en Bilbao objeto de esta persecucion una pobre, señora, llamada doña Petra de Urquijo, y la llamo pobre señora y no simplemente pobre mujer, porque procedia de acomodada familia, habia recibido esmerada

educacion, y en medio de su locura, que era pacífica la mayor parte del tiempo, vestia con decencia y pulcritud extremadas. Decíase que la locura de doña Petra habia tenido orígen en una contrariedad amorosa, en la de haberse opuesto su familia á que casára con un militar. Por esta circunstancia se explicaba generalmente la aficion que doña Petra tenía á los militares. Esta aficion era tal, que la infeliz señora se hacía cariñosa amiga de todos los oficiales de la guarnicion, que la trataban con la benevolencia y los miramientos de que la hacian digna su desgracia y su educacion, y hasta á los soldados rasos mostraba una especie de cariño maternal, que les significaba con prudentes consejos y hasta con finezas, que por regla general los soldados recibian y agradecian como si procediesen de su propia madre.

Yo no sé qué analogía encontré cuando leí el poemita de Jazmin entre la loca de Agen y la loca de Bilbao. Lo cierto es que desde entónces no pude ver á la última sin acordarme de la primera, y sentir compasion y respeto por su desgracia.

Quizá esta analogía contribuyó á que me decidiera á verter á la lengua castellana el poemita de Jazmin y á publicarle en un periódico muy leido en Bilbao. Pocos dias despues de esta publicacion encontré en la calle á D.ª Petra, perseguida por una turba de muchachos y en ocasion en que soplaba el viento del Sur, que era cuando más se exacerbaba su locura.

Nunca habia hablado conmigo la pobre loca; pero entónces, al verme, dejó de prestar atencion á sus perseguidores, y dirigiéndose á mí, me dijo en tono iracundo:

—Usted tiene la culpa de que estos judíos me persigan y se desvergüencen conmigo.

—¿Por qué, D.ª Petra? le pregunté.

—Porque me ha sacado V. á relucir en el periódico equivocando mi nombre y mi pueblo. Sepa V. que yo me llamo Petra, y no Marta, y soy de Bilbao, y no de Agen.

Así diciendo, se alejó de mí amenazándome con una sillita de tijera que solia llevar pendiente del brazo, y volvió á emprenderla con los muchachos que se divertian con ella.

Pasó algun tiempo, y volví á encontrarla en ocasion en que su locura era completamente pacífica, y atravesando la calle se dirigió á mí, y alargándome afectuosamente la mano, me dijo casi llorando :

—¡Gracias, D. Antonio! ¡Ya sé que contó V. la historia de la loca de Agen para que los muchachos dejáran en paz á la loca de Bilbao!

Vino la guerra civil, y yo me ausenté con mi familia á Madrid. Al regresar á Bilbao, terminada la guerra, pregunté por D.ª Petra, extrañando no verla en las iglesias ni en el corrillo donde forman tertulia los oficiales á la puerta del cuartel, y supe con gran sentimiento que durante el bombardeo de la villa le habia dado muerte un casco de granada.

Yo no tengo flores poéticas para cubrir el sepulcro de la loca de Bilbao como cubrió Jazmin el de la loca de Agen, recordando que de niño la habia perseguido gritándole : «¡Marta, un soldado!» Pero acaso las tenga algun poeta recordando que de niño persiguió á aquella

infeliz gritándole : «¡D.ª Petra la loca, amiga de soldados!»

Hé aquí ahora el delicado y tierno poemita popular del poeta gascon, tal como me ha sido posible trasladarle á nuestra lengua :

PRIMERA PARTE.

1798.

El sorteo.—Corazones diferentes.—La baraja.—El quinto.—El juramento.

I.

Junto á la márgen del Lot, cuyas aguas trasparentes y frescas corren, corren sin cesar silenciosas, hay una casita escondida bajo el frondoso ramaje de los olmos, y en aquella casita, una hermosa mañana de Abril, al mismo tiempo que en Tonneins una muchacha esperaba animosa el resultado del sorteo, otra muchacha meditaba, y luégo rezaba, y luégo no sabía qué hacer, ni cómo estar, porque tan pronto se sentaba como se levantaba y se volvia á sentar. Al ver su inquietud hubiérase creido que el suelo le quemaba los piés.

Y aquella muchacha reunia cuantos atractivos se necesitan para agradar, porque rara vez se ven en el mundo reunidos tantos : cintura delgadita, cuerpo derecho, tez blanca, cabello negro y ojos azules, azules como el cielo, y luégo maneras tan delicadas, que sin dejar de ser menestrala, era entre las menestralas señorita.

Todo esto lo sabía ella muy bien, porque junto á su

lecho pendia un espejito reluciente y claro; pero aquel dia no se habia mirado al espejo, porque otra cosa absorbia todos sus pensamientos. Su alma estaba inquieta, porque la pobre muchacha aplicaba cada instante el oido, y al menor ruido se ponia descolorida.

Alguien llega; es Anita, su vecina. A primera vista se conoce que Anita está triste tambien; pero muy pronto se adivina que la tristeza pasa por su corazon sin echar raíces en él.

—¿Estás contenta, Anita? le preguntó la primera. ¿Están ya libres? Dime, ¿está libre ya?

—Aun no lo sé, Marta; pero ten ánimo, mujer. Ya son las doce y no tardarémos en saberlo; pero ¡tiemblas como la hoja en el árbol, y tu cara me da miedo! Qué, ¿te moririas si Santiago saliese soldado?

—¡Me parece que sí!

—¡Qué tonta eres! ¡Morirte! No seas niña. Yo quiero á José, y si sale soldado, lo sentiré mucho y hasta lloraré un poquito; pero morirme..... Ningun hombre se muere por ninguna mujer; y como el refran dice: «Más pierde el que se va que el que se queda»..... Anímate; y para que te animes, vamos á echar las cartas. Esta mañana todas las buenas salieron para mí; verás cómo salen para tí ahora. Yo estoy tranquila y espero que lo has de estar tú tambien. Anda, verás cómo una carta buena te consuela.

Y la jóven locuaz hace sentar á su amiga, suspende de repente su charla y su risa y despliega un papel brillante como el tafetan, y una baraja aparece en sus blancas manos.

El corazon que más cree es el que más padece; Marta no tiembla ya, porque espera. Sin embargo, las dos amigas se entregan con temor á aquel terrible juego, porque una y otra dicen á la par :

Cartitas bonitas,
Os pido por Dios
Que buenas noticias
Me deis de mi amor.

Y las cartas, barajadas y vueltas á barajar, se ponen en tres montones y se vuelven á barajar por tres veces. Tres veces hay que alzar y ya está hecho. ¡Buena señal! ¡La primera carta es un rey! Las cartas van cayendo sobre la mesa, y cuatro ojos hermosos siguen como espantados el movimiento de los dedos que sacan las cartas.

En los labios de Marta aparece al fin una dulce sonrisa, porque el caballo de oros aparece, y la sota de copas le sigue. ¡Si no sale ningun basto, Santiago se salvará! El juego parece prometerlo, porque nueve bastos están fuera y uno solo queda en la baraja. Y ya no temen más que el basto. Anita, que es la que da, sonrie, y Marta, que es la que toma, se detiene..... porque, como cabeza de muerto arrojada á un festin, el caballo de bastos aparece gritando : «¡Desgracia!»

Y de repente, en el camino, el bullicioso són de un tamboril lanza una risa sarcástica, que va á mezclarse en el espacio con el sonido del silbo y los alegres cantares. Se adivina fácilmente lo que aquella música y aquellos cantares significan. Los mozos que han salido li-

bres, los mozos á quienes el espantoso demonio de la guerra deja por compasion en los campos nativos, vienen cantando y bailando en dos filas. Cada cual trae en el sombrero el número salvador, y muy pronto, en torno de ellos, todas las madres llorarán de alegría..... ¡ó de dolor!

¡Qué momento para las dos jóvenes, á quienes las cartas han sumergido en hondo espanto! El ruido se acerca; Marta es la primera que, queriendo salir de su horrible incertidumbre, se lanza á la ventanita de la habitacion; pero de repente retrocede exhalando un grito, y cerca de Anita, que tiembla espantada, va á caer fria y exánime.

Las cartas no habian mentido; entre los mozos que tornaban felices al pueblo nativo venía José, y Santiago faltaba, porque Santiago habia sacado el número tres.

Dos semanas despues la locuaz Anita, vestida de novia, salia de la iglesia, adornada de flores; y en la casita triste, un pobre quinto llamado Santiago, con lágrimas en los ojos y morral á la espalda, decia á su novia, deshecha en llanto:

—Tengo que partir, Marta, porque la desgracia nos separa; pero no todos los que van á la guerra quedan en ella. Yo no tengo padre ni madre; yo no tengo quien me quiera sino tú. Si Dios conserva mi vida, mi vida te pertenece. Espera, Marta, que yo vendré á entregártela al pié del altar como un ramillete de amor!

SEGUNDA PARTE.

Tristeza.—Las golondrinas.—Marta resucitada.—La linda vendedora.—Santiago será redimido.

II.

Ha vuelto el mes de Mayo, que tanto regocija cuando vuelve. Rey de los meses, lleva corona y se rodea de placer. Ha vuelto el mes de Mayo, que tanto regocija cuando vuelve. En los altos y en los llanos todos le cantan, porque viene poquito á poco, y como el relámpago se va. Y en todas partes no se oyen más que cantares, y en todas partes no se ven más que bailes y hermosas procesiones. La primavera pasa, pero los placeres quedan, y sólo una vocecita dulce y triste se queja así:

—Las golondrinas han vuelto, y allá arriba en su nido veo una parejita. ¡No las han separado como á nosotros! ¡Ya bajan, ya están aquí, casi se posan en mi hombro! ¡Qué lindas y lustrosas son! Todavía tienen en el cuellecito la cinta que Santiago les puso el dia de mi santo el año pasado, cuando venian á picotear en su mano las mosquitas doradas que ambos cogiamos para ellas!

»¡Cómo querian á Santiago! Aquí donde yo estoy sentada le buscaban con sus brillantes ojitos! ¡Pobres pajaritos, por más que revoleis en torno de mi asiento no encontraréis á Santiago! ¡Yo soy la única amiga de Santiago, yo soy la única persona en este mundo que llora por él, porque la amistad se cansa de los que lloran! No me abandoneis vosotras. El sol dora mi cuartito y

yo haré cuanto pueda para que no os canseis de mí. No os vayais, pajaritos queridos de Santiago, ¡porque tengo tanta necesidad de hablar de él con álguien!.....

»No son desagradecidos, no, porque parecen comprender el bien que su compañía me hace. ¡Cuánto se acarician las dos pobres avecillas! Sí, sí, acariciaos cuanto querais, porque vuestra felicidad me alegra. Quiero á estos pobres pajaritos, porque en serme fieles se parecen á Santiago..... ¡Ah, sí, Santiago tambien me lo es; pero nadie mata á las golondrinas, y á los hombres los matan los hombres!

»¿Por qué no me escribirá?..... ¡Dios mio, quién sabe dónde estará ahora! Me parece que van á decirme: «¡Ha muerto!» ¡y siempre, siempre estoy temblando por él! ¡Ay, este miedo me oprime el corazon! Vírgen Santísima, libradme de este miedo, porque la calentura me abrasa y me voy muriendo. ¡Santa Madre de Dios, yo quiero vivir si Santiago vive! ¿A dónde habeis ido, golondrinitas hermosas? ¡Ah, me quejo en voz alta y os espanto! No me desampareis; volved á tomar el sol en mi cuartito, que yo me quejaré en voz bajita, bajita, para que no os canseis de mí. ¡Volved, volved, pajaritos queridos de Santiago, que tengo necesidad de hablar de *él!*»

Así se quejaba todos los dias la pobre huérfana, y á su tio, que era ya ancianito, se le partia el corazon oyéndola quejarse. Marta le habia visto llorar, y quiso hacer un esfuerzo para calmar la pena del anciano disimulando la suya.

Hay corazones llenos de fuerza, y los hay que carecen de ella. El de Marta era de estos últimos, y sucumbió

en la lucha. Marta se moria, y las gentes, siempre superficiales, siempre dispuestas á burlarse del mal ajeno, se reian de su tristeza y se negaban á creer en ella.

Sin embargo, cuando llegó el dia de Todos los Santos ; cuando durante la misa se vió que ardian por la moribunda dos velas en el altar de la Vírgen, y cuando el señor cura dijo : «¡La muerte se cierne sobre el lecho de una jóven desventurada! ¡Buenas almas, rogad por Marta, que está en la agonía!.....», todos bajaron la cabeza avergonzados, y de todos los corazones salió el Padre-nuestro bañado en lágrimas.

Pero Marta no murió. Despuntaba el alba, y el sepulturero abria una fosa. Un anciano se sentó á la cabecera de la moribunda y dijo á su pobre sobrina una palabra; esta palabra, que Marta recibió en el corazon, bastó para salvarla!

¡Salvada está la huérfana! El fuego de la vida torna á sus ojos, y su sangre refrigerada vuelve á circular bajo la blanca tez.

—Todo está dispuesto, hija mia, le dice su tio sonriendo, y la jóven responde :

—¡Trabajemos, trabajemos!

En fin, ¡quién lo creeria! Marta resucitada vive para otro amor, para el amor del dinero! Quiere dinero, sólo la sed de dinero la atormenta, y con su sangre le adquiriria. Toda mano valiente le adquiere con el trabajo, y valiente será la suya.

¿Quién es esa vendedora que se ha establecido bajo el arco, y en su tiendecilla hace tanto ruido, tanto ruido, y compra y vende sin cesar? Es Marta; todos la alaban

porque es buena, porque es cariñosa. Sus parroquianos forman sin cesar la bola de nieve. Hoy tiene veinte, y mañana cuarenta, y siempre el dinero afluye á su tiendecilla.

Un año ha pasado así.

Marta trabaja y es dichosa, porque Santiago vive; ¡le han visto sano y bueno! Más de una vez su brazo desfallece y sus ojos se anublan, oyendo hablar de una batalla; pero su valor se repone, porque nada se dice de un regimiento cuyo nombre conoce ella muy bien.

Un dia le dice su tio, á solas con ella en su cuartito:

—Marta, para alcanzar la dicha á que aspiras se necesitan mil francos y los tendrás pronto. Poquito á poco hila la vieja el copo. No venderémos la casa. Mira el cajon. Con el dinero de la viña y lo que tú has ganado ya tienes más de la mitad. Espera medio año más. ¡Qué quieres, hija! La dicha se alcanza con trabajo, pero tú ya has subido las tres cuartas partes de la altura. Hija mia, acaba tu jornada. Yo estoy contento, porque espero verte dichosa ántes que Dios me llame.

El pobre anciano se engañaba en esto último: quince dias despues cerró la muerte sus ojos, y Marta lloraba en el camposanto sobre una sepultura.

Una tarde no faltó quien la oyera decir allí:

—¡Las fuerzas me faltan! Tio de mi alma, que tanto me quisiste, perdóname, que ya no puedo esperar más! El señor cura me permite que no espere.

Y así que amaneció el dia siguiente, á los ojos de la aldea sorprendida, muebles, tiendecilla, casita, todo, todo cambió de dueño. Marta lo vendió todo, sin reservar más que dos cosas: una crucecita dorada que Santiago

le regaló, y el vestido de color de rosa con ramitos azules que á Santiago le gustaba mucho. Marta queria dinero y ya le tenía, ya tenía los mil francos que necesitaba! Pero ¿qué va á hacer tan sola y jóven? ¿Qué va á hacer? ¡Pobre niña! ¡El pensarlo desgarra el corazon!

Ya sale de casa. ¡Miradla, miradla! Alegre y vestida de luto, parece, al dejar su casita, el ángel del dolor, que extiende el vuelo hácia la felicidad que acaba de sonreirle un poco.

Parece un relámpago; su piececito ligero, ligero, ligero, apénas toca el suelo. Ha entrado ya en una casa silenciosa y tranquila. Un hombre de cabellera blanca, un sacerdote, la recibe con paternal cariño.

—Señor cura, le dice Marta queriendo arrodillarse á sus piés, os traigo todo lo que poseo. Ahora ya podeis escribirle. Comprad su libertad, ya que sois tan complaciente y tan bueno para conmigo. No digais quién le redime. ¡Ay! ¡demasiado lo adivinará él! No me nombreis para nada ni temais por mí. Tengo fuerza en mis brazos y trabajaré para vivir. ¡Tened compasion de mí, señor cura!..... ¡Devolvédmele, que no puedo ya vivir sin él!

TERCERA PARTE.

El cura de aldea.--Dicha de la doncella pobre.—Santiago libre.—Vuelta de Santiago.—¡Quién lo creyera!

III.

Pláceme el cura de aldea. Para hacer amor á Dios y aborrecer al demonio no necesita, como el cura de la

ciudad y la villa, levantar su espíritu sobre la santa montaña y agotar sus fuerzas probando, con el libro abierto, la existencia del cielo y del infierno. En torno suyo todo cree y todo reza. En las aldeas se peca como en todas partes, pero al sacerdote de los campos le basta levantar la cruz para que el mal huya y el pecado apénas nacido desarraigue.

Sí, yo amo y encuentro hermoso el cura de aldea. Desde su púlpito de tosca madera todo lo descubren sus ojos. Su campana aleja el pedrisco y el rayo. Tiene los ojos siempre fijos en su rebaño, y si una oveja se descarría, él lo ve, y va en su busca y la devuelve al aprisco. Tiene perdon para las culpas y bálsamo para las penas. Su nombre breve y bendito llena los valles, y él es el médico de las enfermedades del alma.

Hé aquí por qué Marta habia encontrado en el cura de la aldea bálsamo que calmase sus dolores.

Pero si desde el fondo de su parroquia el hombre del cielo habia podido desterrar el pecado y el pensamiento maligno, su santa influencia no podia alcanzar lo mismo al soldado sin nombre confundido en un ejército y que no escribia hacía tres años, mucho ménos cuando al ruido de los tambores y las cornetas y los cañones, seiscientos mil franceses iban alegres á dominar fieramente todas las capitales y á quebrantar y ahuyentar todo lo que se oponia á su marcha, descansando en la tierra extranjera únicamente para correr más léjos aún.

Es cierto que el verano anterior el tio escribió á Santiago várias veces; pero el ejército habia hecho triple campaña, y Santiago, segun decian, habia cambiado de

regimiento. Unos le habian visto en Rusia, otros en Alemania, y no se sabía de él cosa positiva.

Tanto más se explica esto, cuanto que Santiago no conocia pariente alguno. Digámoslo todo : el lindo soldado procedia de esa casa donde multitud de niños viven de la caridad, que allí les sirve de única madre. Buscó la suya largo tiempo y no la encontró nunca. Ardia en deseos de ser amado; lo fué, y á no ser por la guerra, donde habia sido amado hubiera trascurrido toda su vida.

Ahora, que lo sabemos todo, dejemos al buen cura en medio de los cuidados que su bondad le cuesta, escribiendo un plieguecillo de papel para que le lleve el correo.

Pasemos á la humilde casita de Marta. La doncella pobre permanece en ella, trabaja que trabaja. ¡Cómo ha cambiado todo allí! Ayer Marta tenía su ajuarcito y hasta dinero en la cómoda; hoy no tiene más que un banquillo, un dedal, un alfiletero y una rueca. Hila y cose, pero no nos lamentamos de que fatigue tanto sus dedos. Cuando era rica, lloraba; ¡ahora, que es pobre, rie! ¡Santiago se verá libre, y su vida y libertad deberá á ella! ¡Santiago la ama más que nunca, y no hay pobreza que valga cuando se ama y se es amado!

¡Qué dichosa es la doncella pobre! ¡La miel dora su porvenir, y su alma saborea ya la primera gota! ¡Miel y flores en torno de ella, miel y flores en todas partes! Trabaja, trabaja, trabaja, y toda la semana, entre dos gotas de miel y nubes de perfume, su dedal rechina, y su pensamiento pinta tantos dias sin nubes como su huso da vueltas y su aguja da puntadas.

Pero todo esto iba ya haciendo ruido en los campos, y entre las gentes, para ella siempre buenas, no habia quien no la amase. Por la noche habia serenatas para Marta, y por el dia regalitos delicados, que las muchachas le ofrecian con ojos y corazones amigos.

Anita se llevaba la palma en obsequiarla y amarla. Marta es dichosa y cree en los cantares que le prometen la felicidad. Desde su cuartito los escucha, y en seguida duerme toda la noche arrullada por ellos.

Un domingo por la mañana, despues de misa, el señor cura, amado de todos, y de ella mucho más, va á verla con la frente iluminada de gozo y con un papel doblado en la mano, que tiembla de alegría y ancianidad.

—Hija mia, le dice, el cielo te bendice y me ha ayudado. Es cosa hecha, está ya libre y nada ha adivinado. Me escribe, y un poco vanidoso, cree que su madre se ha dado al fin á conocer, es rica y le ha redimido. ¡Ah! deja que venga. Cuando sepa todo lo que te debe, todo lo que has hecho por él, estoy seguro de que te amará sobre todas las cosas humanas. Hija mia, el dia de la recompensa va á brillar. Prepara á ese dia tu corazon. Santiago llegará, y quiero que estés á mi lado cuando llegue para que yo le haga comprender ante la aldea toda cuán feliz se debe considerar siendo amado de un ángel como tú!

Dícese que los bienaventurados oyen en el cielo armonías que inundan de placer, y Marta, al oir estas palabras, que descendian á su corazon, creyó que tambien en la tierra se oyen las armonías del cielo!

Al fin llegó el domingo. Todo irradiaba como el oro,

iluminado por un hermoso sol de Junio; en todas partes la multitud cantaba; para todos era la fiesta de aquel dia!

Suenan las doce; inmediatamente el anciano sacerdote, que acababa de separarse de la santa mesa, aparece acompañado de la doncella de frente inmaculada. Los párpados de la jóven descienden sobre el puro azul de los ojos. El rubor embarga su voz, y sólo habla en ella el amor que le grita: ¡felicidad!

La multitud se reune en torno del sacerdote y la doncella. Todo es hermoso y grande; diríase que los campesinos esperan á un gran señor, y saliendo todos de la aldea, se apostan en el camino real.

Nada en el primer trecho del camino, nada en los lejanos, nada más que la sombra de los ribazos, interrumpida de cuando en cuando por el sol.

De repente aparece un punto negro, que crece y se mueve..... Dos hombres..... dos soldados..... El más alto debe ser él. ¡Con qué garbo camina! Ha crecido en el ejército. Ambos siguen avanzando..... ¿Quién será el otro? Tiene aire de mujer..... Sí, debe ser alguna forastera. ¡Y es graciosa y bella! Viste de cantinera. ¡Dios mio, una mujer con Santiago! ¿A dónde va? Marta no aparta los ojos de ellos, triste como una muerta. Lo mismo el señor cura que todos los vecinos tiemblan, se estremecen, no se atreven á hablar. Ya se acercan..... se acercan..... ya están á veinte pasos, sonriendo, jadeantes. Pero ¿qué es lo que desconcierta de repente á Santiago? ¡Es que ha visto á Marta, y tembloroso, avergonzado, se detiene!

El sacerdote no vacila, y con su voz sonora y robusta, que infunde horror al pecado,

—Santiago, pregunta, ¿quién es esa mujer?

Y Santiago, bajando la cabeza como un criminal, responde:

—La mia, señor cura, la mia..... vengo casado.

Un grito de mujer se oye, y el sacerdote se vuelve, porque este grito le ha espantado.

—¡Hija mia, valor! ¡Hay que padecer en la tierra!

Pero Marta ni siquiera respira, y todos fijan la vista en ella pensando que va á morir. Se equivocan, que Marta no muere; al contrario, parece hallarse contenta. Mira graciosamente á Santiago, y luégo, de repente, rie, rie como una loca.

¡Ay! no puede reir de otro modo, porque está loca la pobre jóven! ¡Al oir las palabras del infiel ha perdido la razon para no recobrarla jamás!

Santiago, cuando lo supo todo, desapareció de la aldea, y se dice que, fuera de sí, volvió al ejército, y allí el desgraciado, como alma condenada, cansado de la vida, se arrojó á la boca de un cañon que vomitaba hierro y fuego.

La verdad es que Marta se alejó de la aldea una noche, y desde entónces vimos en nuestra ciudad á la pobre loca por espacio de treinta años tendiendo á nuestra caridad la mano.

En Agen se decia al verla pasar:

—Cuando Marta sale, hambre tiene.

Nada se sabía de ella, y sin embargo, todos la amaban.

Únicamente los muchachos, que de nadie se compadecen y rien de todo lo triste, le gritaban:

—¡Marta, un soldado!

Y Marta, que tenía miedo á los soldados, huia al oir esto.

Ahora ya sabeis por qué temblaba al oirlo.

Yo, que le grité así muchas veces, hoy, que conozco su conmovedora historia, quisiera cubrir de besos sus harapos y pedirle perdon de rodillas; pero ya que sólo encuentro una sepultura..... ¡la cubro de flores!

LAS ROMERÌAS.

LAS ROMERÍAS [1].

Á D. VICENTE DE ARANA.

I.

Querido Vicente: El cuento popular que va V. á leer acaso permaneceria en mi cartera en forma de breves apuntes, si la víspera de San Vicente mártir, del presente año 1880, no nos hubiéramos encontrado V. y yo en Abando, cerca de la iglesia parroquial donde recibió usted el bautismo y están los recuerdos religiosos más queridos y venerandos para V. y su buena familia.

A pesar de que corrian los últimos dias del mes de Enero, era el tiempo todo lo hermoso que puede ser en tal estacion: la temperatura, que en nuestros apacibles valles de Vizcaya apénas desciende nunca al grado de congelacion, era este cruel invierno tan baja, que ya se habian helado casi todos los naranjos y limoneros de los mismos valles; pero si de noche helaba con intensidad

---

(1) Este cuento popular se ha añadido á los mencionados en el Prólogo, despues de estar el Prólogo impreso.

aquí desconocida, de dia brillaba el sol espléndidamente, porque, como dije, no recuerdo en cuál de mis escritos, el cielo de Vizcaya cuando le da por vestirse de azul, que es pocas veces, hasta la camisa se pone de este hermoso color.

Como sé el amor que tiene V. á todo lo que se relaciona con la aldea natal, cuyos amenos campos han inspirado á su alma de verdadero poeta y á su patriotismo de verdadero vizcaíno tantos hermosos versos y tantas hermosas leyendas, de cuyo mérito da testimonio el éxito de su libro modestamente titulado *El Oro y el oropel*, habléle á V. de la festividad del dia siguiente, cuya romería tenía probabilidades de ser muy concurrida y alegre, merced á la hermosura del tiempo.

Cuando yo era niño pasaba casi todo el año pensando en la romería, ó mejor dicho, en las romerías de la aldea, y particularmente en las de Nuestra Señora de la Asuncion y San Roque, que eran las principales. Aunque se celebraban en el mes de Agosto, ó lo que es lo mismo, en la mejor estacion del año, mi inquietud era grande temiendo que coincidiese con ellas algun temporal de aguas, que aunque fuese como bendicion de Dios para los maizales, cuya cosecha es segura si las aguas no faltan desde mediados de Julio á mediados de Agosto, anulase las romerías de Nuestra Señora y San Roque, por nosotros, la gente menuda, y áun la moza, tan esperadas y ansiadas durante todo el año.

El único tributo que mi padre pagaba á la industria editorial consistia en comprar en la feria de San Andres de Gordejuela el calendario del año siguiente, y un nue-

vo y curioso romance para mí, que tenía loca aficion á estos romances, con cuya lamentable lectura, con la audicion de los cantares de las muchachas de la aldea y con los encantos que la primavera traia á los bosques y heredades que rodeaban la casería paterna, empezaron á desarrollarse mis aficiones á la poesía artística, cuyo cultivador en España

Es una planta maldita
Con fruto de bendicion,

como poco más ó ménos ha dicho Zorrilla, y como poco más ó ménos lo dice lo pobre, y á veces maltratado por las gentes que ménos autoridad tienen para ello, que se encuentra algun amigo de V. despues de haber encerrado en cerca de treinta libros el fruto que pacientemente ha ido recogiendo de ese cultivo.

Al recibir de manos de mi padre con ánsia y alegría indescriptibles calendario y «curioso romance», no era éste ni era el «juicio del año» del calendario lo primero que devoraban mis ojos, sino el pronóstico astronómico del mes de Agosto, para saber si prometia ó no buen tiempo para los dias 15 y 16 á que corresponden las romerías de la Asuncion y San Roque.

Mi propension, acaso errónea, á juzgar el corazon ajeno por el propio, me llevó, al encontrarme con V., querido Vicente, la víspera de la fiesta de su aldea, á pensar en lo que sentia yo la víspera de la fiesta de la mia, y le dí la enhorabuena por el hermoso tiempo con que se iba á celebrar la fiesta de San Vicente de Abando.

—Hasta los santos, me contestó V., tienen más ó mé-

nos fortuna. Nuestro querido y venerado San Vicente mártir, que fué un gran santo, tiene la desgracia de que su fiesta se celebre en el rigor del invierno, y por bueno que sea el tiempo que corresponda á ella, es mucho ménos lucida que la del santo más modesto cuya fiesta se celebra en verano.

Parecióme recordar en aquel instante que entre la multitud de cuentos populares que yo habia recogido de boca de las gentes que llamamos del pueblo, habia uno que respondia á esta queja de V. y la desvanecia elocuentemente, pero no pude precisar los términos y las razones en que estaba formulado; y apénas regresé á casa, me dediqué á revisar los cuadernos que he ido llenando de apuntes en mis correrías por las aldeas vascongadas.

Al fin dí con el cuento popular que buscaba. Este cuento sólo ocupa en mis apuntes un par de docenas de renglones y lleva la siguiente nota: «Contónos este cuento *Músquis* el de Durango, con motivo de quejarnos de que la fiesta de San Blas se celebrase en Abadiano en invierno.»

No sé, querido Vicente, si sabrá V. quién fué *Músquis*. Se llamaba Nicolás de Zabala, pero era conocido con el apodo de *Músquis* por su aficion á comer cositas buenas (que, como V. sabe, esto quiere decir tal apodo), y con él adquirió mucho renombre en la merindad de Durango, donde á cada paso se encuentra quien refiera ingeniosísimas anécdotas y cuentos que han sobrevivido al buen *Músquis*. No sé si éste los inventaba ó los recogia de boca de otros, pero lo cierto es que todos eran in-

tencionados, agudos y oportunos, como el de las Romerías, que va V. á leer.

Antes de ensayarme en dar á los apuntes de este cuento la forma que el cuento tenía en boca de *Músquis*, necesito decir algo acerca de esta forma, á pesar de que ya lo he hecho en *Mari-Santa* y en algun otro libro mio.

Es comunísimo que en los cuentos populares intervengan entidades y cosas santas: Dios, la Vírgen, San Pedro, las puertas del cielo y el cielo mismo figuran frecuentísimamente en los cuentos populares, y al hablarse en estos cuentos de cosas tan santas se emplea la forma vulgar, familiar, puramente humana, y no puede ser otra cosa, porque el pueblo ni concibe ni puede usar otra forma ni otro lenguaje, porque no los conoce. Lo que en este punto sucede con los cuentos sucede tambien con los cantares populares, en prueba de lo cual recordaré á V. aquel que dice:

A San Pedro en el cielo
Le dijo Cristo:
—Ahí te entrego esas llaves;
Agur, Perico.
Y él le respondió:
—Vaya usted descuidado,
Que aquí quedo yo.

Ahora bien: el que como yo se dedica á recoger ese tesoro de filosofía y de sentimientos ingenuos, y con frecuencia de profunda moral, que oralmente ha ido pasando de siglo en siglo, reflejando la inventiva, las pasiones, el espíritu, las vicisitudes y hasta los modismos de la vida popular; el que como yo se dedica á esta tarea, á que se da grande y merecida importancia en todos

los pueblos cultos, no puede por mal entendidos escrúpulos incurrir en el absurdo de despojar á los cuentos populares de lo que más los caracteriza, que es la forma popular, vulgar, familiar que tienen en su orígen, porque muy absurdo sería, estéticamente pensando y hablando, aunque fuese muy santo, el poner en boca del pueblo que habla de Dios, de la Vírgen, de San Pedro y del cielo, palabras y conceptos de forma tan elevada como corresponde á entidades y cosas tan santas. Lo único que en mi concepto puede y debe hacer el que como yo se dedica á dar ingreso en la literatura patria á estas creaciones populares, es hacer lo que yo hago: darles la direccion moral y filosófica, y la forma artística, y por tanto verosímil, que con frecuencia les faltan.

El pueblo no cree pecar de irreverencia poniendo en boca de Dios, ni de la Vírgen, ni de los santos palabras y conceptos familiares y vulgares, porque no concibe otras palabras ni otros conceptos. Haya, como casi siempre hay, en el fondo de esos conceptos y esas palabras la reverencia que entidades tan elevadas y sántas merecen, y eso es lo principal, y eso es lo que basta para que nadie con razon pueda acusar al pueblo ni al recopilador de sus cuentos y cantares de que rebajan lo que se debe enaltecer.

En cuanto al cuento popular de *Las Romerías*, léale usted, querido Vicente, y dígame luégo si con la profunda moral religiosa y práctica que encierra no está superabundantemente compensado el *rebajamiento* que algunos espíritus meticulosos y faltos de lógica puedan encontrar en su forma popular.

II.

Los gritos de alegría que se daban en las romerías de Vizcaya desde principios de Mayo á principios de Octubre llegaban al cielo, y el glorioso San Blas, obispo y mártir, cansado de oirlos, exclamó :

—¡Esto es para acabar con la paciencia de un santo! ¡Conque los que tenemos la desgracia de que nuestra fiesta caiga en invierno nos hemos de contentar con que todo el obsequio que se nos haga se reduzca á cubrir el expediente con la asistencia de unos cuantos devotos, con encendernos un par de velas de mala muerte y con decirnos una misilla sin sermon ni nada, al paso que para los que tienen la fortuna de que su fiesta caiga en verano, todos los obsequios han de parecer pocos, como que Vizcaya se despuebla para ir á visitarlos, campaneo por aquí, cohetes y tamboriles por allá, gritos de alegría por todas partes, la iglesia como un ascua de oro todo el santísimo dia, misas desde que Dios amanece ó ántes, misa mayor diaconada y cantada y áun con sermon y música, ofrendas de dinero, de cera y ex-votos, en fin, obsequios y más obsequios! ¡Si esta desigualdad entre las fiestas de invierno y las de verano es justa, que venga Dios y lo vea! Nada, nada, desde hoy mismo pongo piés en pared para que esto no continúe así, y estoy seguro de salirme con la mia, porque el Señor es justo en todo y por todo, y no puede consentir por más tiempo esta desigualdad, que es obra de los hombres.

En efecto, el glorioso San Blas se dedicó inmediatamente á hablar del asunto á todos los santos y santas cuya festividad caia en invierno, y tuvo la satisfaccion de que todos ellos conviniesen en que tenía mucha razon y era necesario tomar una determinacion que acábase para siempre con la monstruosa desigualdad de que San Blas se quejaba tan fundada y amargamente.

Y tan terminante y unánime fué el asentimiento de todos y todas, que no hubo la menor discrepancia, y en este asentimiento tuvo sin duda orígen la frase «díjolo Blas y punto redondo», que quedó como proverbial desde entónces.

A propuesta del mismo San Blas se convino en celebrar una reunion general para discutir el asunto con la madurez debida y acordar lo que convenia hacer para el buen éxito de la pretension.

Llegado el dia de la reunion, fue ésta tan concurrida, que no faltó á ella ningun santo ni santa de los que en Vizcaya tienen erigido templo ó altar, con tal que su festividad cayese desde 1.º de Noviembre á 1.º de Mayo.

El mismo San Blas dió cuenta en un breve pero elocuente discurso del objeto de la reunion, y acogidas sus explicaciones con unánimes muestras de aprobacion y asentimiento, se procedió á la eleccion de mesa que dirigiera la discusion, recayendo la presidencia en el patriarca San José, como debido homenaje al glorioso padre putativo de Nuestro Señor Jesucristo, y el cargo de secretario en el Santo Angel de la Guarda, como el más jóven y apto para tan importante cargo.

Despues de una detenida discusion, en que, como es de suponer, reinó el mayor órden, y por todos los que tomaron parte en ella se manifestaron los más santos propósitos, se convino por unanimidad en redactar una exposicion al Señor y presentársela por medio de una comision, que se convino tambien constase de los bienaventurados que componian la mesa.

El Santo Angel de la Guarda, valiéndose de una pluma que arrancó de sus alas, redactó en el acto la exposicion, que se leyó y aprobó unánimemente en medio del mayor entusiasmo, y hasta fué calificada de documento notabilísimo por autoridades tan competentes como el glorioso apóstol Santo Tomás, que, como es sabido, nunca pecó de optimista.

La comision, presidida por el patriarca San José, se presentó al Señor, que la recibió con la benevolencia que era de esperar, y más yendo presidida por su glorioso padre; y éste, despues de exponerle en breves pero expresivas frases lo que los santos cuya festividad cae desde 1.º de Noviembre á 1.º de Mayo solicitaban para poner eficaz correctivo á la injusticia de los hombres, le entregó la exposicion.

Leyóla el Señor en el acto con mucho detenimiento, expresando su divino rostro el placer que le causaba la lectura de documento tan bien puesto, y en seguida dijo al santo presidente de la comision:

—Padre, me parece justo que en Vizcaya se festeje á los santos cuya festividad cae en invierno con la misma devocion y el mismo lucimiento con que se festeja á aquellos cuya festividad cae en verano; pero para que así su-

ceda habria que trastornar las estaciones, y esto sería en perjuicio de la mayoria de los santos, porque es público y notorio que la inmensa mayoría de los que reciben culto en Vizcaya se compone de aquellos cuya festividad corresponde á los meses de Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre y Octubre. Si esta exposicion fuera de la mayoría, yo me apresuraria á resolverla con un «Como se pide», pero como es de la minoría, no tengo más remedio que resolverla con un «No ha lugar.»

Iba el patriarca San José á replicar á su Divino Hijo putativo, cuando se oyó un gran ruido á las puertas del cielo. El Señor tiró de la campanilla, y en seguida acudió el glorioso San Pedro.

—¿Qué ruido es ése, Pedro? le preguntó el Señor.

—Señor, contestó el santo portero del cielo, son todos los difuntos de Vizcaya, que dicen debe contárselos entre los santos para todo lo que se relaciona con las festividades, puesto que ellos tienen tambien la suya, y no en uno ó en algunos pueblos, como les sucede á los santos, sino en todos los del Señorío.

—Y tienen en eso mucha razon, dijo el Señor; pero ¿á qué vienen?

—Vienen, segun dicen, á adherirse á la exposicion que estos señores comisionados acaban de entregar á Vuestra Majestad.

Al oir esto el Señor, tomó la pluma y puso al pié de la exposicion : «Como se pide.»

III.

Las estaciones del año se habian trocado por completo en Vizcaya, de modo que el tiempo de las cerezas era en Diciembre y Enero, y el de los besugos, en Junio y Julio. En lugar de decirse «Por San Blas, besugos atras», se decia: «Por las Nieves, besugo no pruebes.»

Si á alguno de los pocos devotos que subian á la romería de San Antonio de Urquiola se le antojaba beber limonada, para hacerla no necesitaba enviar por nieve á las neveras de Gorbea, que en el campo del santuario, y hasta sobre su ropa, la tenía.

Por el contrario, la muchedumbre de devotos que acudia á las romerías de San Martin de Sopuerta, de San Andres de Gordejuela, de Santo Tomás de Olabarrieta, de San Anton de Bilbao, de San Vicente de Abando, de Santa Agueda de Baracaldo, y á otras que ántes se llamaban de invierno y entónces se llamaban de verano, pagaba á peso de oro la nieve para las limonadas.

La afluencia de bañistas á las playas de Pobeña, de Santurce, de Portugalete, de Guecho, de Plencia, de Mundaca, de Lequeitio y de Ondarroa era en Enero y Febrero, y en Junio y Agosto iba la gente de Bilbao á las Arenas y Portugalete, arrostrando el Noroeste, que cortaba la cara, á ver los buques que habian naufragado al pasar la barra, y las olas que como montañas saltaban por encima de los muelles.

Y por último, la república de Abando estaba comple-

tamente tronada, porque su feria de Santiago de Basurto caia en la estacion peor del año, y casi nadie iba á ella, y por consecuencia, casi nada producia á la república.

Notábase en el cielo, desde que habian cambiado las estaciones del año, una cosa extraordinaria y que nadie acertaba á explicarse, y era que San Martin, San Andres, Santo Tomás, San Anton, San Sebastian, San Vicente Mártir, Santa Agueda, Santa Juliana, el Angel de la Guarda, el patriarca San José, en fin, todos los santos y santas que tenian templo ó altar especial en Vizcaya, y en este concepto habian firmado la consabida exposicion, andaban tristes y disgustados, y con frecuencia se les oia murmurar por lo bajo, particularmente el dia de su fiesta: «¡Esto es un escándalo! ¡esto no puede seguir así!

Y digo que nadie acertaba á explicarse esta tristeza, este desasosiego, este disgusto, estas exclamaciones de indignacion de aquellos bienaventurados, porque todos el dia de su fiesta eran obsequiadísimos por el pueblo vizcaíno, que dejaba muy atras en estos obsequios á los que tributaba en otros tiempos á San Antonio, á San Juan, á San Pedro, á Santa Lucía, á la Magdalena, á Santiago, á Santa Ana, á la Asuncion de la Vírgen, á San Roque, á San Bartolomé, á San Antolin, á San Cosme y San Damian, á San Miguel Arcángel, en fin, á tantos y tantos santos y santas como en Vizcaya se festejan de Mayo á Octubre. Con decir esto está dicho que el bello ideal de San Blas y sus gloriosos compañeros de exposicion al Señor se habia realizado con creces.

Otra cosa no ménos extraordinaria y que tampoco na-

die acertaba á explicarse se notaba en el cielo desde que habian cambiado las estaciones del año, y era que todos los santos y santas cuya fiesta caia desde Mayo á Octubre andaban sobre manera alegres y con frecuencia se les oia exclamar: «¡Esto es una gloria! ¡Dios quiera que esto continúe así!»

Acababan de celebrarse las fiestas de San Vicente Martir en Abando, San Blas en Abadiano, y Santa Agueda en Baracaldo, y estos tres gloriosos santos estaban verdaderamente indignados y consternados, á pesar de que sus fiestas habian sido más concurridas, más espléndidas, más bulliciosas, más alegres, más locas que nunca.

Los tres santos tuvieron una entrevista, y á consecuencia de ella el glorioso San Blas, obispo, convocó á una reunion á todos los bienaventurados que habian firmado la exposicion pidiendo al Señor que pusiera remedio á la desanimacion, falta de concurrencia y poco lucimiento con que se celebraban las festividades de todos ellos.

Reunidos todos los santos y santas, el mismo San Blas tomó la palabra para exponer el objeto de la reunion.

—Señores, dijo, hay que reconocer que nos equivocamos de medio á medio todos, y yo el primero, al gestionar cerca del Señor para que nuestras fiestas, que caen de Noviembre á Abril inclusive, se celebráran del mismo modo que las que caen de Mayo á Octubre, ambos inclusive tambien. Supongo que á todos ustedes les sucederá lo que me sucede á mí y participarán por ello

de mi dolor y mi indignacion, y lo supongo con tanto más motivo, cuanto que ya se me han quejado amargamente de ello algunos de ustedes, y señaladamente la bienaventurada vírgen y mártir Santa Agueda.

—Pido la palabra para una alusion personal, dijo la santa baracaldesa. Y habiéndola obtenido, se expresó en los siguientes términos, teñido su virginal rostro por el carmin de la indignacion y la vergüenza:

—No sé si en todas las demas romerías de Vizcaya sucederá lo que sucede en la mia desde que coincide con la estacion de las postrimerías de las cerezas en lugar de coincidir con la de las postrimerías de los besugos. Es verdad que ántes el dia 5 de Febrero, en que se celebra mi fiesta, sólo subia á mi ermita un centenar de personas y se me hacian pocas ofrendas, y mi altar estaba modestamente iluminado, y todo el ruido y toda la alegría que animaban el campo de mi ermita se reducian á tocar el tamborilero unos cuantos corros y á bailar juntos, y como Dios manda, algunos matrimonios que habian subido á darme gracias porque por mi intercesion se habia curado la mujer de unas grietas que le salieron en los pechos cuando criaba al primer chiquitin, y querian recordar el baile que dió ocasion á que se conocieran y se quisieran y se casáran, y algunos mozos y mozas que empezaban á mirarse con buenos ojos, y al bailar no se atrevian á mirarse unos á otros sin ponerse colorados; es verdad que á esto, poco más ó ménos, se reducian todos los obsequios que entónces se me tributaban el dia de mi fiesta; pero aquellos obsequios valian muchísimo, porque procedian de corazones sinceros, piadosos y puros á

carta cabal. Pasaron aquellos tiempos, que yo, inocente de mí, creia desdichados oyendo y viendo desde mi alta ladera de Castrejana, en los meses de Junio, Julio, Agosto y Setiembre, los ruidosos obsequios que tributaban millares y millares de gentes á San Juan en Sondica, á San Pedro en Deusto, á Santiago en Abando, á la Vírgen en Begoña y Lejona, y á San Miguel en Basauri, y tras ellos vinieron otros, que todos nosotros, y yó la primera, anhelábamos y pedimos al Señor, y el Señor nos concedió, sin duda para castigar nuestro olvido de que lo que Él hace está sábia y justamente hecho, aunque á todos ménos á Él les parezca lo contrario, y lo que con estos nuevos tiempos vino, el rubor y la indignacion me impiden expresarlo.

Murmullos generales de asentimiento y de dolor interrumpieron á la santa oradora, que en concepto de todos hablaba como una santa, opinion que siempre merece del que le escucha ó lee el orador ó escritor que acierta á interpretar con fidelidad lo que piensa y siente el que le lee ó escucha.

IV.

Santa Agueda se sentó, indicando así que podia San Blas continuar explicando el objeto de aquella reunion, y en efecto, el Santo Obispo continuó:

—Señores, lo que acaba de decir Santa Agueda y lo que todos ustedes saben me excusa de continuar expli-

cando el objeto de esta reunion, que es, en resumidas cuentas, el de convenir en que, como vulgarmente se dice, nos cortamos la cabeza al pedir al Señor que se nos festejase como se festejaba á los santos y santas cuya festividad caia en verano, y una vez convenidos en esto, discutir y acordar el medio más eficaz de obtener del Señor que las cosas vuelvan al ser y estado que tenian desde tiempo inmemorial.

Todos ustedes convendrán en que las romerías de Vizcaya se han desnaturalizado de tal modo, que lo que es las de verano no tienen perdon de Dios, y por consiguiente, no pueden tenerle tampoco de los santos ni de los que aspiren á serlo. Originariamente eran una fiesta de carácter puramente religioso, á que el pueblo asistia para pedir una gracia al santo ó la santa, ó para dárselas por haberla recibido, y despues de haber practicado este piadoso acto, todos se volvian á su casa como unos viejos; despues no faltó quien creyese que los romeros al salir del templo no harian ascos á un bocado y un trago, con tanta más razon, cuanto que la mayor parte de ellos habian madrugado y á todos se les debia haber bajado el desayuno á los talones trepando á los vericuetos donde generalmente estaban los santuarios; una vez facilitada á los romeros la proporcion de echar un remiendillo al estómago en torno del santuario, como de la panza sale la danza, los romeros se decidieron á echar un bailecillo, pensando que echándole en debida forma no habria en ello pecado, pues el santo rey David solia echarle delante del Arca Santa; así siguieron las cosas por espacio de siglos hasta que llegaron estos tiempos, y las romerías,

perdiendo enteramente su carácter de fiestas religiosas, con un si es no es de inocentemente profanas, se convirtieron en desenfrenado alarde de glotonería, de embria guez, de deshonestidad, de camorra y de desobediencia á toda autoridad que intenta, por ejemplo, impedir que se baile, de modo que entre hombres y mujeres se hace públicamente lo que ninguna familia un poco decente consentiria que se hiciese en su casa. He explicado, pues, el objeto de esta reunion, y ahora á la reunion toca lo demas.

La reunion, despues de aplaudir estrepitosamente el discurso del glorioso San Blas, acordó que constituyeran la mesa los mismos señores que la habian constituido la otra vez, y despues de larga y sensata discusion, se convino en redactar una exposicion al Señor pidiéndole que volviera las cosas al ser y estado que ántes tenian.

Redactada inmediatamente la exposicion por el Santo Angel de la Guarda, que hacía de secretario, y aprobada por unanimidad, la firmaron todos y todas, y al dia siguiente la mesa, presidida por el patriarca San José, se presentó al Señor para entregársela.

El Señor recibió á la comision con su natural benevolencia y con la que era de esperar yendo presidida por su glorioso padre putativo.

Enterado de la exposicion, sonrió con tristeza, y dijo á los comisionados:

—Encuentro un solo inconveniente para decretar esta exposicion con un «Como se pide», y es el de que está suscrita por la minoría de los que solicitaron y obtuvieron todo lo contrario de lo que en ella se pide.

—Hijo, le replicó con mucho respeto y amor el glorioso presidente de la comision, permíteme decirte que los firmantes somos exactamente los mismos de la otra.

—No, querido padre, porque á la otra se adhirieron todos los difuntos de Vizcaya, que constituian inmensa mayoría, que ahora falta, sin duda porque no está conforme con lo que ahora se pide.

—Es verdad, asintieron con sentimiento el patriarca San José y sus compañeros de comision.

Pero en aquel instante se oyó un gran ruido á las puertas del cielo, y llamado el glorioso portero San Pedro y preguntado por el Señor qué ruido era aquél, San Pedro le contestó:

—Señor, sòn todos los difuntos de Vizcaya que vienen á adherirse á la exposicion que han entregado á V. M. estos señores comisionados, porque dicen que hasta en las inmediaciones de sus camposantos se ha empezado, el dia de su triste fiesta, á celebrar romerías donde se come, se bebe y se baila indecentemente.

Oir esto el Señor y poner al pié de la exposicion «Cómo se pide» todo fué uno.

Al despedirse del Señor los comisionados, el patriarca San José le rogó encarecidamente que de un modo ú otro pusiera término á la escandalosa degeneracion de las romerías, y el Señor contestó á este ruego con acento y faz de profunda tristeza:

—¡Ay, padre, Vizcaya sufrirá el castigo de esa degeneracion y otras, perdiendo lo que más ama en la tierra, y los que primero llorarán en Vizcaya tal pérdida serán

los padres y los hijos; los primeros, como reos de culpas pasadas; los segundos, como reos de culpas presentes!

Esto dijo el Señor. ¿Serán el cumplimiento de su terrible anuncio las lágrimas que hace cuatro años derraman en Vizcaya padres é hijos? ¡Quién sabe, Señor, quién sabe!

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.° mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

Delicias del nuevo paraíso, por don José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Cosas del dia, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

Escenas fantásticas, por D. José Selgas; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

El Mundo invisible, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Amores y amoríos (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Cuarenta siglos, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.° mayor, 8 pesetas.

La Cuestion de Oriente, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las pollas, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

El Comendador Mendoza.—La Cordobesa. — Un poco de Crematística, por D. Juan Valera; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Letra menuda, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

De Madrid á Madrid, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Adriana de Wolsey, original de Ventura Hidalgo; precedida de un prólogo del Sr. D. Victor Balaguer; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Guia ilustrada de Madrid, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.° prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

Un libro para las madres, por Doña Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Un libro para las damas (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª Maria del Pilar Sinués (3.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

La Vida íntima.—En la culpa va el castigo, por D.ª Maria del Pilar Sinués (2.ª edicion); un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Hija, esposa y madre, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña Maria del Pilar Sinués; dos tomos, 8.° mayor frances, 8 pesetas.

La Abuela, por D.ª Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

El Sol de invierno, novela, por doña Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

La Senda de la Gloria, novela original de Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Sueños y realidades, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Venturas y desventuras, por el capitan de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.° mayor, 4 pesetas.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

Una docena de cuentos, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.° mayor, 4 ptas.

La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Manual de la Moda Elegante.— Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas; 4 pesetas.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres, por D. Eduardo Bustillo; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Cuentos, por D. José Fernandez Bremon; un tomo, 8.° mayor, 3 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid, por D. Ramon de Mesonero Romanos; un tomo, 8.° mayor frances, 4 pesetas.

El Tren directo, relacion contemporánea, por J. Ortega Munilla; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Nuevos cuentos populares, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

Malas costumbres. — Apuntes de mi tiempo, seguidos de algunos bocetos biográficos y poesías, por D. Eusebio Blasco; un tomo, 8.° mayor frances, 3 pesetas.

